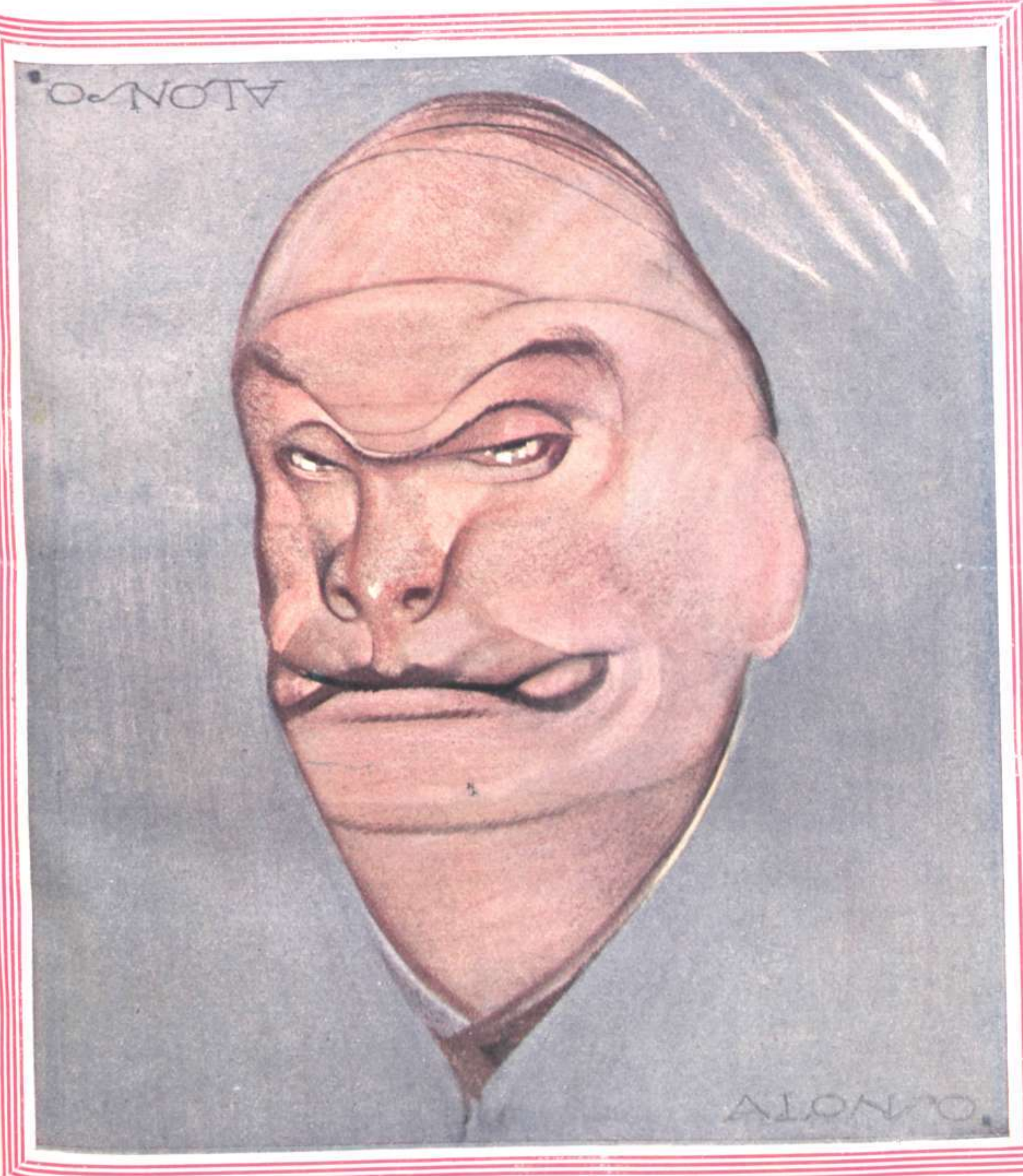
¿CUAL SERA EL FUTURO PRESIDENTE?

CARAS Y CARETAS



CARAS Y CARETAS

¿CUAL SERA EL FUTURO PRESIDENTE?


CHAMPAGNE
TIRASSO
ES EL PREFERIDO POR
LAS PERSONAS DE GUSTO REFINADO
CHAMPAGNE TIRASSO

Comentarios



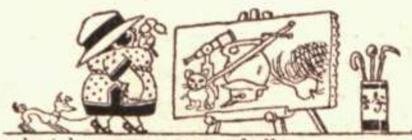
Dice con amargura
un artista incipiente:
—No hay que hacer mucho caso de la gente
porque no entiende un pito de pintura.
Casi me he vuelto loco
con las cosas que oí pacientemente
en una exposición que abrí hace poco.
¡Sufrir tales horrores
y oir tanta zoncera,
sin beneficio alguno!... Ni siquiera
nos van a jubilar a los pintores.

—Ninguno me dispensa de su crítica.
Con un inconcebible atrevimiento
me juzgan al momento.
Todos entienden de arte y de política.



—Detiénese un sujeto ante mi tela
titulada «Salida de la escuela»,
la mira, cuando más, medio segundo
y murmura después:
—*No hay en el mundo*
chiquilines, como esos,
sin músculos ni huesos.
El pintor es un hombre inverecundo
que ni respeta al arte
ni respeta a la infancia.
¿Se vió en ninguna parte
prueba más concluyente de ignorancia?
¿Dónde ha visto escolares desgreñados
tan indisciplinados?
¿Dónde puede haber visto chiquilinas
armando ese batuque inconcebible?
Es un cuadro imposible.
¡Si parece pintado por Salinas!

Llegan dos visitantes
que emiten ciertos juicios inquietantes.
Discuten con un fuego
que yo no sé a qué viene.
—Mire. En «Melancolía» —uno sostiene—
ha retratado a Pueyrredón. (Lo niego).



En la tela se ven: una cebolla,
un libro japonés, un miriñaque,
una espada, una olla,
un telescopio, un gato, un almanaque,
la gorra de un conscripto
y una de las pirámides de Egipto.
—Es una cosa rara—
afirma una señora corpulenta.—
Sin duda representa
el mensaje que Hipólito prepara.

—Se fija en el «Retrato
de una desconocida»
y exclama un mentecato:
—Es la Constitución. ¡Qué parecida!



—«Reñidero de gallos» me parece
que es una gran pintura y que merece
el aplauso de todo el que la vea.
Pues, bien, una señora larga y fea
dijo:—Sigo en mis trece.
El artista es un hombre melancólico
que ha querido pintar algo simbólico.
A ver, ¿qué representa esa pintura?
Representa el Congreso. Estoy segura.

Cierta elegante y bella señorita,
viendo «El poeta moro»,
entusiasmada grita:
—Es poeta, aunque moro. ¿Será Eudoro?

Y el pintor incipiente
concluye musitando tristemente:
—Tanta ciencia analítica
sirve exclusivamente,
para mezclar en todo la política.
Ven un sentido oculto
en mi honrada labor. ¡Es horroroso!
Lo que es ingenuidad juzgan insulto.
Y no compran mis cuadros y resulto
un pintor principista u oprobioso.

MONOS DE REDONDO.

Correo sin estampilla.

L. Z. M. — Buenos Aires. —
Se explica la jactancia
del que cifra su orgullo en su ignorancia.
(Esto lo dijo Buda. Si lo duda,
pregúnteselo a Buda).

S. A. — Buenos Aires. —
Aunque a algún zafio,
seguramente, le asombraría,
el «Epitafio»
es de una lúgubre pedantería.

Panchito. — Buenos Aires. —
Siempre acaban de mala
manera esos idilios
cuando no se está cerca de una sala
de primeros auxilios.

Godofredo. — Buenos Aires. —
Crea usted que lo suyo nos ha gustado;
crea usted «Godofredo», que nos deleita
con su romanticismo desmelenado
propio de un jovenzuelo que no se afeita.

N. J. — Buenos Aires. —
Tiene que saber, primero,
lo que opinan de ese drama
Su Majestad el portero
y Su Alteza la mucama.

C. — Buenos Aires. —
Haga usted un vals ascético
o una mazurka ocullista,
o un tango peripatético
o una zarzuela krausista.

P. T. — Buenos Aires. —
No es que resulten inferiores
a los que manda, en general;
pero esos tienen más errores
que el nuevo Código Penal.

R. — Buenos Aires. —
Los discursos de Salinas
producen admiración
en todas las oficinas
públicas de la nación.

M. E. B. — Buenos Aires. —
Si una chica versifica
se la critica tal vez,
pero nadie la critica
si sus desvelos dedica
al cuidado de la tez.

Interesado. — Buenos Aires. — No ha llegado a nuestro poder.

A. T. — Buenos Aires. —
Si se publica el cuento
del que hablen sus amigos con encomio,
o van a levantarle un monumento
o le van a mandar al manicomio.

C. S. — Buenos Aires. —
Desde el instante
en que principia su extraño cuento,
ya está el autor
febricitante,
calenturiento.
Eso es muy malo. Llame al doctor.

La Pascua ortodoxa



Salida de la tradicional procesión de medianoche de la iglesia rusa para celebrar la Pascua ortodoxa, a la que asistieron los rusos residentes en ésta.

EL MAPAMUNDI DE PTOLOMEO

El mapa destinado a ser el legado griego para que aprendieran geografía por siglos las generaciones que vinieron después, fué el Mapamundi de Ptolomeo, el cual fué hecho sobre el año 150 a. de C. y en el cual se veían las partes conocidas de Europa Asia y África. El principal mérito de este trabajo consiste en que Ptolomeo empleó los resultados de las observaciones astronómicas para establecer la latitud y longitud, y en que aparecieron por vez primera los paralelos y los meridianos trazados con líneas curvas.

Lo que en amor parece muchas veces complicación psicológica no pasa de ser... simplicidad fisiológica.

Podéis dar al pueblo toda clase de libertades; él se encargará de perderlas.

El que sólo es notable en un rincón del mundo, quisiera que aquel rincón fuera todo el mundo. ¿No es verdad, oh regionalistas?

Me entusiasman esas personas que, sea cualquiera el asunto de que se trate, son siempre de la opinión contraria. No hay que decir si admiraré a don Miguel de Unamuno.

Jacinto Benavente,



Enlaces



Señorita Herminia Ataun con el señor Valeriano Bernardo. — San Isidro.



Señorita Anita Hamonet con el señor José Lamberti. — Capital.



Señorita Gómez Lapadú con el señor Martinez Zabala. — Capital



Señorita Julia Fonseca Arballo con el señor Pedro M. Ferrari. — Villa María.


A Toda Edad
PATE PECTORALE
A L'
IODEINE MONTAGU
MONTAGU
Que hacer para no toser?
Tener siempre a mano una caja de
Pastillas Iodeina Montagu
y tan pronto sienta Vd. la gana de toser, póngase una pastilla en la boca y déjela derretir.
A pesar de su marcada actividad, pues cada pastilla contiene 5 mg. de Iodeína (producto descubierto por Montagu), estas pastillas son tan deliciosas al paladar que resulta un gusto curarse con ellas.
De cuantas pastillas existen para curar la tos, las de Iodeína Montagu son las más rápidas y eficaces para quitar el cosquilleo de la garganta que molesta tanto.
Las pastillas Idoeína Montagu es remedio bueno para Resfrío, Ronquera, Bronquitis, Ahogos, Asma, Enfisema, Tuberculosis, etc., etc.
Montagu-49, Bd. de Port Royal-Paris
DEPOSITO GENERAL:
Farmacia Franco-Inglesa
LA MAYOR DEL MUNDO
Sarmiento y Florida — Buenos Aires
YACO



Hoy va de chismes mi crónica... y lo curioso es que no se ha variado de tema durante una semana entera!

Bien sabemos, amigas lectoras, que es el baile la preocupación más seria del momento, de manera que no puede sorprendernos la ansiosa expectativa que reina en los más brillantes círculos mundanos, ni el apasionamiento con que han sido comentadas las diversas incidencias surgidas en derredor de un grave problema...

¿A quién puede corresponder hoy el derecho de congregar a la aristocracia porteña en el suntuoso salón de un hotel de moda, para bailar animadamente durante las últimas horas de la tarde? ¿A la prestigiosa junta de señoritas iniciadora de este género de fiestas, que se realizaron periódicamente en el transcurso de la pasada temporada, con el objeto de sostener una obra de gran trascendencia social, o a un círculo determinado de nuestra alta sociedad que no tiene otro propósito que el de divertirse — con el mismo gasto, por cierto — pero sin que ninguna obra benéfica pueda percibir ese impuesto mínimo a la alegría y a la despreocupación que constituye la vida misma de tantas de nuestras buenas obras?

Planteado el conflicto en una suntuosa recepción en la que se hallaron casualmente reunidos parte de la aristocrática junta de señoritas y algunos de los elementos dirigentes del proyectado club, pareció resolverse con toda equidad la difícil situación: el gesto fué tan caballeresco como generoso... Sin embargo se asegura que algún caballero insinuó oportunamente «que en esta bendita tierra nuestra no se podía tener ninguna iniciativa».

— «Eso podríamos decir nosotras» — fué la réplica de la encantadora adversaria.

Pero el ambiente estaba ya hecho en la brillante fiesta; no era posible consentir en que se cerraran — por falta de recursos — nueve escuelas fundadas en distintos radios fabriles, y en las que reciben una enseñanza especial *dos mil* obreros y obreras, que han tenido ocasión de conocer y valorar la obra de esas figuras femeninas pertenecientes a la alta capa social, que saben *hacer patria* acortando distancias, suavizando asperezas, llevando la luz de la simpatía al espíritu de sus hermanas...

Pero parece ser que, después de los elevados propósitos exteriorizados en aquella recepción oficial, reaccionaron violentamente todos los pequeños gérmenes de la vanidad, la preponderancia y el *snobismo*. Empezaron las protestas airadas de algunos de los miembros dirigentes del proyectado club — modelo de *snobismo* en su género, — y fueron justamente los caballeros los censores más encarnizados en atacar la actuación de aquella junta que constituye hoy en nuestro ambiente el más alto exponente de la inteligencia, la belleza y el irresistible encanto juvenil de la mujer porteña... No faltó quien siguiera inconscientemente el ejemplo, y poco a poco fué haciéndose carne entre los primeros adherentes al mencionado club una idea digna de algún centro comunista: ¿conciben ustedes, amigas lectoras, el que un brillantísimo grupo de grandes duques rusos decidiera *agremiarse*? Pues algo parecido ha sucedido entre nosotros: el brillante círculo mundano, privado de ejercer su exclusivismo, resolvió — no hay más remedio que llamar las cosas por su nombre — *boycotear* las fiestas organizadas por un núcleo de señoritas cuyos nombres son toda una tradición de abolengo y de cultura en la sociedad argentina, y cuya obra social es un verdadero apostolado de paz...

Felizmente esta actitud ha provocado justo enojo en las gentes sensatas, y la marea del comentario sube, sube... Si hemos convenido en que es el baile la preocupación más seria del momento, cabe recordar que es a los que viven la primera y riente jornada de la vida a quienes corresponde de derecho el entusiasmo por el tango o por el shimmy... ¿No les causa a ustedes una profunda extrañeza el que sufran esa misma irresistible sugestión hombres hechos, que tienen ya cargo de almas como jefes de su hogar, y cuya cuantiosa fortuna y ventajosa situación social habrían de obligarles a orientar útilmente su existencia?

Pero hay que divertirse a toda costa, haciendo gala de preponderante vanidad, con tan completa despreocupación que ni siquiera se alcanza a comprender que a todos incumbe pagar una mínima contribución para que de esas horas de bulliciosa alegría irradie un haló de luz que pueda caldear el corazón y la mente de los que no creen aún en la solidaridad humana... Y no creen porque nosotros mismos nos empeñamos en hacer gala de una egoísta despreocupación...

«Educar es uno de los más bellos ideales que pueda mover nuestro corazón», y hay que tener presente que cada una de las fiestas que se ha decidido *boycotear* tan inconscientemente pudo costear horas de enseñanza y distracción para centenares de obreras, horas de bien remunerado trabajo para sus maestras...

Sigue, pues, reinando la misma ansiosa expectativa en nuestros círculos mundanos, pero mucho me equivoco o no será posible resistir a la tentación de bailar, de bailar a todas horas y a toda costa!

La Dama Duende.

Buenos Aires, mayo 10 de 1922.

NOTA GRIS

Apenas se insinúan las doradas vislumbres
del alba tras la sierra y en la densa cortina
de niebla se amortaja el paisaje; la opalina
luz de la madrugada va clareando las cumbres.

Perfílase muy tenue el blanco caserío
que duerme sepultado bajo el cendal brumoso,
y se adivinan lejos, como un punto borroso,
los sauces agrupados en la orilla del río.

Horadando la niebla, marchando con desgano,
atraviesa el camino un burrito serrano

y su espectral silueta se pierde entre el oleaje
de la bruma que cubre por entero el paisaje.

ARTURO PAZ

NECROLOGIA



Dr. Miguel de Toro y Gómez. Señor Fausto José García.

Distinguidos y cultos miembros de la colectividad española en nuestro país, cuyos decesos causaron penosa impresión en la misma y en la sociedad argentina, donde eran justamente apreciados.

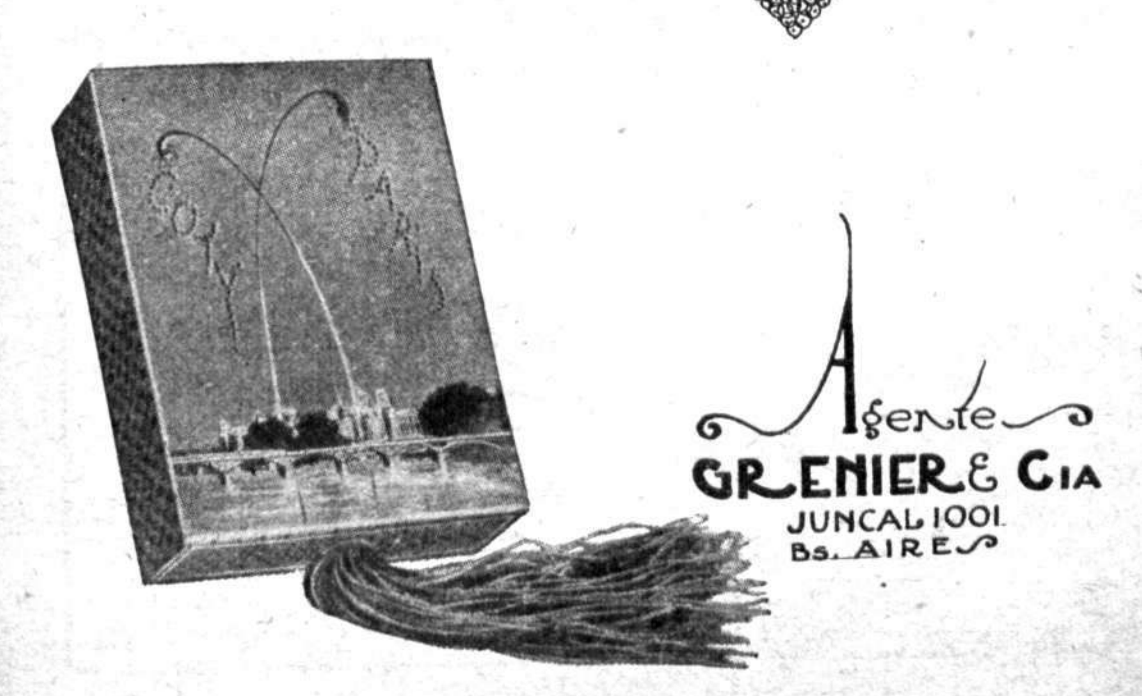


COTY

Parfum "PARIS"

Ultima creacion de COTY

Polvos compactos para carteras
Polvos en cajas de lujo
Blanco, Rosa, Rachel
Agua de colonia
Lociones
Extractos



Concurrentes a la conferencia que sobre el tema "Las ciudades muertas de los antiguos Mayas" dió en el salón de actos de la Facultad de Ciencias Económicas el señor Antonio Mediz Bolio, primer secretario de la legación de Méjico. — En circulo: El conferencista, señor Antonio Mediz Bolio.

NUEVOS MODELOS

501 - 10/15 H.P.
505 - 15/20 H.P.
510 - 20/30 H.P.



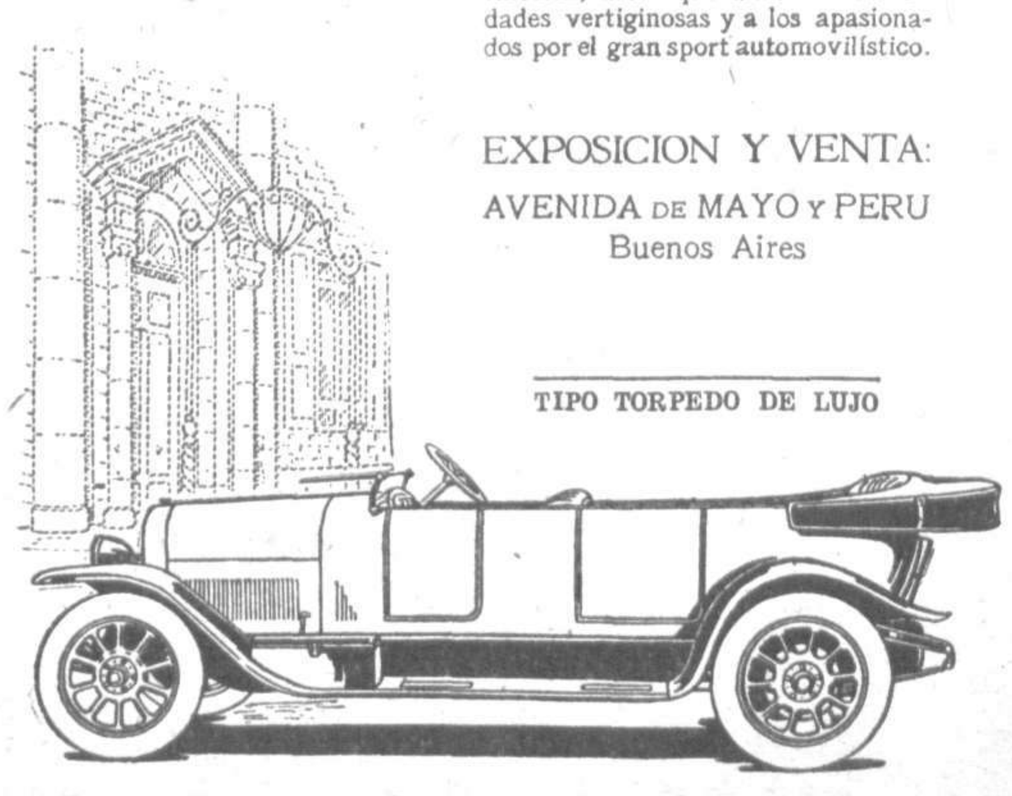
Los nuevos modelos de automóviles "FIAT" han sido reconocidos como el más alto exponente de perfección, solidez, elegancia y potencialidad.

El modelo 510 provisto de un motor a seis cilindros, posee al más alto grado las calidades de docilidad, potencia y regularidad.

El tipo "Sport", más ligero, con la dirección inclinada, a líneas estudiadas para reducir la resistencia del aire, es destinado a las grandes carreras, a los que aman las velocidades vertiginosas y a los apasionados por el gran sport automovilístico.

EXPOSICION Y VENTA:

AVENIDA DE MAYO Y PERU
Buenos Aires



TIPO TORPEDO DE LUJO

Banquete



Almuerzo dado por la comisión directiva del subcomité "Chacabuco", 5.ª circunscripción, festejando el éxito obtenido en los últimos comicios.

UN DÍA DE TRABAJO EN LA OFICINA DE CORREOS DE NUEVA YORK

La oficina de correos de Nueva York recibe y entrega quince millones de piezas postales.

Recoge de los buzones de la parte financiera de la ciudad más de un millón de piezas postales.

Recibe y entrega 50.000 piezas de correo certificadas.

Maneja 325.000 piezas postales mal dirigidas.

Descubre los dueños de unos 300 bultos sin dirección.

Recibe 40.000 piezas postales sin la calle a que van dirigidas.

Pone la dirección correcta en 25.000 piezas postales.

Recibe dos mil avisos de cambio de dirección.

Pesa y despacha 650.000 libras de periódicos y revistas.

Encuentra en las cartas no reclamadas más de cincuenta mil dólares al año, o sea un promedio de 140 dólares al día.

Cobra 146.000 dólares por el concepto de porte.

Recibe y desembolsa cerca de dos millones de dólares.

Expide giros postales por cerca de cien mil dólares.

Paga giros postales por cerca de cuarenta millones de dólares.

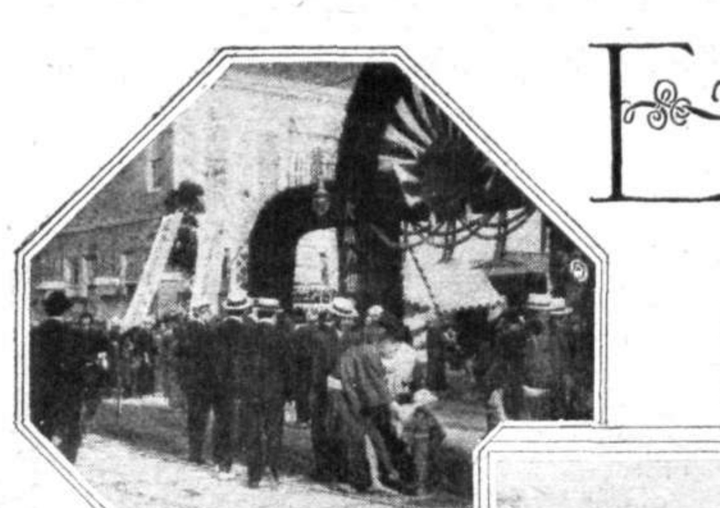
Se encarga de cuidar doce millones de dólares de ahorros postales.

Desde la infancia da señales el ingenio.

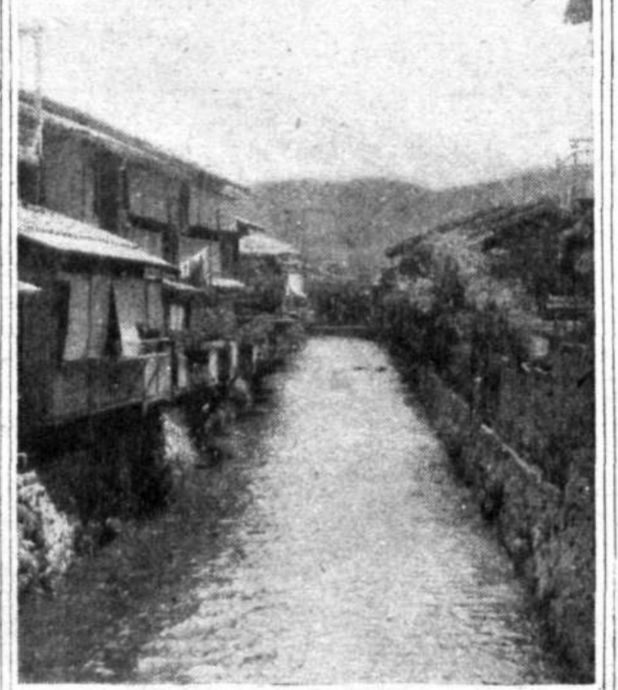
Aunque amor sea virtud, algunas veces perjudica.

Séneca.

EL JAPON DEMOCRATICO



Entrada a un teatro.



Canales interiores de desagüe en Osaka.

¡Democracia! Ahora comienza el pueblo nipón a balbucear esta palabra que es la razón suprema de toda existencia colectiva y sin cuya práctica constante y honrada son quiméricas las pretensiones de formar pueblos altivos y fuertes.

En esa palabra reside toda la esencia de ese gran organismo que se llama nación; sin ella nada es posible, todo fracasa, puede andarse pero por poco tiempo, es la luz que guía a través de los grandes dolores, es el faro que en la noche tenebrosa intermitentemente envía sus destellos a los pueblos que asoman o a los pueblos que se van.

Siempre fulgura radiante indicando a los demasiado confiados y a los inexpertos las costas temibles de la tiranía.

Nadie, absolutamente nadie, ni el hombre de estado más sagaz, ni los que sueñan con utópicas transformaciones de los pueblos en el orden moral y material, hubiera imaginado que el Japón, en el espacio de ocho lustros, cambiara en la forma admirable que lo ha hecho.

Ha sido empresa ardua y en la cual hubo que poner bien alto los ideales y muy por encima de los intereses personales y transitorios, el amor a la patria. No es ya el surgimiento de un pueblo en contacto directo con los centros que irradian civilización moderna y que se va transformando poco a poco por ese sistema lento pero seguro de la penetración pacífica. No, en el Japón cambió todo lo que debía cambiar, en forma maravillosa y rápida y sin antecedentes en la historia de las naciones, por el solo esfuerzo de sus hijos.

La prosperidad económica e industrial precede a la conquista de los derechos políticos, que son parte de los que constituyen los fundamentales y básicos de una democracia firme.

Cuando las guerras intestinas entre el Mikado y el Taikun cesaron y la división del imperio dejó de ser una amenaza efectiva que se cernía fatal sobre el pueblo, el Mikado con política sabia abolió para siempre los títulos de Daimio (señor feudal), Kugué (noble de la corte), reemplazándolos con el Kasikul (familia noble) y el régimen feudal quedó con esto completa y definitivamente destruído.

Estas agitaciones internas que tan duros momentos y tan grandes sacrificios costaron a los hijos del imperio, fueron originadas por uno de los grandes partidos que a todo trance quería la expulsión de los extranjeros del territorio nipón, acusados de mezclarse en la política local y de desprestigiar al país en su floreciente marcha. En el otro bando se encontraban los que sostenían la tesis contraria, o sea la de que al europeo debía acogérsele con benevolencia y brindarle franca hospitalidad.

Triunfó al fin la buena doctrina de conciliación y lo que antes fué zozobra e incertidumbre se convirtió, gracias al patriotismo que se puso en el asunto, en un crisol donde las tendencias encontradas y los intereses más chocantes salieron purificados, y se pudo mirar bien de frente al porvenir fecundo y lleno de grandezas que se les aproximaba a marchas forzadas.

El Mikado observa respecto a los asuntos diplomáticos del imperio una prescindencia altamente sugestiva que puede servir de ejemplo a sus colegas regios. Kawakami autor de «Japan in World Politics» refiriéndose al soberano dice que «*Il n'a jamais echangé avec aucun souverain aucune note ou message par envoyé secret que fut de nature á influer sur le tour des relations internationales*».

Eran las oficinas ministeriales una especie de santuario donde era vedado la visita al pueblo. Ahora con el actual gabinete ha desaparecido esa costumbre antidemocrática y de reserva que había sido característica en sus antecesores, y el principio de «puertas abiertas» impera con todos sus beneficios.

Hay elementos reaccionarios que sostienen con fe la teoría del poder absoluto; frente a esta doctrina fanática y caduca en estos tiempos de fronda renovadora se colocan los demócratas liberales con su amplitud de miras y su sentido práctico de interpretar la carta fundamental del imperio, cuya base sólida e indestructible la forman 5 artículos principales y que importan desde el reconocimiento amplio de la opinión pública a intervenir en los asuntos de gobierno, al

llamamiento al pueblo nipón para que, abandonando las absurdas características del pasado, entre francamente en una era de justicia y de equidad como base de su acción futura. Y desde la voz fraternal pidiendo patrióticamente que las clases todas se consagren al progreso de los intereses nacionales, hasta esa clarinada maravillosa dirigida a sus hijos para que investigando en el mundo entero los nuevos conocimientos que puedan ser útiles y eficaces para los fundamentos del imperio, los recojan para engrandecerlo.

La prensa interviene con su acción incesante y patriótica en los problemas de índole social, política o comercial que el gobierno tiene que resolver. La libertad de palabra no es ya una utopía y discuten ampliamente, los súbditos del Mikado, las concepciones que surgen en esa democracia que avanza. El aforismo de Macaulay: «La libertad de discusión es la principal salvaguardia de todas las demás libertades», no es vanamente conocido, lo practican justicieramente sin alzarse jamás contra los más caros y más estimables preceptos de la vida institucional. Desde 1901, fecha en que se fundó en el Japón el partido socialista con un programa máximo de reivindicaciones proletarias, la acción fué en aumento y las doctrinas de Marx fructificaron, y cuando en 1903 la guerra con Rusia iba a estallar, ese puñado de doctrinarios supo colocarse, pidiendo el mantenimiento de la paz, frente a casi todo el pueblo que quería a todo trance la solución armada del conflicto con el imperio de los Zares.

Entrada a un templo.

Esos demócratas, que expusieron su vida en holocausto a su ideal de fraternidad humana, sufrieron un rudo golpe, porque la muchedumbre estaba enloquecida por la guerra y auspiciada en su desvarío por los asomos de la victoria que se vislumbraba en las blancas estepas de la Manchuria.

Acontecimientos dolorosos tuvieron lugar, que felizmente no perduraron, principios tan liberales, era inevitable, fueron bautizados con sangre que no fué estéril como no lo es nunca la derramada por una causa noble y justa; la historia nos enseña como frutifican las ideas abonadas con el rojo líquido que da vida a los cuerpos y a los pueblos.

A pesar de tan grandes contrariedades revivió la tendencia y es en la hora actual cuando el recorrido de la libertad política entra en un proceso decisivo.

La reforma alarmó a los jefes del gobierno por las derivaciones tan radicales y rápidas que iban asumiendo las concepciones atrevidas de los elementos liberales. Existe desconfianza hacia el socialismo por ser, según algunos, «doctrina peligrosa y malsana que puede poner en peligro la seguridad de las instituciones».

El partido militarista opuso enérgicamente su poderosa influencia porque las mismas bases de su constitución empezaban a vacilar y se encontraban amenazadas por el empuje de las ideas reformistas, que intentaban arrebatarle o limitarle el manejo de los intereses nacionales y que, a medida de su adaptación al medio, encontraban más y más campo entre las clases obreras e intelectuales que estaban ansiosas de libertad y pletóricas de conquistas sociales.

La ley electoral actual concede las prerrogativas del sufragio teniendo como base la contribución directa con un mínimun de 3 yens; de este modo el porcentaje de votantes es de 8 por 100, lo que es bastante pobre.

Indudablemente que este porcentaje no convence a los teóricos demócratas, pero no hay que olvidar que estas conquistas sociales no se pueden realizar en un período tan corto de tiempo, porque entonces producirían efectos contrarios a los buscados.

Hay que templar, hay que educar el carácter del pueblo antes de lanzarlo a la palestra de las libertades ciudadanas.

Porque la interpretación torcida de los derechos políticos y aun la falta de comprensión de esos mismos derechos, por lo rápido e imprevisto de la reforma puede dar lugar a funestas consecuencias y caer en los límites de la demagogia.

Y no fué tan doloroso para el pueblo nipón la experiencia en la conquista de los derechos democráticos como lo fué para el europeo.

Vista de una plaza.

Que ansían la paz del mundo lo dicen claramente las palabras que pronunciara el malogrado jefe del gabinete Kei-Hara ante las solicitudes de la Conferencia del Desarme: «El mantenimiento de la paz en el lejano Oriente ha sido siempre la mira del Japón. En varias ocasiones el Japón quedó expuesto a malas inteligencias con las potencias en lo que respecta a la política exterior, pero desde que se estableció el actual ministerio, la actitud del Japón ha sido claramente pacifista».

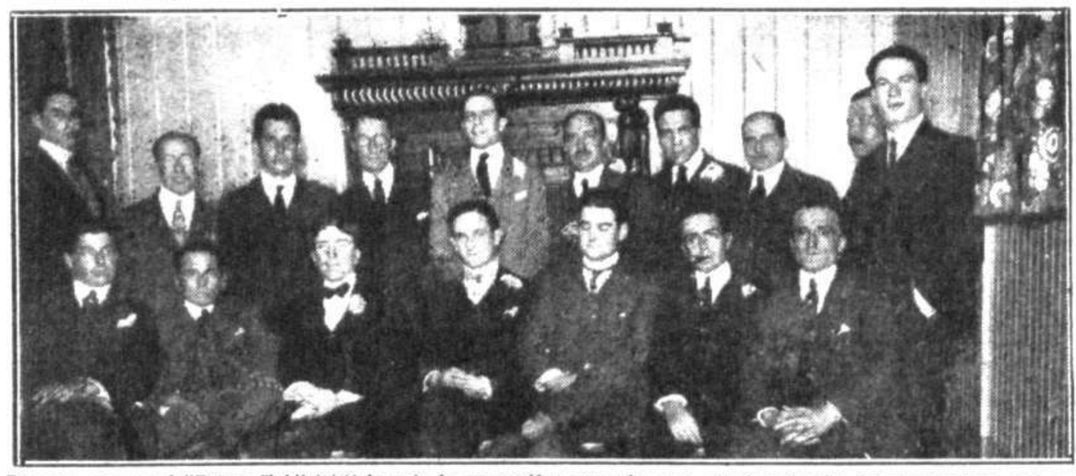
EMILIO J. BROSSARD

Demostración

Banquete ofrecido a los señores Armando Bongiovanni y Enrique del Castillo por sus muchos amigos, en ocasión de sus nombramientos como directores de las escuelas infantiles de la Explotación de Petróleo de Comodoro Rivadavia.



De San Fernando



Banquete con que el "Rotary Club" inició la serie de sus comidas mensuales para estrechar vínculos de compañerismo, y al que concurrieron la mayoría de sus socios.

GREGUERÍAS

Las tiendas de telas tienen un agradable olor a savia nueva, a tela nueva... Todo es trivial en ellas, pero entre los oficiales rizados y las señoras que se sientan hay, sobre el disimulo de enseñar telas y telas, un amoroso diálogo en voz baja muy enervante... Sobre todo las mujeres casadas, y quizás, más que nada, las que están encinta, sienten la voluptuosidad de los dependientes y del olor de las telas.

¿Será a nosotros a quienes llama esa bocina de automóvil que, parado frente a nuestro portal, dice a alguien bien distintamente que baje?.. Y nosotros, que no tenemos ni esperamos ningún automóvil, cometemos la torpeza de asomarnos...

El tren descompone la idea de la fidelidad... Ella, en la noche del tren, cuando la mirada torva la sigue mirando, es indudable que cede un poco, que se inclina, que cuenta con toda la impunidad del local y entrega un poco sus ojos... Pues ¿y la infidelidad del viaje de mar? Esa es la infidelidad sobre el abismo y sobre la muerte en la soledad absoluta y en lo remoto, ingredientes irresistibles y sobrados que doblegan el alma más fiera. Ante esa infidelidad irremediable se padece la locura irremediable también, la locura física y fatal

---

¡Qué de sí mismos, qué de nadie sino de ellos son los objetos! (¡Qué equitativos nos sentimos cuando pensamos esto!)

R. Gómez de la Serna.

CONSEJOS PRACTICOS
PARA CONSERVAR LA BELLEZA

Por Charlotte Rouvier

* * *



Procedimiento novedoso contra los barrillos

DESPUES de la revelación de recientes secretos de la ciencia moderna, no deben existir en ningún rostro femenino esos molestos barrillos, grasitud y poros dilatados que tanto restan a los encantos de la mujer y tan cruel efecto producen en el ánimo de la misma. El nuevo procedimiento elimina instantáneamente tales molestias sin necesidad de recurrir a masajes y sin dañar en lo más mínimo el delicado cutis. Se recomienda precisamente por su sencillez y por ser agradable. Obtenga algunas tabletas de stymol, cuidando estén siempre bien tapadas y en lugar seco. Eche una en un vaso con agua caliente. Luego de cesar la efervescencia que se produce y usando una esponjita o paño, someta su rostro a un abundante baño, secándose luego con una toalla limpia y blanda. Y con gran alegría notará usted que de su cara habrán desaparecido los barrillos y la grasitud, los poros se habrán contraído, quedando un cutis claro, aterciopelado y fresco. Con tan sencilla operación, que puede repetirse algunos días después para la definitiva permanencia de tan rápido éxito, se restituye al corazón la felicidad de los atractivos de la vida.

Extirpación completa del vello

COMO quitarse de un modo permanente, no sólo temporalmente, el vello que desfigura la belleza, es cosa que muchas damas desean conocer; es una lástima que no esté extendido más generalmente el conocimiento de que basta para el caso el uso de porlac puro pulverizado, de venta en todas las farmacias. Debe aplicarse directamente al pelo que se quiera hacer desaparecer. Este tratamiento se recomienda porque no sólo borra instantáneamente el vello sin dejar la menor señal, sino también porque mata por completo las raíces.

Un maravilloso shampoo

"HE tenido una verdadera sorpresa sabiendo que esta señorita con el cabello tan bellamente aterciopelado, no se lo lava nunca con jabón o con polvos de shampoo artificial. Se hace ella misma su propio shampoo disolviendo una cucharadita de las de café llena de granulados stallax en una taza de agua caliente». «Yo le encargo el stallax a mi boticario — dice esta señorita — y él lo recibe en paquetes que vienen sellados, y solamente se venden así, conteniendo cada paquete cantidad suficiente como para hacerme de veinticinco a treinta lavados de cabeza. Es de tan rico olor el stallax, que muchas veces lo comería como si fuera una golosina». «Ciertamente, y aun con esta extraña idea, el pelo de esta señorita se conserva tan hermoso que desde este momento voy a probar en mí misma el efecto del plan.»

No encanezca antes de tiempo

POCAS personas saben que las canas no son un distintivo necesario de la edad y que pueden ser evitadas sin recurrir a lo tintes para el cabello. Un remedio muy antiguo, casero, devuelve a las canas el color natural del pelo, al cabo de pocos días.

Solamente es preciso ir a lo del boticario, comprarle dos onzas de tammalite concentrada y mezclarlas con tres onzas de bay rhum o espíritu de laurel. Aplíquese al cabello esta sencilla loción por medio de una esponjita durante algunas noches, y nos daremos el placer de ver que las canas van desapareciendo paulatinamente. Esta receta es completamente inofensiva, no es grasienta ni pegajosa, y ha sido del éxito más satisfactorio de cuantos han conocido el secreto durante muchas generaciones.

Belleza inalterable

CREO que muchas damas podrían conservar su cutis juvenil, treinta años más de lo que generalmente lo hacen; la dificultad estriba en que no saben cómo. ¿Ha oído usted hablar del sistema de absorción? Es muy sencillo, y se basa en la eliminación paulatina de la piel exterior marchita y descolorida, a objeto de revelar el cutis joven y hermoso que se encuentra inmediatamente debajo de aquélla. Para ello basta aplicarse, durante algunas noches, una capa de cera mercolizada pura que se extiende por el rostro sin hacer masaje. Esta substancia tan simple puede obtenerse en casi todas las farmacias y sirve para extirpar de una manera gradual y en forma de pequeñas partículas, la piel exterior fea y manchada. No afecta en lo más mínimo los tejidos sanos y en pocos días se nota el notable cambio con la satisfacción consiguiente, sin comparación cuando se trata de un acontecimiento de esta índole en el proceso de la hermosura femenina en tantos casos prematuramente tronchada por los tratamientos equivocados.



ELEONORA DUSE

Una exquisita sensibilidad psicológica, que le permite matizar los más nimios movimientos de la expresión en consonancia con los movimientos interiores frente a las más diversas sensaciones; una inteligencia refinada por una amplia cultura; una voz suave, que se vuelve trágica de sonido cuando en la acción o en el ambiente ondea la tragedia; una sin par belleza de mirada; una disciplina de arte llevada hasta la religiosidad; todo esto, y algo más, y mucho más, que uno siente pero que no puede expresar, constituye el enorme valor artístico de Leonor Duse.

Leonor... No, Leonor no suena bien, para nombrar a la más emotiva, a la más perfecta de las actrices italianas de los últimos treinta años. Hay que escribir y pronunciar su nombre en italiano; hay que dar a este nombre la pauta larga, silabeada, marcada como un gorgeo de ave; hay que escribirlo y decirlo como lo pronunciaría, recordando sus infortunados amores, Torcuato Tasso: Eleonora...

Estas líneas, que quieren ser un reconocimiento más de los descomunales méritos artísticos de Eleonora Duse, representarán, sin quererlo, una especie de ofensa para ella; pues Eleonora Duse no quiere que se hable de su vida. Le gusta que critiquen sus interpretaciones; le gusta — aunque no lo diga — que la alaben; pero nada de biografías.

Años atrás — doce o quince — a un señor que le pedía noticias de su vida, para publicárselas en una especie de Panteón de papel impreso, Eleonora Duse, con un estilo nervioso y vibrante como su carácter, contestaba así:

«Muy ilustrado señor mío:

«Siento mucho, pero no puedo ocuparme en ninguna «manera de lo que usted, con tanto cariño, paciencia «y *amor patrio* (hay que llamarlo así) me pide.

«Yo detesto: las Biografías — las Autobiografías — «las Conmemoraciones — las Honorificaciones — los «Jubileos — los Centenarios — y todas las cosas del «mismo estilo.

«Cada cual vive según su ley.

«Usted puede augurarme, y se lo ruego, de trabajar «hasta la última hora de mi vida. Lo demás, o sea, «narrar esta vida mía, no me interesa ni un comino.»

Más claro, agua. No anda en ceremonias Eleonora Duse; dice lo que piensa, y lo dice en la forma más escueta: pan al pan, vino al vino, y todo condimentado con polvo de ironía. Ella pertenece al público cuando está sobre el tablado; apagada la luz de las candilejas, el público haga de su vida lo que le parezca, pero deje también que la actriz haga lo que le dé su real gana.

Tendrá o no tendrá razón; lo cierto es que de ella sabemos muy poco; sabemos lo que tendríamos que ignorar: el año de su nacimiento, pues los caballeros deberían ignorar siempre la edad de las señoras.

Eleonora Duse nació el año 1859, en Vigévano, que es una ciudad importante de la provincia de Pavía.

Su padre era actor. La del escenario es una enfermedad hereditaria; los actores constituyen una especie de raza, como los judíos, como los gitanos. Yo, toda vez que doy con un cristiano que descuella en los negocios o en la filosofía, pienso en algún pecado de amor de su bisabuela; y lo mismo pienso cuando doy con un cristiano que no arraiga en ningún lugar, y se siente arrastrado por el deseo imperioso de ver mundo: en sus ascendientes debe haber una gota de sangre de gitano.

Decíamos que Eleonora Duse es hija de actores; la cual cosa nos explica que desde muy chiquilina pisara el tablado; pero sin revelar ninguna virtuosidad precoz. Fué sólo cuando tuvo veinte años que el público y los empresarios se dieron cuenta de que bajo aquel cuerpo nada vistoso, detrás de aquella cara nada hermosa, había alguien.

Sí, había un alma, una gran alma de intérprete, una gran alma de artista y de creadora.

La revelación, hecha por los italianos; el hallazgo, hecho por la crítica, necesitaban de una confirmación; en 1882 la dieron Estados Unidos y Viena; en 1890 la dió Egipto; en 1893 la dió Inglaterra; dos años después Escandinavia, Hungría y Alemania; en 1896, Rusia; en 1897, París; en 1898, las repúblicas sudamericanas: a los cuarenta años todo el mundo civilizado le había conferido la palma del triunfo; todo el mundo civilizado guardaba la sensación honda, inolvidable de aquella voz suya, de aquellos ojos suyos tan saturados de dramaticidad, de aquellos gestos suyos, que eran más elocuentes que su elocuentísima palabra.

Luego... Luego vino d'Annunzio. El gran poeta era digno de la gran intérprete. Eleonora Duse creó en la escena los principales personajes que habían brotado de la volcánica alma del poeta de la Pescara. Y ella fué la inspiradora, después de haber sido la actriz.

Fué una gran fiesta para el arte; pero fué, luego, una espantosa tragedia para el alma de Eleonora Duse. Glissons... Quien desee saber más, que lea «Il fuoco», la infernal y sublime novela de Gabriel d'Annunzio, que volcó en ella una parte de su mudable alma, la parte que más le acerca a Jorge Byron.

Durante largos años Eleonora Duse quedó alejada de las escenas, saboreando en su soledad de diosa herida las amargura de los recuerdos. Un día el poeta, trocado en héroe, cayó herido; y el mundo admirado y conmovido supo que Eleonora Duse había dejado su ermita para volar a la cabecera del gran enfermo.

Luego se dijo que las necesidades de la existencia, la escuálida pobreza había golpeado a la puerta de Eleonora Duse. Más tarde supimos que la Dolorosa había vuelto a la escena, al lado de otro coloso: Zacconi, y habían cosechado juntos buenos laureles.

Hay muchas cosas tristes en la vida... Y, para los grandes, puede que sea una fuente de tristeza el nacer italianos.

Glissons... Besamos las manos divinas de la divina Eleonora, como la gloria besara su frente.

ITALICUS


RIBAS 921
Unas gotas de
AGUA DE
COLONIA AÑEJA
en el pañuelo, lo perfuman deliciosamente.
PERFUMERIA GAL - MADRID
AGUA DE COLONIA AÑEJA
GAL


MALTA URANO
PASTEURIZADA
MARCA REGISTRADA
Alimento completo altamente asimilable
UNICOS IMPORTADORES
ESCALADA & Cº
1170 - B. MITRE - 1174
BUENOS AIRES.

De San Isidro

Fiesta de gala organizada por la colectividad española en el cine "Pabellón Blanco", a la que concurrieron las más distinguidas familias de esta localidad.



para extirpar esa **TOS,** que poco a poco mina su organismo; atájela ahora que aun es tiempo.

BRONQUIOL del Dr. BERGER

inmejorable preparación científica, pondrá fin a esa pertinaz **TOS,** que aparte de ser un mal que puede traerle fatales consecuencias, no lo deja descansar en ningún momento. Combate con eficacia **ASMA, BRONQUITIS, CATARRO, GRIPPE, RESFRIOS,** y toda cuanta afección exista en las vías respiratorias.

TOMELO Y NOTARA EN SEGUIDA SUS BENEFICOS RESULTADOS

PRECIO DE VENTA: $ 3.— más 0.30 de franqueo para el interior.

Pida en todas las Farmacias **BRONQUIOL** del **Dr. Berger,** única forma de asegurar el resultado y de evitar las consecuencias de burdas imitaciones.

DEPOSITARIO GENERAL: FARMACIA DEL LEON - ENRIQUE H. SPINEDI

SARMIENTO, 902, ESQ. SUIPACHA — BUENOS AIRES



JUVENTUD

El alumno de último año Chariguin le había dado una bofetada a su compañero Avramov. En la creencia de que le asistía un perfecto derecho para hacer aquello, estaba contento y hasta orgulloso.

Avramov que había recibido la bofetada, estaba desesperado; pero suavizaba su desesperación el pensamiento de que había, como muchos otros, padecido por la causa de la verdad.

He aquí cómo ocurrió el incidente. A la entrada del aula estaba colgado, dentro de un marco negro, el horario de las clases. Aunque estaba allí desde que empezó el curso, no se fijaba nadie en él. Pero la víspera del incidente, el bedel conocido por el sobrenombre de *Arenque* observó que el horario había desaparecido. Se trataba seguramente de una travesura infantil.

Y los alumnos serios que tenían ya bigote y opiniones políticas acogieron la noticia con una sonrisa indulgente, como acostumbraban a acoger las toninadas de su compañero Okunkov, que atravesaba el aula cabeza abajo, sosteniéndose sobre las manos. Aunque se consideraban hombres graves, ninguno de ellos estaba seguro de que no sentiría momentos después la necesidad imperiosa de repetir el truco gimnástico.

El bedel *Arenque* estaba muy inquieto por la desaparición del horario, y, viéndole así, los alumnos reían y se burlaban de él bondadosamente. El horario desaparecido fué substituído por otro, que al día siguiente desapareció también. La cosa empezaba a ser enojosa. Cuando *Arenque*, lleno de cólera, señaló con ademán trágico al marco vacío, los estudiantes lo tomaron ya más en serio y le dijeron que el horario, según todas las probabilidades, debía de haber sido robado por los granujillas de primer año.

Al día siguiente se encontró en el marco, en lugar del programa, una hoja de papel con un dibujo humorístico ofensivo para el director del colegio. Aquello era más grave. Cuando el director pretendió que declarasen quién era el autor de la barrabasada, los alumnos no contestaron, por ignorarlo ellos también. La información no dió resultado. Semeño, el portero, que había quitado el dibujo del marco, se manifestaba aun más indignado que sus jefes, como si el insulto fuese dirigido contra él.

Grueso, bonachón y tonto, se creía en el deber de defender el honor de sus jefes, y aconsejó también a los alumnos que declarasen quién era el autor del dibujo; pero éstos le mandaron al diablo.

Al día siguiente, un nuevo dibujo, aun más humorístico y ofensivo, apareció en el marco.

El inspector dirigió a los alumnos un violento discurso, que no tuvo éxito. Aquel checo, que en seguida se encolerizaba, empezó a hablar en tono tranquilo; pero a las pocas palabras se puso encarnado, como si le hubieran tirado a la cara agua hirviendo, y prorrumpió en gritos injuriosos:

—¡Granujas! ¡Pilletes! ¡Bribones!

El director pronunció un discurso seco, pero convincente. Hizo notar a los alumnos, que le escuchaban en silencio, la estupidez de aquella travesura, y les encareció su gravedad. Chariguin, que en los momentos críticos era siempre el portavoz de la clase, se levantó y respondió al director:

—Estamos de acuerdo con usted, Miguel Ivanovich, y todos decimos lo mismo. Pero ninguno de nosotros ha hecho los dibujos, y estamos todos asombrados.

El director se encogió de hombros con desconfianza, y declaró que si los culpables confesaban serían perdonados. Si no, a todos los colegiales se les pondría mala nota en conducta, y — lo que aun era peor — a los alumnos pobres, que hasta entonces no habían pagado sus estudios, se les obligaría a pagarlos en adelante. Añadió que bien sabían todos que él cumplía siempre su palabra.

—¡Pero si nadie quiere confesar!

El director respondió que, en vista de eso, toda la clase debía dedicarse a averiguar quién era el culpable, cosa que en modo alguno se oponía a la solidaridad y al compañerismo, puesto que el culpable, al no acceder a confesar, comprometía a toda la clase, la exponía a un severo castigo, rompiendo, *eo ipso*, los lazos de compañerismo con los demás alumnos.

Cuando se marchó el director, todos los colegiales empezaron a discutir apasionadamente la cuestión, que, después del discurso de Miguel Ivanovich ofrecía un aspecto nuevo e inesperado. ¡Por culpa del asno que había cometido aquella idiotez y que no quería confesarla, algunos alumnos pobres se verían obligados a dejar el liceo!

Una hora más tarde, Chariguin y otros dos alumnos le pidieron una entrevista al director, a la sazón de su despacho. Salió al corredor con un

cigarrillo en la boca; tenía una visita de importancia y sólo podía atenderles un momento. En nombre de todos sus compañeros, Chariguin le hizo saber que no había sido posible descubrir a los culpables, pero que recaían vehementes sospechas sobre tres colegiales: Avramov, Valich y Osnovsky. La clase esparaba que, después de tal declaración, los demás no sufrirían las consecuencias enojosas de la travesura.

El director dirigió una mirada atenta, aunque rápida, a Chariguin, le cumplimentó y respondió que reflexionaría sobre lo que acababa de oir.

Las felicitaciones del director enorgullecieron mucho a Chariguin, aunque hasta entonces le había también enorgullecido no poco el que los profesores le considerasen como un elemento perturbador. Cuando llegaba al aula, su compañero Rochvestvensky le salió al encuentro. Rochvestvensky, durante la reciente discusión entre los colegiales, había gritado más que ninguno y los había vuelto locos a todos. Como si se tratase de una bonísima noticia, se apresuró a comunicarle a Chariguin:

—¡Avramov dice que eres un canalla!

Avramov, en pie junto a la estufa, muy pálido, dirigió despectivamente la mirada por encima de las cabezas a un punto lejano...

—¡Avramov! ¿Es verdad que me has dicho canalla?

—Sí.

—¿Quieres pedirme perdón?

Avramov guardaba silencio. Toda la clase presenciaba la escena con los nervios en tensión.

—¡Di!

En aquel momento entró el sacerdote que enseñaba religión y moral. Los alumnos, con aire contrariado, ocuparon sus puestos. Los minutos se les antojaban larguísimos. Les parecía que el tiempo se había detenido para evitar el mal que estaba a punto de realizarse.

Chariguin, que tenía su sitio en el último banco, fingía estar leyendo un libro; pero de cuando en cuando levantaba los ojos y examinaba con extraña curiosidad la espalda encorvada de Avramov y su cabeza, inclinada también sobre un libro.

Avramov tenía el pelo negro y crespo; sus dedos, en los que apoyaba la cabeza, parecían extrañamente blancos. ¿Estaría pensando que dentro de algunos minutos recibiría un bofetón que le haría ver las estrellas y le pondría la mejilla como un tomate?

El corazón de Chariguin empezó a latir con más fuerza. Bien quería él que nada de aquello ocurriese; daría cualquier cosa por no verse obligado a pegarle a Avramov; pero no tenía más remedio. Estaba completamente en su derecho. Perdería toda la estimación de sus compañeros si dejaba impune aquel insulto inmerecido. Chariguin recordó cuanto él había dicho y cuanto habían dicho los demás, y se afirmó en la idea de no haber merecido aquel grosero insulto. La cabeza negra y los dedos blancos de Avramov suscitaron en su corazón un sentimiento de malevolencia. Tuvo un poco de miedo, porque Avramov era un muchacho fuerte, y, como es natural, le devolvería la bofetada. Pero no había más remedio. Debía dársela, y se la daría.

La campanilla sonó en el corredor. El profesor se dirigió lentamente a la puerta. Detrás de él, estirando sus miembros entumecidos, marchaban los alumnos.

Pero Chariguin les gritó con extraño acento:

—¡Un instante, señores!

Muchos de aquellos señores, que habían olvidado completamente lo ocurrido, se volvieron y miraron a Chariguin con asombro. ¡La expresión de su rostro era tan extraña!

Chariguin se acercó a Avramov.

—¿No quieres, pues, pedirme perdón?

¡Ah, sí, Ahora se acordaban los alumnos. Se estremecieron. Algunos se pusieron pálidos. Hubieran querido volver la cabeza, no ver nada; pero dominados por una curiosidad invencible, miraban a ambos, con un deseo ardiente de que todo se terminase lo más pronto posible.

El "filósofo" Martov le dió con el codo a Avramov y le dijo por señas que pidiese perdón. Pero Avramov no quiso.

—No — dijo. — Tú...

No tuvo tiempo de acabar. Chariguin, sin darse cuenta él mismo, levantó la mano, pegó y sólo se hizo cargo de la fuerza del golpe cuando vió a Avramov tambalearse. Levantando la mano derecha para escudar el rostro contra la bofetada que esperaba de su adversario, miró rápidamente a su alrededor y vió trágico y pálido el rostro, por lo común alegre, del "filósofo" Martov.

—¿Qué diablos le pasa? — pensó.

Luego oyó la voz temblorosa, lleno de dolor y reproche, de Avramov, cuya cara no veía.

—Lo que has hecho... Dios te castigará...

Chariguin hizo un gesto de desprecio y se fué con las manos en los bolsillos. Cuando se dirigía a su casa, un sol deslumbrante inundaba las calles. En las aceras mal cuidadas de la pequeña ciudad provinciana se veían charcos de nieve derretida, en los que se reflejaban los faroles y el abismo azul del cielo límpido.

La primavera se acercaba rápidamente. El aire fresco, oliente a nieve derretida y a campos lejanos, limpiaba los pulmones del polvo del colegio, que le parecía entonces a Chariguin oscuro y lleno de una atmósfera irrespirable. Lo que acababa de pasar en él era, a sus ojos, estúpido y vil en extremo. Pensaba que nada de aquello hubiera podido suceder allí, donde el sol brillaba tan alegre, donde cantaban los gorriones como si se hubieran vuelto locos, borrachos de sol.

Su pensamiento no podía apartarse del incidente. Su buen humor se obscurecía a causa de la lástima, un poco orgullosa, que le daba Avramov. ¿Se podía ser así de cobarde? Todos sus compañeros de clase eran partidarios fanáticos de la doctrina de Tolstoi sobre la no resistencia al mal; pero sólo un hombre tímido, apocado, podía aplicar tal doctrina en la vida real. Debía uno defender con todas sus fuerzas sus ideas, la causa que creyera justa. Debía uno armarse hasta los dientes para triunfar en la lucha. Era un canalla el que se dejaba pegar sin protestar.

Chariguin se sentía en aquel momento fortísimo, capaz de hacer frente a todo el mal y de luchar contra él a la desesperada, apretados los dientes, crispadas las manos, hasta el último aliento. ¡Gran Dios, cuándo acabarían sus estudios en el colegio y podría ocupar su puesto en la lucha!

Esperando esa hora feliz, avanzaba con paso firme, seguro, en actitud casi de reto. Se veía que era un hombre que sabía repeler todo insulto.

El sol, que había visto tanto en su vida, calentaba cariñosamente la juvenil cabeza del muchacho, sobre la cual, sin que él se diera aun cuenta, estaba suspendido un gran dolor.

Aquella tarde se percató de ello.

La primera persona a quien Chariguin refirió lo ocurrido fué Alejandra Nikolayevna, una alumna de último año, a quien amaba y consideraba de muchas letras y muy lista. Verdad es que sólo la consideraba muy lista cuando estaba de acuerdo con él y no le llevaba la contraria. Cuando disputaba, echaba la muchacha tan fácilmente por la borda toda la lógica y se ponía tan cabezuda, que Chariguin, asombradísimo, se preguntaba si era aquélla la misma mujer con cuya ayuda se disponía él a hacer frente a las injusticias de la vida.

Los demás, por el contrario, la encontraban muy lista precisamente cuando la oían discutir; pero Chariguin no era de su opinión.

Por añadidura, la muchacha estaba dotada de la desagradable facultad de penetrar las flaquezas que más interés había en mantener ocultas.

—Haces mal en estar orgulloso — le dijo Alejandra Nicolayevna cuando él le contó el incidente.— Has cometido una vileza.

¿Estaba orgulloso? ¡Qué locura! No había hecho sino cumplir su deber de hombre honrado; sí, de hombre honrado. Y creyendo que Alejandra Nicolayevna no se había enterado bien, la hizo fijarse de nuevo en los detalles de la historia, que, según su profunda convicción, establecían de un modo evidente su derecho a obrar como había obrado.

Toda la clase intentó en vano persuadir a Avramov y a los otros de que debían confesar, haciéndoles comprender que la estúpida travesura po-

día costar cara a los inocentes. No eran las malas notas con que les había amenazado el director lo que los asustaba, sino la expulsión con que se había conminado a los alumnos pobres. Su pequeña Chura debía hacerse cargo de que él, que era rico, no tenía nada que temer por sí mismo, y lo que había hecho fué en defensa de los demás.

—¡Tonterías! — contestó Chura. — El director ha mentido como un jesuita, y vosotros habéis sido bastante torpes para creerle. Además, la travesura no es tan estúpida. ¡A mí hasta me hace gracia!

¡Qué manera de razonar la de las mujeres! Sin darse cuenta de lo que hacía, la muchacha había dado un salto y se había apartado del camino de estricta lógica seguido por él.

Manifestando con un gesto de descontento, cogió por la punta el pensamiento que se le escapaba y empezó a exponer nuevos argumentos. Tomada por toda la clase la determinación de comunicar al director...

—Sí, he de hacer una delación — rectificó Chura — ... de comunicar al director sus sospechas...

Chura debía comprender que, siendo de toda la clase la determinación, él no había sido sino el delegado designado para ponerla en práctica.

Pero Chura no lo comprendía. Creía que un buen delegado no podía encargarse de poner en práctica sino las buenas determinaciones, y que debía renunciar a la delegación si eran malas.

De nuevo, la muchacha se apartaba del camino lógico, con un salto tan formidable, que Chariguin, perdido el hilo de su raciocinio, se enredó, contra su voluntad, en una discusión inútil sobre los derechos y deberes de los delegados. La discusión hubiera sido interminable si Chariguin, valiéndose de los procedimientos habituales de su adversario, no la hubiera, de pronto, llevado por otros derroteros.

—No siendo él — objetó — sino un simple ejecutor de la voluntad de la clase, ¿por qué Avramov le calificó sólo a él de canalla? En buena lógica, debía calificar de canallas a Potanin y a todos los demás.

—¡Claro que todos sois unos canallas! — declaró sin vacilar Alejandra Nicolayevna.

Chariguin se rió con risa malévola.

—Y, sin embargo, sólo a mí me has lanzado el insulto!

—Seguramente, porque tú habrás insistido más que los otros en que había que hablarle al director. ¡De todas maneras ha sido una delación, una cochinería!

La lógica se había ido al diablo. Chariguin sentía que perdía terreno, y seguía argumentando desesperadamente, repitiéndose, embrollándose, enojándose consigo mismo, con Clara, con el mundo entero, donde existían mujeres tan insoportables. Acabó por no saber ya lo que se decía.

—¡Esto no es una discusión! — exclamó. — ¡Es una danza de salvajes!

Chura se echó a reir, y de repente preguntó:

—¿Cómo es ese Avramov?

—¿Quieres, quizá, que te lo presente?

—Es una tontería enfadarse por semejantes bagatelas.

—¡Para tí es una bagatela que me llamen canalla!

Retiró con cólera su mano de la de Chura, y lanzó una mirada furiosa a su bello rostro, encarnado a fuerza del frío.

Como conviene a un colegial y a una colegiala, tenían entrevistas secretas en la calle, aunque nadie les impedía verse en su casa.

—¡Basta! ¡Os propongo la paz! ¡Dadme la mano, marqués de Posa!

Chura cogió el brazo de Chariguin, lo dobló, colocó en él su manecita y siguió andando. El quiso retirar el brazo, pero le fué imposible. Tenía que someterse. ¡Siempre ocurre lo mismo con las mujeres.

Cuando llegó a su casa, Chariguin, fué en busca de su padre, que estaba en su despacho, y, encendiendo un cigarrillo, le refirió la historia con todo lujo de detalles. Con gran asombro suyo, el padre también fué de parecer de que se trataba de una delación. Contrariado al ver que no le comprendían, Chariguin repitió sus argumentos, tratando de apoyarlos en consideraciones puramente teóricas. Afirmaba que él que un solo hombre traicionase a todos era reprochable; pero que el que todos entregasen a la justicia a uno solo significaba el triunfo del principio de la mayoría.

—Quizás tengas razón, mas... con todo, no has hecho bien. ¡Pero no te apures! Todo eso son tonterías, y mañana te reconciliarás con ése... ¿cómo se llama?

¡Para el padre también era aquello una bagatela! ¿Cómo no se hacían cargo de que no lo era, de que él padecía en extremo, de que estaba dispuesto a suicidarse, *tanta* era su malaventura? Pero no se sometería. Les protestaría a todos que se engañaban. ¡Tenía de su parte a toda la clase!

Chariguin se metió en la cama, meditando los argumentos con que podría justificar su conducta y que aduciría al día siguiente. Sin embargo, algo le atormentaba. Había obrado como un hombre honrado, y, no obstante, no experimentaba satisfacción alguna. Además, razonaban de una manera tan extraña su padre y... aquella mujer.

De pronto recordó los elogios que le había dirigido el director, y una sensación de calor recorrió su cuerpo. Sentía tal vergüenza, que se puso como la grana y se apresuró a taparse el rostro con la sábana, como si alguien pudiera verle en la estancia obscura y desierta.

Pasaron tres días.

El director, no se sabe por qué, no había concedido importancia a la declaración colectiva de la clase, y los tres colegiales indicados como presuntos autores del delito se paseaban tranquilamente por los corredores.

Por un acuerdo tácito, todos los alumnos de la clase habían guardado silencio respecto a lo ocurrido, y manifestaban gran afecto a Avramov. El que los hubiera observado superficialmente no hubiera notado en ellos cambio alguno; pero Chariguin se daba clara cuenta de que el cambio existía. Los colegiales a quienes había denunciado como sospechosos hablaban sin violencia con los demás denunciadores, y a él fingían no verle, haciendo fracasar todas sus tentativas de entablar conversación con ellos. Los demás colegiales le trataban igual que antes, a juzgar por su actitud, que no había variado. Sin embargo, un detalle, al parecer nimio, heríale profundamente: antes, en los intervalos entre clase y clase, el banco de Chariguin era como un club donde un grupo de camaradas se reunía a discutir sobre las materias más abstractas; a la sazón estaba vacío, nadie iba ya a sentarse en él. Chariguin, que gustaba de hablar y de que le escuchasen, hallábase aislado. El "filósofo" Martov se mantenía a distancia y le miraba con una estúpida expresión de miedo, como si temiese una paliza suya. Una vez, Chariguin advirtió clavada en su rostro la mirada de Rochvestvenski, que le había sido siempre afecto, y cuyos ojos expresaban en aquel instante, no la admiración a que le tenían habituado, sino la piedad.

"¡Canallas!", pensaba Chariguin, englobando en esta calificación a la clase entera y a cuantos estaban disconformes con él.

Le sublevaba que siendo todos responsables de la traición, él sólo fuera castigado.

—"¿Por qué?" — se preguntaba con cólera, viendo que hasta Rochvestvenski, que había insistido más que nadie en la necesidad de la denuncia, le despreciaba ahora.

Miraba retador a sus compañeros, les decía cosas malévolas, daba con el codo al pasar a los sospechosos; pero los colegiales no le hacían caso y se contentaban con encogerse de hombros. Como un día le oyesen expresar su extrañeza de que el director no hubiera ya aplicado algunas medidas represivas, sus compañeros se hicieron los sordos y se dispersaron. Logró detener a Rochvestvenski, que, aunque se dejó convencer de que tenía razón, ponía una cara tan lastimosa que Chariguin no insistió más.

—¡Todos son unos canallas! — exclamó con cólera.

Pero nadie le contestó. El hubiera querido que le hablasen, que le probasen que había obrado mal, incluso que le abofeteasen; todo le parecía preferible a aquel terrible silencio.

Hasta se le antojaba que los profesores también le miraban con malos ojos. Bochkin, el profesor de historia, un señor independiente que decía a veces cosas malévolas y era la bestia negra del director, dijo un día:

—¿Conque hacen ustedes denuncias? ¡Qué bonito! ¡Estos son los futuros ciudadanos rusos!

Se dirigía a toda la clase; pero Chariguin se imaginó que se refería sólo a él.

Bochkin le puso mala nota, y no le acompañó en las bromas que gastaba siempre con este motivo. Era una señal de desprecio.

Chariguin le llamó canalla mentalmente, y sintió ganas de llorar.

Fuera del colegio tampoco tenía por qué hallarse muy satisfecho. Había dejado de acudir a las entrevistas con Chura, de quien recibió una cartita, con dos faltas de ortografía, preguntándole qué le pasaba.

—¿Qué ha sido de ti, querido? — decíale.

—"¡Querido, querido!... ¡Qué encanto! — pensó Chariguin con una ironía venenosa, y, tendiéndose en un canapé, lloró un poco, lo cual le tranquilizó.

Le extrañó que un hombre tan inteligente como él no hubiera sabido hasta entonces lo grato que es a veces llorar un poco.

Era sábado. El día siguiente lo pasó, contra su costumbre, en su casa, entregado a actos que le hubieran desacreditado ante sus compañeros y ante todas las gentes serias; se divirtió con su hermanita, zarandeándola sobre sus rodillas y haciéndola cabalgar en sus hombros; para distraerla ató un pedazo de papel a la cola del viejo gato, obeso y grave, y él mismo se rió como un loco.

El lunes, en el recreo de entre las clases, rogó a sus compañeros que se quedasen en el aula y subió a la tarima.

—¡Señores! — dijo con voz trémula, fijando la mirada en Avramov. — Compañeros, ¡qué diablos!, no, señores, escuchadme bien: Avramov me insultó llamándome canalla. — Avramov enrojeció y bajó los ojos. — Hizo mal. Sí, hizo mal. Debió decir: "¡Sois todos unos canallas!" Pero ya que no lo dijo él, lo digo yo: somos todos unos canallas. ¡Sí, unos canallas, unos traidores, unos granujas!...

Chariguin fijó la mirada en la boca abierta del "filósofo" Martov, y añadió:

—...y unos bestias. Uno para todos, todos para uno, he aquí cómo hay que vivir. Y si le pegué a Avramov, fué... Merezco... merezco...

La voz del elocuente orador fué de pronto cortada por los sollozos. Bajando veloz de la tarima, se lanzó hacia la puerta. Manos innumerables le detuvieron, le hicieron prisionero.

—¡Vais a ahogarme! — exclamó. — ¡Dejadme en paz, diablos!

Consiguió soltarse y desapareció. Durante largo rato le buscaron en vano.

Cuando los colegiales, media hora después, entraron nuevamente en clase, vieron con asombro, a la entrada del aula, una magnífica caricatura que representaba, en posturas absurdas, al director, al inspector y al portero Semen. No lejos se hallaba Chariguin.

—¡Bórrala! ¡Aprisa! — le gritaron los compañeros.

Algunos querían borrar ellos mismos la caricatura; pero Chariguin se opuso enérgicamente. Además, era ya demasiado tarde; precisamente en aquel momento entró el bedel *Arenque*. En seguida se presentó en el aula el director en persona.

—¿Sí? — preguntó lacónico.

—¡Soy yo! — respondió Chariguin.

—Bueno, serás expulsado del colegio.

* * *

Se consiguió del director que renunciase a tal medida. Contentóse con imponer a Chariguin, como castigo, un arresto de cuatro días.

Cuando, el domingo siguiente, le encerraron con llave en el aula desierta, Chariguin se sintió completamente limpio del "lodo" de que se había cubierto. Su honor volvería a brillar inmaculado.

Dos horas después, cuando comenzaba ya a aburrirse, advirtió detrás de los cristales una cara amiga que le sonreía con afecto. Era el "filósofo" Martov. Luego apareció Rochvestvensky. Y durante todo el día las caras amigas se sucedieron. Le sonreían, le gritaban palabras amables por la cerradura. Alguien, por debajo de la puerta, le echó una cartita lacónica: "¡Valor!"

Hacia las diez de la noche, cuando Chariguin se disponía ya a meterse en la cama que le acababan de llevar, oyó de pronto el ruido de la llave. Avramov, Martov y dos amigos más entraron de puntillas, enseñándole desde lejos un pan, un largo salchichón y — *horrible dictu* — una botella de "vodka".

No se separaron hasta muy tarde. El que más se alegró de aquel banquete improvisado fué el portero Semeño. Le gustaba el "vodka" y se bebió casi toda la botella. Además, Martov imitó al inspector con un arte incomparable, y Semeño se rió muchísimo. Decididamente no era justo creer tan bestia a aquel buen Semeño. En los diez años que llevaba sirviendo en el colegio había aprendido un sinnúmero de expresiones literarias y hasta sabias, que le permitían hacer comprender a la gente que no era un cualquiera. Durante la velada los colegiales, con frecuencia, pronunciaron palabras como "progreso", "ideales", "humanidad", que Semeño oía emocionado como si fueran conmovedoras plegarias. Hablaban con entusiasmo de la capital, adonde partirían cuando acabasen sus estudios en el colegio, y en cuya Universidad ingresarían; y Semeño, soñador, pensaba en aquella lejana, misteriosa, Universidad, donde, al decir de los colegiales, oíanse tan bellas cosas, palabras tan nobles y tan altas.

Cuando hubo cerrado la puerta tras los visitantes, que se fueron muy tarde, Semeño, volvió, por el corredor obscuro, a su cuartito. La luz vacilante de la bujía alumbraba débilmente su faz encarnada y bigotuda. Sentía una vaga tristeza, y, deteniéndose a la puerta de su habitación, se dijo suspirando:

—¡Dios mío: si los porteros pudieran también ingresar en la Universidad para hacer sus estudios!



De Ramallo

Damas y caballeros que integraron la comisión organizadora y directiva de las tradicionales romerías españolas.



Fiesta campestre organizada por la comisión directiva de la Sociedad Española de Socorros Mutuos festejando el buen éxito de las *romerías últimamente celebradas.*

LA PARÁSITA

El enorme aumento de los divorcios en los Estados Unidos provino en gran parte de la vida ociosa y falta de ideales de las casadas, especialmente de las millonarias, cuya deficientísima educación moral las incapacitaba para prestar los servicios sociales que por naturaleza corresponden a la mujer.

A fin de evitar equívocos y ambigüedades, conviene advertir que calificamos de parásita a toda mujer ociosa, inactiva, indolente, sea cual sea su posición, que no se emplea en una u otra modalidad de trabajo útil.

En las familias acostumbradas al trabajo no hay hija ociosa, pues la que no aprende un oficio o sigue una modesta carrera se queda en casa ayudando a la madre en los quehaceres domésticos, que de por sí son una profesión meritísima cuando debidamente se desempeñan.

La parásita es una especie femenina peculiar de las clases media y alta de la sociedad, y acaso abunde más en la clase media que en la aristocracia. Afortunadamente, va disminuyendo de día en día su número porque las madres, escarmentadas en cabeza propia, se han convencido de cuan arriesgado es para sus hijas fiar en las eventualidades del matrimonio, y si no a un oficio mecánico, las dedican a los del comercio y demás profesiones abiertas ya a la actividad femenina.

La mujer está dando un novísimo toque a la civilización. En la sociedad futura, cuando la mujer ejercite todos sus derechos y cumpla todos sus deberes en armónica colaboración con el hombre, desaparecerá el tipo de la parásita, de la mujer frívola y ociosa sin activa participación en la obra social. De las nuevas condiciones de vida surgirá el superior tipo de mujer que el mundo no ha visto todavía.

O. S. Marden.



Almuerzo campestre ofrecido por el señor Nicolás Bifano, prestigioso vecino de esta localidad, a sus numerosas relaciones.





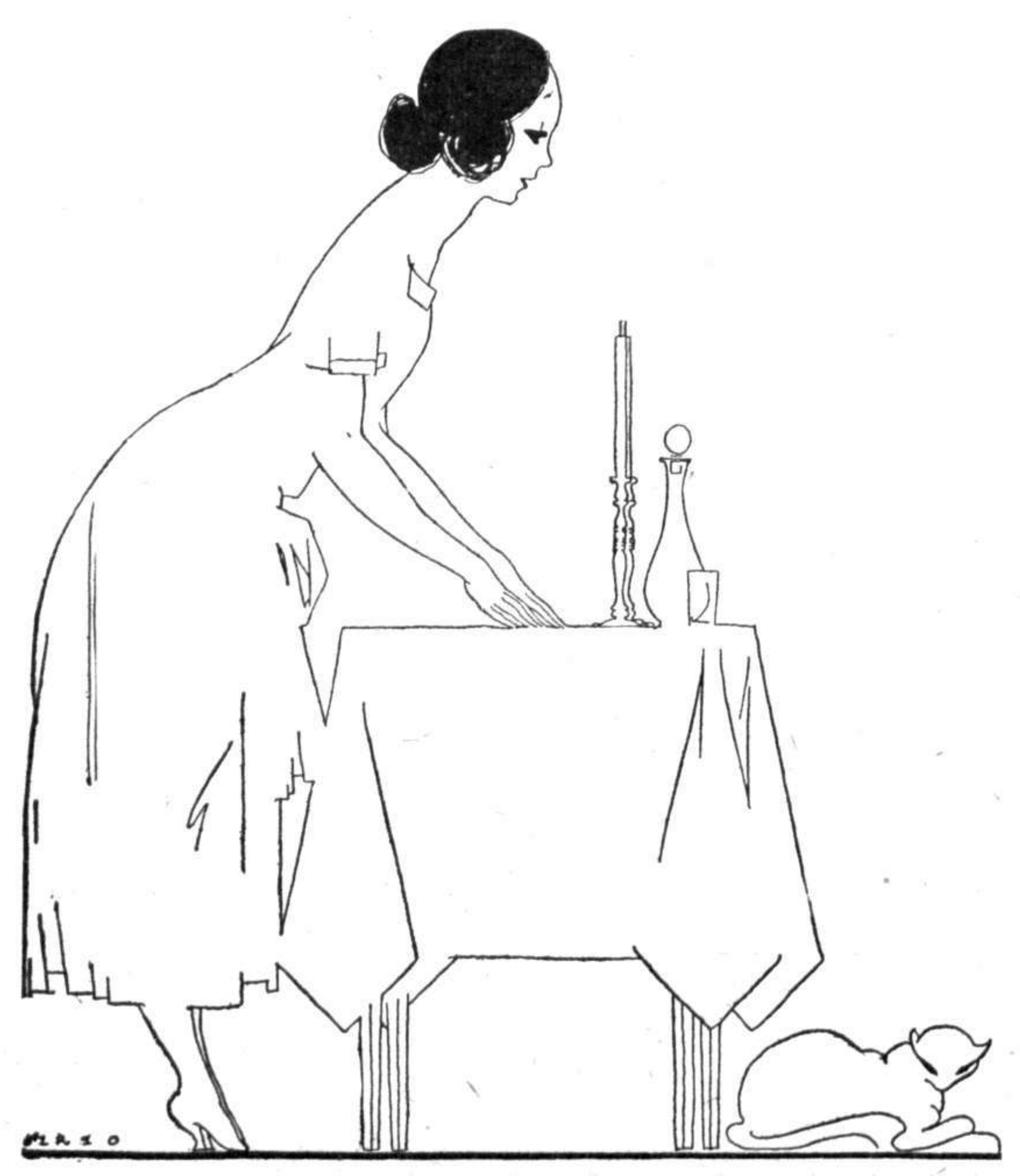
ES

la revista argentina, editada por CARAS Y CARETAS, orgullo de la prensa nacional.

Aparece el 1.º de cada mes, y por su presentación literaria y artística no tiene rival.

1 $ m/n

EN TODA LA REPÚBLICA



DESPUES DE LA CONFERENCIA

La conferencia se celebró en el salón principal de la casa. Los sillones de seda y las sillas de cuero del comedor fueron colocados en tres hileras estrechas. La mesa quedó entre las dos ventanas, adornada por los tradicionales candelabros, aunque una gran lámpara de cien bujías daba junto a ellos su claridad. La heroína de la fiesta era la dueña de la morada, quien, con su sonrisa dichosa y tímida y con su belleza sana y fuerte, tomó asiento, en medio de vivos aplausos, que no terminaron sino cuando comenzó a dar lectura a su trabajo sobre *Las corrientes artísticas modernas*.

En aquel trabajo se trataba de todo: de escultura, pintura, poesía, teatro... y todo aparecía armoniosamente encadenado como procesión de hadas, que, al desfilar ante el auditorio, iban definiendo un poco vagamente todas y cada una de las corrientes artísticas modernas. Sebastián Csillag asistía al acto, y la conferencia en una digresión elocuente hubo de referirse a la influencia decisiva que el célebre autor ejercía sobre nuestra novela, a cuya perfección había contribuido por modo extraordinario.

Los concurrentes premiaron la alusión con un aplauso cerrado, y dos señoritas miraron al escritor con ojos brillantes y dulce sonrisa, mientras el grande hombre quitábase los lentes empañados, y clavaba en ellos la vista, limpiándolos con el pañuelo. A su lado estaba sentado el marido de la culta y deliciosa dueña de la casa, y el escritor le apretó la mano, no sin advertir que el otro sonreía burlonamente bajo su gran bigote.

La fiesta intelectual duró una hora y al final los hombres, poniéndose en pie, ovacionaron a la dama con gran entusiasmo, en tanto que las señoras se le acercaban en tropel y casi la estrangulaban con sus abrazos y sus besos. Después de las felicitaciones la bella conferenciante explicó, tosiendo y carraspeando, que no estaba por completo contenta de su labor, porque se hallaba un poco afónica y no había podido matizar su oración como exigía la índole compleja del tema, para no cansar a sus oyentes.

Como era natural todos declararon que no habían advertido semejante defecto; por el contrario: afirmaban que nunca habían escuchado con atención más devota disertación alguna.

El escritor a quien la conferenciante había ensal-

zado se acercó, un poco torpe, como hombre no muy de mundo, para felicitarla.

—¡Oh! — dijo ella, — no creo que el trabajo le haya satisfecho. Está usted acostumbrado a cosas mucho mejores. Ante usted, me siento como una niña de la escuela que recita su lección.

— Si es así, ha recitado usted una lección que me ha aprovechado mucho. Le doy mi palabra de honor de que, antes de oirla, no sabía yo ni la décima parte de lo que sé ahora.

—¡Por Dios, no se haga usted el hipócrita! Demasiado sé que conoce usted al dedillo toda la literatura universal.

— Acaso, señora, pero afirmo sinceramente que de la literatura clásica no conozco sino a Boccacio y que de la pintura extranjera no recuerdo sino el cuadro llamado *El entierro del cazador*.

La bella señora sonrió, separándose en seguida del escritor para hacer los honores de la casa a los invitados.

Estos pasaron al comedor, donde les fué servido un lunch. En una de sus idas y venidas la señora agarró del brazo al escritor, y se lo llevó al hueco de un balcón, entablándose el siguiente diálogo:

La señora. — Ahora siéntese y renuncie a todo intento de defensa, porque estoy dispuesta a que no se me escape usted. Va usted a decirme con toda sinceridad lo que piensa de mi conferencia.

El escritor. — Le repito que me ha hecho aprender muchas cosas que ignoraba.

La señora. — Deje usted a un lado galanterías. Lo que yo le pido es una crítica; que me señale los defectos de mi trabajo.

El escritor. — Si tal hiciese me pondría usted de patitas en la calle.

La señora. — ¡Ah! Cree usted que soy una niña o me toma por una cómica... No; yo cultivo las letras y el estudio con sincero entusiasmo y no por vanidad. Por consiguiente puedo soportar toda crítica... ¡Créalo usted!

El escritor. — Perdone, entonces, si le dirijo una pregunta. ¿No tiene usted cosa mejor que hacer que cultivar con entusiasmo las letras?

La señora, amargamente. — Comprendo; quiere usted decir que por qué no me ocupo de la cocina... Voy a tranquilizarle; la cocinera no me sisa ni un céntimo, porque yo me cuido de impedirlo.

El escritor, amablemente. — Perdóneme, señora, si la he ofendido; pero no pensaba en la cocina. Quedamos, pues, sin lisonja, en que la conferencia ha sido verdaderamente maravillosa.

La dama, decidida. — Ahora ya no cabe duda que tiene usted algo que decir..., algo de mí, de mi persona. Si es así, dígamelo; con ello me hará usted un bien muy señalado.

El escritor, sin vacilar. — Pues, en efecto, sí. Una cosa tengo que decirle y es que la compadezco.

La dama, sorprendida. — ¿Me compadece usted?

El escritor. — La compadezco.

Ella. — ¿Por qué?

El. — Verdaderamente, si me obligó usted a confesarle una compasión sería ofensivo que yo me negase a explicarle la causa de ella. Mire usted, señora, mientras usted estaba entregada a la lectura de sus cuartillas yo la observaba con el mayor interés. Veía que es usted bella, divinamente bella; que es usted fuerte, joven, sana, llena de vida. Calculé el tiempo que ha pasado usted preparando esta conferencia tan substanciosa y notable; el que ha empleado en consultar todos esos libros, en mirar todos esos cuadros, todas esas estatuas; en adquirir todos esos conocimientos estéticos e históricos que nos ha expuesto. Y al hacer la suma, perdóneme usted, señora, mi corazón se sintió oprimido, porque pensé: ¡Dios mío, estas gentes que escuchan la conferencia no saben que, en realidad, lo que oyen es el epitafio verbal de una juventud muerta.

La dama, afectada. — No, no... se engaña usted.

El escritor. — Si no conociera tan bien la psicología propia de este momento me callaría ahora. Pero sé que no hay dolor en el fondo más delicioso, nada que en definitiva nos haga más felices, que el ver cómo nos enseñan a conocer nuestra alma, sin haberla mostrado a nuestro maestro. Querida señora, créame que comprendo su culto intelectual y la compadezco y la respeto. Si bien se considera esa es la forma más noble del adulterio.

La dama, sonrojándose. — ¡Ah caballero, eso es ya demasiado!...

El, tranquilamente. — No interprete usted mal mis palabras; las repito y las sostengo. Con efecto, su culto a las letras es un adulterio, el más noble, el más puro, pero, en todo caso, un adulterio. Señora, antes de tener el gusto de oirla he echado una ojeada a su casa. El más exquisito gusto domina en ella, pero no se enoje usted, señora: creo sinceramente que ha de ser muy poco agradable vivir aquí.

La señora, abriendo cuanto puede los ojos y tratando de sonreír. — ¿De veras, no vendría usted a vivir en esta casa?

El escritor. — Este cuarto no está arreglado para un hogar. He mirado en derredor buscando comodidades y no las he encontrado. En el salón no es posible sentarse sobre unas sillas tan pequeñas, a no ser que sea indispensable hacerlo; las sillas del comedor son igualmente estrechas e incómodas; sobre el diván, nadie podría recostarse sin ajarlo deplorablemente. En ninguna parte hay trazas de ese confort que tan necesario es para el morador permanente. Le repito me perdone, pero yo he buscado un rincón propicio para dos personas que quieran recogerse en la intimidad de una familiar confidencia, y no lo he encontrado. Esta casa es suficientemente grande para un numeroso círculo de amigos; pero demasiado estrecha para una pareja.

Ella. — Yo no me llevo mal con mi marido.

El. — Lo sé; he estado algunos minutos en el despacho de su esposo. Sobre el escritorio, encuadrada en bronce, está la fotografía de los dos: usted con traje de novia, él de frac. ¡Qué pareja tan cabal! Pero en los estantes no hay ni un solo libro que usted pudiera leer también. En el adorno y disposición del despacho no he visto esa huella del delicado gusto femenino que hay en las otras habitaciones. Señora, no hay duda: si alguna vez leyera usted en compañía de su marido, habría allí alguna silla mecedora.

La dama, en voz baja. — ¡Es verdad!...

El escritor. — El despacho de su marido es el de un célibe; el gabinete de usted es el de una señorita instruída, de gusto refinado. Se han unido ustedes para toda la vida; pero no se acuerdan de que están casados.

Ella, nerviosa. — ¿De quién es la culpa?

El. — No lo sé. Pero en el caso de usted veo ya el proceso que siguen todos los dramas de familia: el marido, que no se interpone jamás en el camino de su mujer, y la esposa que no encuentra nunca en su marido al esposo. Ni el uno ni la otra tienen motivos de queja; ni el uno ni la otra se sienten desilusionados; viven juntos tranquilamente, en paz y amistad, hasta que *él* aparece, él, el verdadero; y la mujer, después de una lucha terrible, da el primer paso... hacia el abismo.

La señora. — ¿Y cree usted?...

El escritor. — No, usted no engaña a su marido. Estoy seguro. Se defiende usted contra eso sin saberlo. Devora usted los libros, admira los cuadros, escribe discursos. Ejercita usted el culto de la Belleza: le ha dado a usted su alma. Pero no olvide que el alma de usted sería de su marido, si ella le fuese necesaria a él. Y esto también es un adulterio.

La señora, levantándose. — Hemos acabado... Caballero, es usted un ser terrible... Me da usted miedo... Pero conste que ni una sola de sus palabras tienen el menor fundamento. (Al retirarse se vuelve bruscamente): ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

Y mezclándose con los invitados que toman el te alegremente, la dama se inclina de pronto hacia su marido, que tiene la taza sobre las rodillas, y, a la vista de todos, lo besa ardorosamente.

El marido entonces, alzando sus ojos, asombrado, y sosteniendo con las dos manos el plato, dice tiernamente:

—¡Mujer, que me tiras la taza!...

T O M Á S
K Ó B O R

DIBUJO DE SIRIO.

De Belgrano

El director del hospital Pirovano rodeado de los practicantes que acaban de recibirse recientemente de médicos.



Banquete con que los médicos últimamente egresados obsequiaron a sus compañeros del hospital Pirovano.


LADRAR A LA LUNA
Pueden ladrar los perros cuanto quieran. La luna ni se amedrenta por eso, ni pierde su claridad, ni detiene su curso. Pueden decirse cuantas palabras se quieran para ensalzar un substituto o una imitación. La fama de las Tabletas Bayer de Aspirina ni disminuye, ni se opaca, ni se detiene por eso. El comprador sensato sigue buscándolas, porque sabe que son las únicas que proceden de la fuente original. Si usted quiere identificarlas de modo seguro, fíjese en la Cruz Bayer y en que la cajita de cartón lleve la
BAYER
BAYER
Estampilla Sanitaria Oficial de Color Anaranjado.

De Ciudadela (F. C. O.)



Comisión y concurrentes al homenaje tributado al doctor Enrique Marengo por los vecinos de Ciudadela, por los servicios prestados como intendente municipal y médico de la localidad de San Martín.

GREGUERÍAS

En el fondo del agua de los estanques hay cosas caídas casualmente allí que se deben ir haciendo animales vivos, algo así como ranas informes, cosas llenas de una vida tentacular y lenta.

La brújula es algo inverosímil, a la que Dios mueve... Su alma extensa y vidente me ha pasmado siempre y parece como una reliquia milagrosa, una reliquia de Dios encerrada en su relicario de cristal... No se debe jugar con la brújula ni estropearla, porque será como estropear una pequeña esquirla de sensibilidad sobrenatural... La brújula está llena de brujería, y sabiéndola nivelar de otro modo y colocándole otras letras que significasen algo más que N. S. E. y O., diría otras cosas.

El violón, por su remate, se parece a una bailadora cuando remata un baile con toda altura, con todo estiramiento, con una extrema contorsión... Parece que el violón se enarca algo por su gesto, sobre todo en los momentos en que toca un bailable... Esa mano atormentada, crispada, rizada, gafa que remata los violones, parece la de la artista de tango cuando levanta el brazo encorbando la mano con gracia y epilepsia.

En el cielo hay alguna noche — sólo alguna — que corresponde a nuestra pasión con apasionamiento. Esa noche hay que aprovecharla hasta la madrugada.

R. Gómez de la Serna.



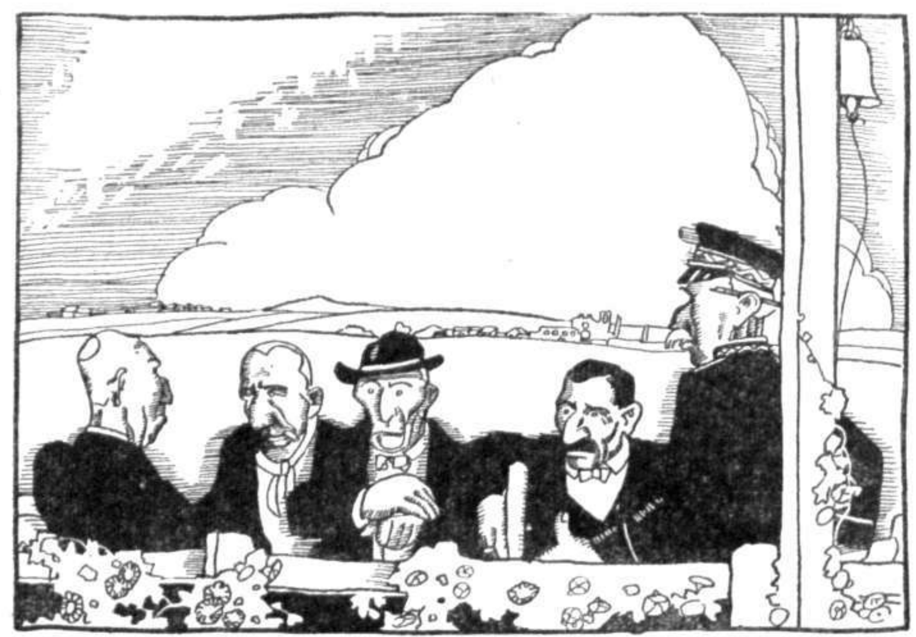
4 PUNTOS

REFERENTE A LOS CUALES NO CABE DISCUSION

1.º Que el ANIS DEL MONO es Genuinamente Español.
2.º Que el ANIS DEL MONO es el de mayor venta.
3.º Que el ANIS DEL MONO es el único que puede ostentar 18 recompensas obtenidas en 18 exposiciones.
4.º Que el ANIS DEL MONO tiene 60 años de vida y de perfeccionamiento en su elaboración.

BOSCH Y CÍA.
FABRICANTES
BADALONA — ESPAÑA

GRENIER Y CÍA.
IMPORTADORES
871, MERCEDES MONTEVIDEO — JUNCAL, 1001 BUENOS AIRES



EL JEFE DE ESTACION

La única muestra de progreso que los más progresivos habían dejado en aquel pueblo era una de estas víctimas de la frialdad administrativa a quienes se llama *jefe de estación*.

No quiero creer que el *accionista*, cuando quiere acciones lo más baratas posible, para que vayan tendiéndose *rails* a través de los campos en lugares que abrevien el camino, sea cómplice en el delito de construir expresamente, allí donde caigan, esas que se llaman estaciones, y de dejar en ellas un hombre.

Si lo supiesen no lo harían, porque el accionista individualmente no es malo de suyo, ni de malos instintos: no es más que accionista, y el único defecto que tiene es la *capa* del anónimo.

Porque, hijos míos, se necesita la virtud de un ermitaño laico para desembarcar a sangre fría en una de estas casucas, y tomarla por morada definitiva, y vivir de un modo definitivo en ellas, que no son más que salas de espera; se necesita mucho amor al vivir y mucho desprendimiento de la vida, para enterrarse antes de tiempo en aquellas casas del orden, en aquellas casas en prosa, con la vía a derecha y a izquierda para que los ojos no tengan por dónde extraviarse.

Y, sin embargo, no llevan allí a nadie que merezca presidio. Por el contrario, llevan al jefe, a un hombre que ha de ser buen hombre a toda prueba; a un hombre honrado para sí y para el prójimo; a un ser al que se hace servir de rueda administrativa, con paga de rectorcillo del progreso, él que debería tener paga de arzobispo con ascensos de santidad progresiva.

Llega el jefe a la estación, y muchas veces llega ya siendo jefe de familia (dos jefaturas que no son incompatibles, porque no las pagan el Estado ni los accionistas), y solo o acompañado se instala en el cuartito de aquella casa, colocada en un pueblo, como en todos, entre algunos campos de maíz, una cerca de alambre, un palo delante y una montaña cenicienta detrás, como distracción única de la vista, pero distracción definitiva.

Al llegar, el guardaagujas presenta al mozo de carga y descarga, o éste presenta al guardaagujas. El jefe mira a aquellos hombres que habrán de ser de allí en adelante, más que amigos de conversación, sus *compañeros de silencio*, y los tres juntos pasan a ver la casa.

Arriba, pronto está vista: son casas con plano de molde, y, vista una, vistas todas. Hay justo donde comer con gana de reglamento; cocina, entre-económica; dormitorios para sueño ordenado... y basta. Abajo, dos salas de espera, para las tres clases de viajeros, o sea clase y media por sala; aquellos bancos de madera para tantos y tantos como en el mundo esperan sentados; algún anuncio de píldoras, un reglamento cortado de órdenes y atiborrado de ordenanzas, y los planos de *idas y vueltas*. Delante, es decir, a un costado, la sala de la taquilla: un ventanuco como nicho de criatura, donde ha de entrar el jefe para horadar cartoncitos; y al fondo el entretenimiento de la finca: el telégrafo, un juguete peligroso lleno de cintas azules, y de campanillas y de timbres y ruedas que se han de vigilar siempre, y contestar a las preguntas que hace, por indiscretas y descabelladas y aburridas que sean.

Estos son los dos altares mayores en aquel templo de la *marcha*. No queda ya por ver más que la sala de equipajes, la báscula, dos o tres vagones que toman el sol al otro lado del andén, y el hombre queda enterado y enterado para mucho rato: para todo el que le tenga allí dentro.

— Muy bien — dice el jefe. — Ya estamos instalados. Venga la levita y ayúdenos Dios, que los hombres estamos de más.

Y se pone la levita y da una ojeada de general al campo de sus operaciones, y mirando vía arriba y vía abajo, cruzado de brazos, se dice: — Andando, tren; a ver si pasas.

¿Qué has dicho, cristiano? ¡Y tanto como pasará! ¡Y tantos como pasarán! Pasa y pasa a las tantas y diez, y a las cuantas y veintidós, y a las ocho y catorce del otro meridiano; y tanto si se detiene como si no, habrás de verle y saludarle, aunque estés rendido, y ponerte la levita y quitártela, y volvértela a poner hasta que se le rompan las mangas; y si por azar se detiene aquel tren remaldito, dentro no ves más que caras desconocidas, gentes malhumoradas, mal dormidas, mal comidas; hombres que parecen caminar al choque, gente que se despide, lágrimas, pañuelos, y vuelta a tocar la campana, y vuelta a quitarte la levita; y en mangas de camisa, ya despojado del uniforme, a sentir el primer mareo de la tierra y los primeros síntomas de añoranza.

¡Ay, sí! Por limpios que vayan, y por galones de oro que lleven en la gorra, también añoran los jefes. También sienten el hielo de la soledad, y las tristezas de las hojas secas, y el vacío del silencio, y la falta de consuelo de un poquito de desorden, aunque fuese un desorden un poquito ordenado. Aquéjales un mal que puede llamarse "enfermedad de jefe de estación", un mal que no se cura en clínicas, pero que nace en las estaciones: el mal de la reglamentación; el mal de comer a hora fija, y hasta de haber de amar a la hora y tantos minutos

y no poder hacer de pájaro ni siquiera una vez, no más que una vez volar por las arboledas y volver a encerrarse en aquella casa urbana, indiferente, de piedra artificial, de cartón piedra, filtradora de la humedad del no ser y paralizadora del vivir.

Bien pronto, el pobre hombre no puede más; entra en casa, una vez más se quita la levita, y en su afán de comunicarse con alguien, porque el silencio le ahoga, y no teniendo nadie con quien hablar, ni al guardaagujas, ni al hombre de la *descarga*, se va al cuartucho del telégrafo, y allí crec-crec, creccrec, y llamada de timbre, despierta al jefe de la otra estación, y los dos, por mediación de aquellos alambres, que hacen el oficio de cuerdas de añoranza, con amargura telegráfica se quejan de su suerte, y hablan por hablar, por necesidad de su alma; y, sin comas, con frases justas, con palabras hechas de *letras*, se desahogan por medio de aquellas cuerdecillas, de aquel sistema nervioso tendido sobre la vía.

Pero, eso sí: por de prisa que corran las frases se enfrían en el camino. La ciencia que recogen por el trayecto va comiéndoseles la expresión, y la palabra ha perdido todo el sabor de humanidad. Y harto lo notan los jefes de estación a cada extremo de los alambres; pero ¿qué han de hacer? ¿Cómo han de expansionarse? El pueblo está lejos; el guardaagujas, preocupado con su aguja, no está para nada, y si le oye no le entiende; el de la carga todavía menos, porque no hay nada que canse tanto como la carga, y no está para filosofías; la mujer (si encontró alguna que allí quiera vivir) harto trabajo tiene con cuidar de los chiquillos para que no se vayan a la vía o al telégrafo, el dichoso telégrafo, o al cajoncito de los billetes, además de que ya se sabe de memoria las penas del jefe de estación; y estos jefes, sin una voz que los conforte, sin amigos, sin más compañeros que el deber, caen en un desfallecimiento, en una de esas crisis solitarias que debían sentir los ermitaños en lo alto de sus ermitas.

El jefe se aburre, se entristece, con una tristeza mate, con un aburrimiento gris, con el desfallecimiento moral de aquel que no tiene pena ni gloria, y que ve deslizarse la vida lisa y paralela, como la vía que corre arriba y abajo; y lo mismo que los anacoretas, intenta hacerse un huertecillo; y en aquellos cuatro palmos de terreno que tiene detrás del cercado, hace sus plantaciones. El primer año planta un árbol, que sostiene con una estaca, y en lugar de prender el árbol, muere el árbol y brota la estaca, que resulta ser una higuera; el segundo planta tres acacias, y prenden dos, que sirven de apeadero a las moscas que viajan; después arregla el jardín, y planta unos rails por verja; hace un *parterre*, y llega hasta a sembrar enredaderas, que habrían de enredarse y subir, pero que no suben ni bajan.

También las plantas padecen el mal de estación; también enferman de estación; también les amustia aquel hálito de estación; sin más agua que la que mezclada con jaropes les tiran los que beben en la cantina; sin más sombra que la que dan los cinco alambres del telégrafo, ni otro alimento que el coque de la locomotora. A tal jardín convendría regarle con aceite de hígado de bacalao y vino de quina, porque, ¡pobrecillo!... parece un jardinico medio botánico, medio de aguas termales, medio de vivero, las plantas alargando los tallos anémicos hacia los trenes de mercancías que pasan para que se las lleven de allí, y las conduzcan a terrenos más *climatéricos*, en los cuales haya cuatro estaciones, y no siempre aquella misma; donde los saquen de aquellas lagunas de petróleo, que de puro refinado las mata; de aquella postración mortecina, de aquel destierro de tierra, que un jefe puede resistir porque lleva gorra y levita, pero no ellas que viven enfermas y desnudas, a la vista de todos los hombres que pasan.

¡Pobres plantas, y, sobre todo, pobre jefe!

¿Qué culpa tiene él de ser jefe? ¿Qué culpa tiene de no poder mostrar al viajero un parque un poco natural, un extracto de Madre Naturaleza? ¿Qué culpa tiene de que haga aquel sol, aquel sol que se bebe el agua, y hasta el licor de la cantina se bebería si no le tuviesen metido en botellas? Al pobre empleado, al jefe, no le quedan más que dos caminos: o acostumbrarse a aquella vida de poste, de palo con raíces, o bien en uno de aquellos trenes que pasan, y ya sea el de las tantas y catorce, ya el de las cuantas y veinticuatro, subir, en tercera, en cuarta, en furgón o en locomotora, marcharse, y dejar al guardaagujas el cuidado de aquella helada casa.

Pero el hombre, que ha ido amortizando ilusiones, que ha ido cortando ya muchos cupones de la obligación de vivir, que ya ha aprendido a endosar la levita de la paciencia, a tomar opio de resignación y a prepararse a bien morir de fastidio y de monotonía, es claro, opta por quedarse.

Se queda, pero se queda sin fe en el triunfo de las grandes vías ferrocarrileras. Ve pasar los trenes como quien ve llover; dice las mismas palabras cada día a la misma hora y con los mismos interlocutores de siempre; bebe y duerme a toque de *meridiano*, y va trocándose en telégrafo, en horanómetro y en fonógrafo y se pasa toda la semana haciendo de contador automático.

El domingo van a la estación algunos del pueblo, y él manda sacar sillas, les enseña el jardín y les pesa en la báscula: "Usted, secretario, ochenta; usted, Beco, sesenta y dos; usted, señor cura, ciento cuarenta, y usted, señor maestro, cincuenta y dos y algunas décimas". Lee el periódico, se lo regala al cafetero; y ya falto de movimiento, de tanto dársele a la vía, y apolillada la voluntad, se hace viejo antes de tiempo.

Ya es un tren parado; la estación le ha enterrado en vida. El telégrafo remaldito le ha muerto la palabra; el reloj, el tiempo; el jardín, las alegrías. Ya nada le importa el sol ni la lluvia ni las tormentas. Ya es demasiado jefe.

Ya únicamente, a las ocho y cuarenta y cinco, cuando ve pasar el expreso dejando una huella de llamas, aun siente fuego y estremecimientos de juventud dentro de la levita; aun se queda hipnotizado, mirando los rails, y sueña con una estación bien abrigada, por la cual no pasen trenes, con un gran cobertizo en que se diesen bien las flores, y con vistas a una ciudad muy alegre que no tuviese alambres; y contempla largamente la vía, hasta que el tren entra en la sombra.

Entonces se vuelve, y ve aquel cajón hecho de pedruscos, y de cemento y de paletadas de pasta de cartón-prosa, y llora, y tiene tiempo de llorar, hasta las veintitrés cuarenta en que pasa otro tren de mercancías.



De Bahía Blanca



Banquete organizado por los miembros de las sociedades españolas en conmemoración del 2 de Mayo, y al que concurrieron las autoridades y lo más destacado de esa colectividad.

Sesión del Congreso de Sociedades Españolas, para dejar constituída la Federación Regional, a la que concurrieron todos los delegados de la región.

Bodas de oro y de plata



Los esposos señor José García y señora Ignacia Golon rodeados de su familia en el décimoquinto aniversario de su enlace. — Caseros.



El señor Antonio Crespi y la señora Virginia Tomasini celebrando el quincuagésimo aniversario de sus bodas en unión de su numerosa descendencia. — Atalaya.



Bodas de plata de los esposos Orpi, a la que concurrió la numerosa familia. — Serodino.



La señora Juana Lerchundi y su esposo, el señor Isidoro Borbolla, agente de "Caras y Caretas" en Navarro, festejando sus bodas de plata.

FUMAD EN PIPA

Nadie le juzga demasiado feo,
no es muy voluminoso
ni muy flaco, y se llama Clodoveo.
Joven y vanidoso,
fuma en pipa, es soltero y es dichoso.
¿No le veis? Fuma y tose.
Ya ha tosido. Dejadle que repose.
Y oid atentamente
lo que nos dice sentenciosamente.

—Con un ardor salvaje
vivo a fumar en pito dedicado.
A veces de mis fuerzas he dudado.
¡Qué rudo aprendizaje!
Este humo del demonio,
cuando menos lo espero, me sofoca;
pero ya toso sin abrir la boca.
Así debía de fumar Petronio.

Cuando me ve fumar con energía,
la joven que sentía
por mí la más profunda indiferencia
me mira con marcada simpatía
y parece decir: —¡Qué resistencia!
Así triunfan los hombres verdaderos
¡Conque a fumar en pipa, compañeros!

Pérez tuvo el capricho
de fumar como yo. Su cara mustia
me produce inquietud. Pérez me ha dicho:
—Mi pecho es un gasómetro. ¡Qué angustia!
Y yo le he contestado con rudeza:
—¡Fuera vanos temores!
Hay que toser, amigo, con franqueza,
como lo hacen los buenos fumadores.
El vaciló y, al cabo de un segundo,
ambos tosimos a la faz del mundo.

Estaba triste. Fumo
y pronto mi tristeza se disipa.
¡Qué gran cosa es el humo!
¡Qué gran cosa es la pipa!
... Esto me desagrada;
me hace llorar el humo. ¡Qué pavada!

Parece que a mi gato no le gusta
la pipa y que le asusta
el humo, pues se esconde en los rincones
y me mira con malas intenciones.
Esa expresión adusta
me ha sugerido varias reflexiones.
Los gatos, animales muy discretos,
nunca escriben tercetos,
quintillas o cuartetas,
porque no son poetas.
En su vida apacible y sedentaria
no sienten de los versos el encanto,
siéndoles, por lo tanto,
la pipa en absoluto innecesaria.

No juzguéis lo que digo un vano alarde.
El que no fuma en pipa es un cobarde.

Con la pipa en la boca, Juventud
elegida de Dios,
demostrarás tu fuerza y tu salud.
(¡Qué tos! ¡Qué tos! ¡Qué tos!)



DIBUJOS DE SIRIO


EN CONFECCIONES Y ARTICULOS GENERALES PARA NIÑO Y NIÑA
GATH & CHAVES
mantiene siempre el mejor y más amplio surtido a los precios más convenientes.
111. — Sobretodo naval, en cheviot azul pura lana, doble cuello de brin azul, espalda con presilla suelta, bordado de seda en la manga; botones metal dorado. Años: 10, pesos 35.50; 9-8, pesos 33.50; 7-6, pesos 31.50; 4-5, $ 29.50; 2-3,
$ 27.50
Casa Central - Segundo piso
J. — Traje marinero en cheviot azul pura lana; doble cuello y puños en falla de seda blanca con adornos seda color, bordado de seda en la manga, corbata ½ pañuelo seda negra o punzó. Años: 10-11, pesos 37.50; 8-9, pesos 35.50; 6-7, pesos 33.50; 4-5, pesos 31.50; 2-3, $ 29.50
23343. — Moderno vestido en sarga de colores; elegante modelo prolijamente adornado con pespuntes, cuellito y corbatita de seda. Para niñas de años, 12-13, $ 29.50; 10-11, pesos 26.50; 8-9, a
$ 23.50
23529. — Novedoso vestido fantasía, en género de lana azul marino; adornado con visos de colores y botones; cinturón del mismo género; para señoritas. Talles del 36 al 42, a
$ 29.50
Casa Central - Primer piso


Cinzano
VERMOUTH

AÑO XXV BUENOS AIRES, 20 DE MAYO DE 1922 N.º 1233

CARAS Y CARETAS

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



INAUGURACION DEL MONUMENTO DE ALEM EN ROSARIO

El autor del monumento, escultor Gianninazzi, descorriendo el lienzo en el solemne acto de la inauguración, verificado en el Parque Independencia. Tant oficial como popularmente la ceremonia alcanzó proporciones magníficas y que perdurarán en la mente de cuantos la presenciaron. La adhesión, por demás significativa y unánime, de todas las fracciones políticas a los festejos celebrados con tal motivo, ha dado al acto los caracteres de una consagración definitiva y de un homenaje glorioso a la memoria del gran tribuno y hombre público.

Transmisión del decanato de la Facultad de Ciencias Médicas.



El doctor Alfredo Lanari, decano saliente, leyendo su discurso en el acto de la entrega del cargo al nuevo decano doctor Julio Iribarne, electo por unanimidad para desempeñarlo.

Liga Nacional de Templanza.



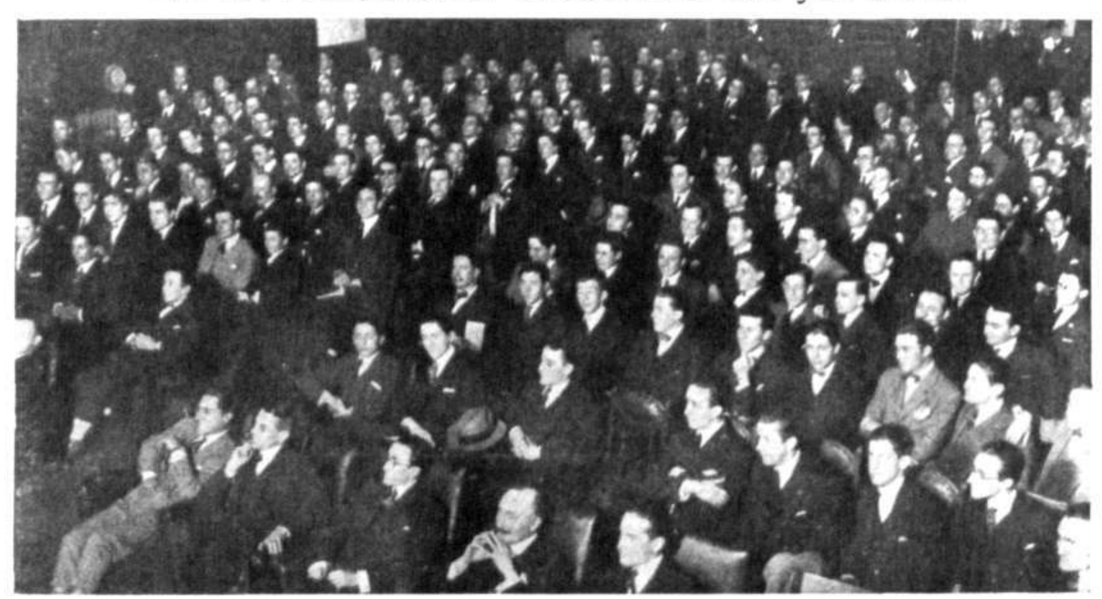
Las damas que forman la comisión de la altruista institución y algunas de las personalidades que asistieron al acto inaugural del nuevo edificio donde se instalará la sede principal de la Liga.

Aniversario Paraguayo.



Concurrentes a la fiesta organizada por los dirigentes del Club Paraguayo para conmemorar el 111 aniversario de la declaración de la independencia de su país.

EN LA ASOCIACION CRISTIANA DE JOVENES.



Aspecto que presentaba el salón de Actos de la Asociación durante la fiesta que anualmente se celebra en honor de los nuevos universitarios.

FOTOS DE BELL.

CAMPEONATO DE FOOT BALL DE LA ASOCIACION AMATEURS

INDEPENDIENTE v. RIVER PLATE



Un momento de peligro junto a la valla defendida por River Plate, debido a un magnífico "corner", tirado por Orsi. El arquero de River Plate logra alejar la pelota mediante un buen esfuerzo.



Isusi el guardavalla de Independiente, rechaza de alto la pelota, en momentos de producirse un entrevero frente a su arco, originado por un buen avance de los delanteros contrarios.



I. Alzua, capitán de River Plate.



Dos delanteros de Independiente avanzando en combinación.



Una notable atajada del guardavalla de Independiente.



"Team" de Independiente, ganador del partido por 3 "goals" a 2. El interesante encuentro que había despertado gran interés se efectuó en la cancha del River Plate, siendo presenciado por cerca de 8.000 personas.



A. Ferro, capitán de Independiente.

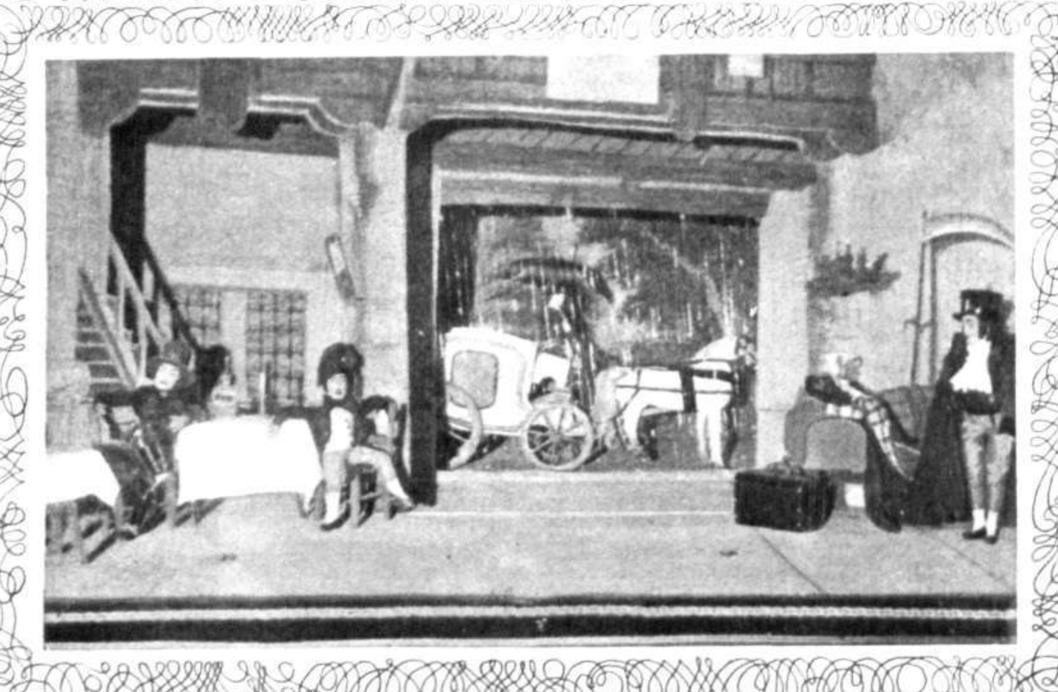
FOTOS DE ARROYO.

LA TEMPORADA TEATRAL

1922

Original representación en el Teatro Cervantes

El protagonista de "El gato con botas".



La hostería, en "La ocasión hace al ladrón".





Ha despertado justificado interés el anuncio del debut que en el teatro Cervantes hará próximamente la compañía dei Piccoli. Son notables los decorados y los muñecos de cuya perfección dan una idea las fotografías que publicamos. Las representaciones de esta compañía, cuyos éxitos en Italia son conocidos, serán una verdadera novedad para nuestro público y sobre todo para los niños.



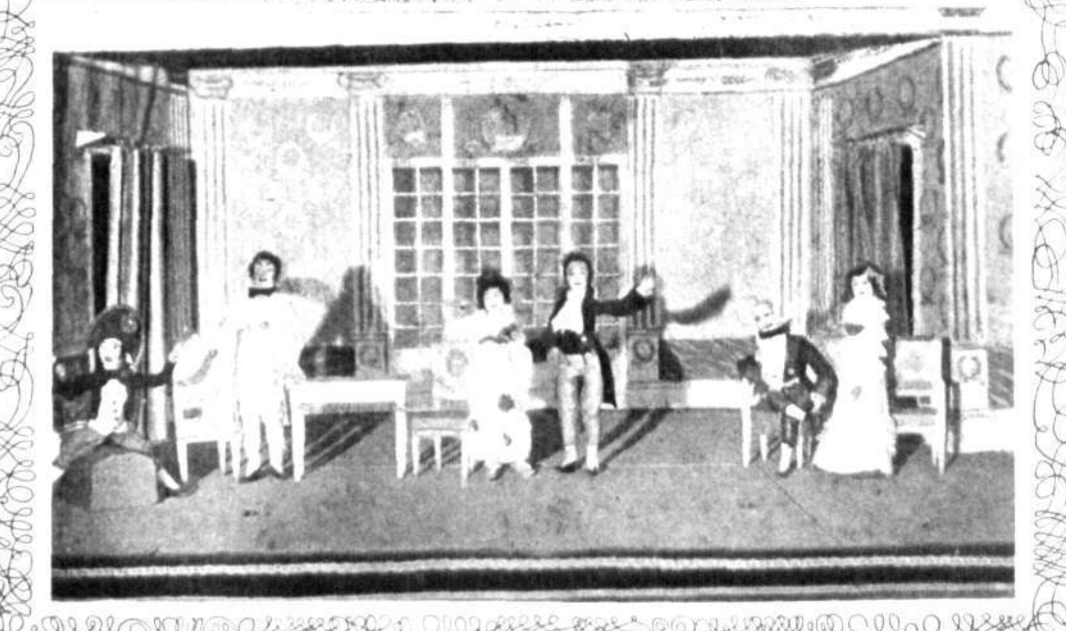
El hijo de Bruschino, en "Bruschino".

Otro personaje de "El gato con botas".



El dormitorio del hada.

en "Pinocchio".



Interior de la hostería, en "La ocasión hace al ladrón".



Interesante instantánea obtenida durante la memorable sesión inaugural de la Conferencia, donde se suscitó la famosa incidencia entre Francia y Rusia que tanta repercusión alcanzó en el mundo entero.

LA CONFEREN

NOTA GRAFICA PARA CARAS Y CARETAS'' REMI



El jefe de la delegación de la Gran Bretaña y una de las principales figuras de la conferencia, Mr. Lloyd George, con su señora e hija.



Mr. Barthou, cuya labor ha sido inmensa en los debates, y Mr. Barrere, delegados de Francia, a su llegada a Génova.



Mr. Seydoux, jefe de los técnicos franceses, conducido por el secretario a causa de su parálisis.



Mr. Thomas, miembro de la delegación de Francia.



Los señores Facta y Schanzer, delegados italianos, que tan descollante papel han desempeñado en los debates, llegando al Palacio Real de Génova.



Mr. Wirth, uno de los delegados de Alemania.



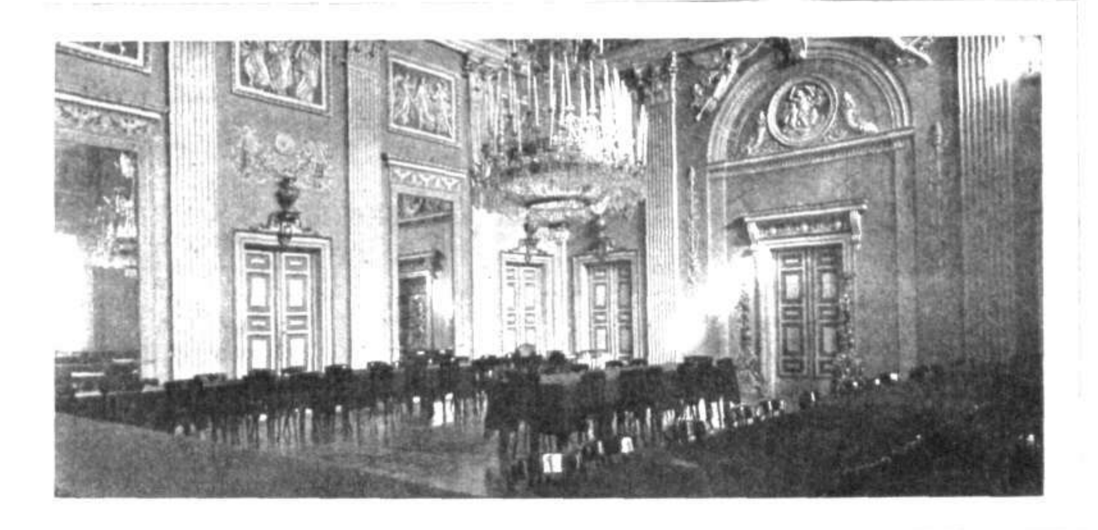
Mr. Rathenau, jefe de la delegación alemana.



Mr. Krassin, uno de los jefes de la delegación rusa, y algunos de los delegados, alrededor de quienes se concentró el mayor y [illegible]



El famoso jefe de la delegación rusa, Mr. Tchitcherin.



Una de las salas del Palacio Real de Génova, donde se verificaron las sesiones de la Conferencia económica de Europa.

CIA DE GENOVA

TIDA POR NUESTRO ENVIADO ESPECIAL Sr SIMBOLI



Señor Schober, jefe de la delegación austriaca.



Señores Jaspar y Thennios, delegados de Bélgica.



Delegados japoneses, señores Hazoschi y Aschida.



Arribo a Génova de los delegados letones, lituanos y estonianos.



Los delegados holandeses entrando en el Palacio Real.



Señor Stambruliski, jefe de la delegación búlgara.



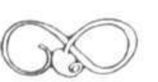
Una de las más interesantes fotografías tomadas al terminar la primera sesión, la cual se ve reunidas a las principales figuras que tomaron parte en ella.

De izquierda a derecha: señores Peano, ministro del Tesoro; Barrere, embajador francés en Roma; Schanzer, ministro de Relaciones Exteriores; Horne, canciller; Lloyd George, jefe de la delegación británica; Facta, presidente de la conferencia; Bertone, ministro de Hacienda; Barth[illegible]onsejo de ministros de Bélgica.

EXPOSICION LOPEZ NAGUIL

EN EL SALON DE MÜLLER





De nuevo se halla entre nosotros después de una larga temporada pasada en España y la isla de Mallorca el conocido dibujante y pintor López Naguil, uno de nuestros artistas jóvenes más destacados.

López Naguil ha trabajado activa y provechosamente durante su estadía en el extranjero, y prueba de ello es el notable conjunto de obras cuya exposición se inauguró el día 15 del corriente, en el salón Müller. En todas ellas es grato ver una encomiable labor que afirma definitivamente sus prestigios como pintor.



El pintor López Naguil.



Patrón Romi.



El "Pijove".



Invierno.



Primavera en la huerta.



A CIVILIZACION PANTALONICA

DIVAGACIONES

Hay quien habla de la sabiduría popular a propósito de los refranes, viendo en ellos reflejada la experiencia del sentido común. A cada uno de los siete llamados sabios de Grecia se le atribuía una sentencia, y así los muchos sabios de nuestro pueblo — a cuya cabeza figura Pero Grullo — nos dejaron sendos refranes anonimos. Y lo más profundo de esa sabiduria reflejada en los refranes consiste en que los hay perfectamente contradictorios. Asi junto a «una golondrina no hace verano» tenemos: «quien hace un cesto hace ciento» o junto a «piensa mal y acertarás», «cree el ladrón que todos son de su condición». Y así en los demás.

Pero si en los refranes ha quedado cifrada la sabiduria popular especulativa, la razón teórica del sentido común del pueblo, su sabiduria en actividad, su razón práctica, nos ha quedado en objetos y usos de empleo diario. Uno de ellos es el botijo.

El botijo es, en efecto, una de las invenciones más singulares. Podríamos llamarle el antifiltro o filtro al revés. Porque en el botijo se echa agua, muchas veces turbia; se le pone sobre un plato y el liquido que rezumando queda en el plato, el agua filtrada, se arroja y se bebe la que el botijo guarda sin filtrar. Que como ha disminuido algo y no así su turbulencia resulta más sucia. A lo que se dirá que la gente no emplea el botijo para beber el agua más limpia, sino más fresca y que hay que tomar en cuenta sus propósitos.

Sin duda. Y así en las mantillas con que se envuelve a los niños el propósito es que sus madres o nodrizas puedan manejarlos fácilmente para lo cual se les tiene fajados en esos envoltorios donde guardan toda la porquería de sus deyecciones. Y ya aquí empieza la pedagogía que es, como se sabe, el arte de criar al niño con el menor trabajo posible de quien lo crie. Un problema de máximos y mínimos. Como que el maestro avisado está siempre inventando la manera de que el niño aprenda las cosas por sí solo y sin dar demasiado que hacer.

Otra de las cosas que a un amigo nuestro le parecia más caracteristica es la aldaba, sobre todo si está en la puerta de la calle de una casa de cuatro pisos. Para llamar a los del piso cuarto izquierda se da cuatro aldabonazos y repique. Llega uno a la una o las dos de la mañana, da un aldabonazo y ha despertado a los de los primeros pisos, con dos a los de los segundos, con tres a los de los terceros y cuando da los cuatro y repique los del cuarto izquierda siguen durmiendo como lirones.

Pero es más curiosa la costumbre que rige aquí, en la mayor parte de las viviendas de esta ciudad de Salamanca, que es una mazorca de alquerías con todo el aire de la dehesa.

Llama usted en una casa y antes de abrirle pregúntale desde dentro la voz de una criada: «¿quién?». Con que usted diga «yo» o «Juan Pérez» le abren sin saber ni quien es yo ni quien Juan Pérez, aunque alguna vez le repliquen: «¿qué quiere?» o «¿qué busca?». El que esto os cuenta ha hecho alguna vez la prueba de no responder al «¿quién?» sino volver a llamar y ha tenido que retirarse después de haber llamado así cuatro o cinco veces. «Como no contestaba...» se le dió luego por explicación. Pero la razón de esto está en que esa costumbre, traida de las alquerías campesinas, obedece a que en estas los más de los que llaman a la puerta son mendigos, pordioseros, y como al «¿quién?» responden con un plañidero y quejumbroso: «una limosnita por el amor de Dios, noble señora...» y suele seguir una retahila, se le despide con un «Dios le ampare, hermanito» u otra frase por el estilo. Y los pordioseros son por aquí uno de los principales elementos sociales y de los que más costumbres públicas han establecido.

A todo esto podría añadirse todo lo que se debe a tradiciones muertas, todas las sobrevivencias de valores difuntos y todo lo que en las costumbres, como en los trajes, representa órganos atrofiados. Así el charro de esta provincia como usa mangas que pueda remangar las lleva con una fila de botones efectivos, vivos, que se desabrochan, pero en los trajes de los señoritos no se comprende a que conduzcan esos botones que llevan en las mangas de la americana, que no están presos a ojales, como no sea para romper los forros de las mangas de los gabanes y sobretodos que es para lo que realmente sirven. Aunque Spencer diria que son, como tantas otras cosas que hoy sirven de mero adorno, ahorro de utilidad. Como parece que lo es la corbata.

Y vean como del botijo hemos a venido la corbata, de un artilugio para beber agua fresca aunque sea más sucia a una moda que no pasa, casi permanente y por lo menos secular. Porque eso de que las modas son pasajeras es un mero decir. Nada hay más permanente que una moda. Como que las modas caracterizan a una civilización. Y lo más característico acaso de nuestra civilización actual, del Occidente, a diferencia de la de Grecia y Roma antiguas es el uso de los pantalones en vez de la toga. Esta civilización cuyo ocaso ha estudiado el ya famoso Oswaldo Spengler, el autor de «La caida del Occidente», es una civilización en pantalones. Dentro de veinte siglos los historiadores que se dediquen a investigar nuestra época le llamarán la «época pantalónica» y estudiarán nuestras artes y nuestra politica y nuestra filosofía como producto del empleo de los pantalones.



La primera pesquisa del señor Remond

El señor Remond tenía una larga historia *que no hay* para qué contar. Cuando llegó, empujado por el azar, a aquella *capital provinciana* contaría de treinta y cinco a cuarenta años de edad. Era alto y flaco, de barba rubia, nariz prominente, anteojos de carey. Vagabundeó algunos meses, ofreciéndose para desempeñar cualquier cargo, para hacer lo que hubiera que hacer... De pronto lo sorprendieron con un nombramiento: Subcomisario de Investigaciones... El señor Remond aceptó; era forzoso que aceptara. Una gozosa emoción le llenó el alma y le quitó el sueño la primera noche. Cuando se levantó al otro día llevaba ya en el magín teorías perfectamente definidas y creía, en firme, que la investigación policial era toda una Ciencia...

En cuanto se hizo cargo de la subcomisaría pensó en poner en práctica más de una de sus flamantes teorías. Estorbábale para ello el comisario, naturalmente, pero como éste era amigo de las francachelas, con frecuencia abandonaba su puesto por unos días y quedaba el *sub* reemplazándolo. Fué así que, durante uno de sus breves interinatos al frente de la «División», el señor Remond «efectivizó» unas cuantas de las por él llamadas «teorías»; por ejemplo: todos los agentes de Investigaciones usarían tacos de goma y fumarían en pipa. (La gorra inglesa, el *jockey*, no creyó práctico hacerlo usar, por no adaptarse al ambiente y al clima).

Protestaron a media voz los agentes; los tacos de goma eran caros y el adoquinado de las calles pésimo. Entonces el señor Remond, sin desánimo, compró en un *garage* unos neumáticos viejos, los hizo cortar en rodajitas y ordenó clavetearlas en los tacos de los botines... Desde esa fecha todos los agentes caminaban por los pasillos y los cuartos de la «División» sin hacer ruido.

—Parecen duendes... —dijo el comisario efectivo, por decir algo, —cuando regresó de su última francachela suburbana.

En cuanto a las *pipas*, el asunto fué más difícil y de más lenta solución. El personal de Investigaciones prefería seguir fumando cigarrillos regionales, y si estaban liados en chala y saturados con granitos de anís, mejor. Algunos creían que el tal chirimbolo pertenecía exclusivamente a los «gringos» y que era una especie de delito de «lesa patria» el usarlo.

El señor Remond comenzó pacienzudamente a convertir uno a uno a los reacios. Salía a pasear con uno — o en misión policial — y, como quien no quiere la cosa, llevábalo a la cigarrería «mejor surtida de la ciudad». Compraba allí una pipa y cien gramos de tabaco en hebra. Se la regalaba a su acompañante. Enseñábale el arte — bastante difícil, no se crean ustedes — de atascar el «cachimbo» de tabaco, encenderlo y chupar en él... Con eso, el agente veíase obligado a usarlo. Era entonces cuando el señor Remond sonreía complacido y hacía el elogio de su obsequio y de las ventajas de fumar en pipa... El aroma, la salud, la garganta, la nicotina, hasta la estética, salían a relucir en su exégesis del pipar. Los pisaúvas de sus agentes sufrían de pirosis antes de familiarizarse con aquel arte, pero lo aprendían a soportar y lo gustaban luego. A la semana ya sabían escoger los mejores tabacos de «Virginia»... o de Pepa, y se ganaban la alta estimación de su superior gerárquico.

Las otras «teorías» del señor Remond dependían exclusivamente de *los hechos*. Por ejemplo, aquellas que se referían a los descubrimientos de criminales. Para esto no valían artimañas previas, pues había que comenzar por el principio, y lo primero que hacía falta para tal guiso era *la liebre*, es decir, el crimen... Y los crímenes, ya



LA CUENTA EXACTA

El profesor. — Diego, no sea impulsivo. ¿Cuenta hasta diez antes de pegar a otro muchacho?

Diego. — ¡No! ¡El árbitro es el que cuenta diez después que le he pegado!

—¡Mi buena y querida, señora, he descubierto un libro absolutamente inmoral!

—¿Es posible? ¡Dios mío, qué vergüenza!... ¿Vd. me lo prestará, eh?

se sabía, eran cosas rarísimas por aquellos lugares.

No dejaba de contrariarlo un poco al señor Remond esta carencia de criminales, ni la fastidiosa tarea, casi única, de cuidar a los expositores del gobierno. Sin embargo, el hombre esperaba. Esperaba pacientemente un crimen, lo más sangriento y misterioso posible, que le permitiera lucirse a los ojos de todos...

Y, andando el tiempo, el crimen llegó, ¡cómo no había de llegar, si todo llega en este mundo!, según decía el filósofo profesor de botánica en el Colegio Nacional, don Daniel Amarillo...

Una mañana, bien tempranito, despertó al señor Remond, en su hotel, un agente de la «División». Era imprescindible su presencia en la Jefatura, pues el comisario estaba ausente de la ciudad, y aquella noche habíase cometido un «horroroso crimen»... Se encontró, tirada en una bocacalle, una mujer degollada y a su lado, como único rastro dejado por el asesino, una «filosa navaja de afeitar».

El señor Remond sonrió antes de levantarse. Hizo explicar al agente lo poco que al respecto sabía. Y, como una de las razones del éxito — según sus teorías — estaba en *no apresurarse para no embrollarse*, se vistió tranquilamente, pidió el desayuno, tomolo con toda cachaza, y feliz y contento echó a andar para la «División» una hora después. Por el camino su imaginación fué galopando. *En cinco minutos llegó a la fama* que le iba a reportar aquel «esclarecimiento» y ya estaba, «in-mente», leyendo los elogios periodísticos que le dedicarían, cuando le truncó el vuelo un conocido que pasaba y a quien tuvo que saludar...

Llegó a la «División». Tomó asiento frente a su escritorio. Sacó de un bolsillo su pipa — la pipa de aquel día, pues para cada uno tenía él la suya, — la preparó cuidadosamente, encendióla y paladeó una buena bocanada de humo.

«¡Un crimen! ¡Una mujer degollada misteriosamente! ¡La hábil pesquisa del Subcomisario señor Remond, nuestro Sherlock Holmes!...» Uff, la mar. Su cerebro volvía a galopar furiosamente.

Al rato llamó a su despacho a dos de los agentes que tenía reputados por mejores. Se encerró con ellos y conferenciaron largo y tendido. El señor Remond les explicó minuciosamente las medidas que era necesario adoptar en estos casos de crímenes misteriosos efectuados *a base* de una navaja de afeitar y de una mujer, en una bocacalle solitaria, a media noche... Recordó al efecto tres o cuatro *casos semejantes ocurridos* en Europa y Norte América, en Norte América sobre todo, donde los crímenes eran «especialmente» misteriosos y los *detectives* verdaderos genios de reputación universal, una especie de perdigueros humanos que no perdían *la pieza* sucediera lo que sucediera y fueran cuantos fueran los obstáculos interpuestos...

Terminada la conferencia, volvió el señor Remond a cargar su pipa. Revisó los tacos de sus botines. La goma estaba en excelentes condiciones...

— Vamos allá — dijo con un gesto de firme resolución.

Cuando iban los tres personajes a poner los pies en el umbral de la puerta acercóse al señor Remond un bombero de guardia.

— Permiso, mi comisario...

— ¿Qué hay?...

— Termina de llegar un hombre buscando a mi comisario con urgencia...

— Otro crimen — pensó el señor Remond. — No hay uno sin dos, ni dos sin tres... — Y volvió sobre sus pasos.

— Que entre ese señor... — ordenó al bombero.

Al instante se presentó ante el subcomisario un hombre pobremente vestido que daba sin cesar vueltas al sombrero en sus manos.

— ¿Qué desea usted?

El hombre parecía no poder mover la lengua. Abría la boca sin que salieran de ella palabras...

— Hable, amigo, hable...

— Sí señor... — y volvió a quedarse mudo.

— Pero hombre, ¿qué le pasa?...

Por fin «el hombre» encontró palabras y las lanzó de golpe, como si temiera volver a perderlas.

— Vea, señor comisario... yo soy el que mató anoche a la Engracia... Yo soy Juan Prosa, para servirlo, peluquero, con veinte años de trabajo honrado... Me casé con la Engracia hace ahora tres años. Tenemos un hijito... Pero la Engracia era una perra, señor comisario... me engañaba con Enrique López, señor, peluquero él también... Por eso la maté. Ahora, aquí estoy. He venido para que ustedes me tomen preso... Al hijito se lo llevé esta mañana, pa que lo críe, a mi mamá... por eso no he venido antes. Y vengo, porque ahora tengo miedo de toparme con Enrique López, porque si lo topo, lo voy a matar también, por canalla, por canalla, por robarme a la Engracia...

Al señor Remond se le cayó la pipa de la boca... ¡Si sería estúpido el peluquero Juan Prosa!... ¡Venir a presentarse, estropeándole su primera pesquisa! . . .

— ¡Sargento!... — gritó.

— A la orden, mi comisario...

— Póngale las esposas a este criminal, y pásemelo incomunicado, rigurosamente incomunicado...

Y el señor Remond se volvió a su hotel a tomar una taza de tila que le calmara los nervios.

B. González Arrili



RECIEN CASADOS

El. — Emilia, no debíamos haber comido esa ensalada de langosta.

Ella. — Tranquilízate, amado mío, que es agradable pensar que este dolor lo sufrimos unidos.



— Vamos, Fido.

Mi crucifijo

Hace muchos años,
pendiente de un clavo de la cabecera
de mi pobre lecho, guardo un crucifijo,
cuna de mis dichas, tumba de mis penas.
Dicen que mi madre,
al lanzar al mundo mi triste existencia,
cuando entre sus carnes hundía la fiebre
las zarpas y dientes de chacal hambrienta,
le tomó en sus brazos,
puso en él sus besos como si pusiera
pedazos del alma, y aquesta plegaria
murmuró con todo su amor y su fuerza:
«Crucifijo mío,
aunque yo me muera,
que viva este fruto del dolor que siento
llamar a mis puertas.»
Y murió sufriendo
resignada y buena,
y con los jirones de aquella mortaja
que cubrió su cuerpo —nieve sobre cera—
hicieron mis blancos y humildes pañales,
y por eso siento que mi vida lleva
crespones de tumba,
cruces de tristeza,
corona de espinas
y el vacío de una soledad eterna.
Desde entonces tú has sido mi madre,
crucifijo mío. Cuando las tormentas
de fieros dolores azotan mi vida,
clavo estos mis ojos en tu faz serena
y allá dentro el alma me dice la tuya
aquestos reproches y amorosas quejas:
«Hijo mío, jamás desesperes,
sigue hasta el calvario con tu cruz a cuestas,
tu dolor es río junto al mar del mío
y gota ante el río de tu madre muerta.»
Cuando en noches tranquilas, mis párpados
al sueño se cierran,
siento que tu efigie divina, del leño
se agita y descuelga,
y me dice al oído estas voces
que a rumor de fontana me suenan:
«Adelante, hijo mío; las zarzas
que en mitad del camino se encrespan,
para los que siguen la luz de mi ejemplo,
en alfombras de flores se truecan.»
Y pasan volando las horas, los días
y los años ruedan,
y envuelto en el manto
de obscuras tinieblas,
estoy viendo siempre
la luz de una estrella,
y escucho palabras
que a seguir luchando me incitan y alientan,
y siento unas manos
maternales, tiernas
que libran mis sienes de espinas punzantes
y ponen en ellas
guirnaldas de amores
y coronas de dichas inmensas.
Crucifijo mío:
manos que no entienden, ni saben de penas,
quisieron cambiarte
no sé por qué alhaja más rica y más bella.
Pero no...; yo te quiero así rústico
sin otras riquezas
que las que incrustaron los besos y lágrimas
de mi madre muerta,
lágrimas y besos que tú me guardaste
como única herencia,
que fueron pañales y serán mortaja,
cuando entre los dedos de mis manos yertas,
tú quedes flotando
como una bandera...

Teodoro Palacios



—¡Pronto, Juan: llama al doctor! ¡El niño jamás hizo un ruido como ese!



EN EL RESTAURANT

—¡La comida está completamente sosa!
—En cambio, la cuenta está terriblemente salada.



SILUETAS FEMENINAS

SEÑORITA

Mercedes Saavedra Zelaya

FOTO DE FRANZ VAN RIEL

LE BRETON

BOTTINELLI

PINTOS

SIRI

DICKMAN

REPETTO

FERREYRA

ROCCA

DE TOMASSO

FIGURAS DE ACTUALIDAD

Por

ALONSO

Aquí el lector los tiene retratados,
y, así, verá el lector
la cara de los nuevos diputados
y la cara del nuevo senador.



TAMBORINI

TRUCCO



SPINETTO





AMUCHASTEGUI

CORONEL ALFONSO

BARD



ELSIE FERGUSON

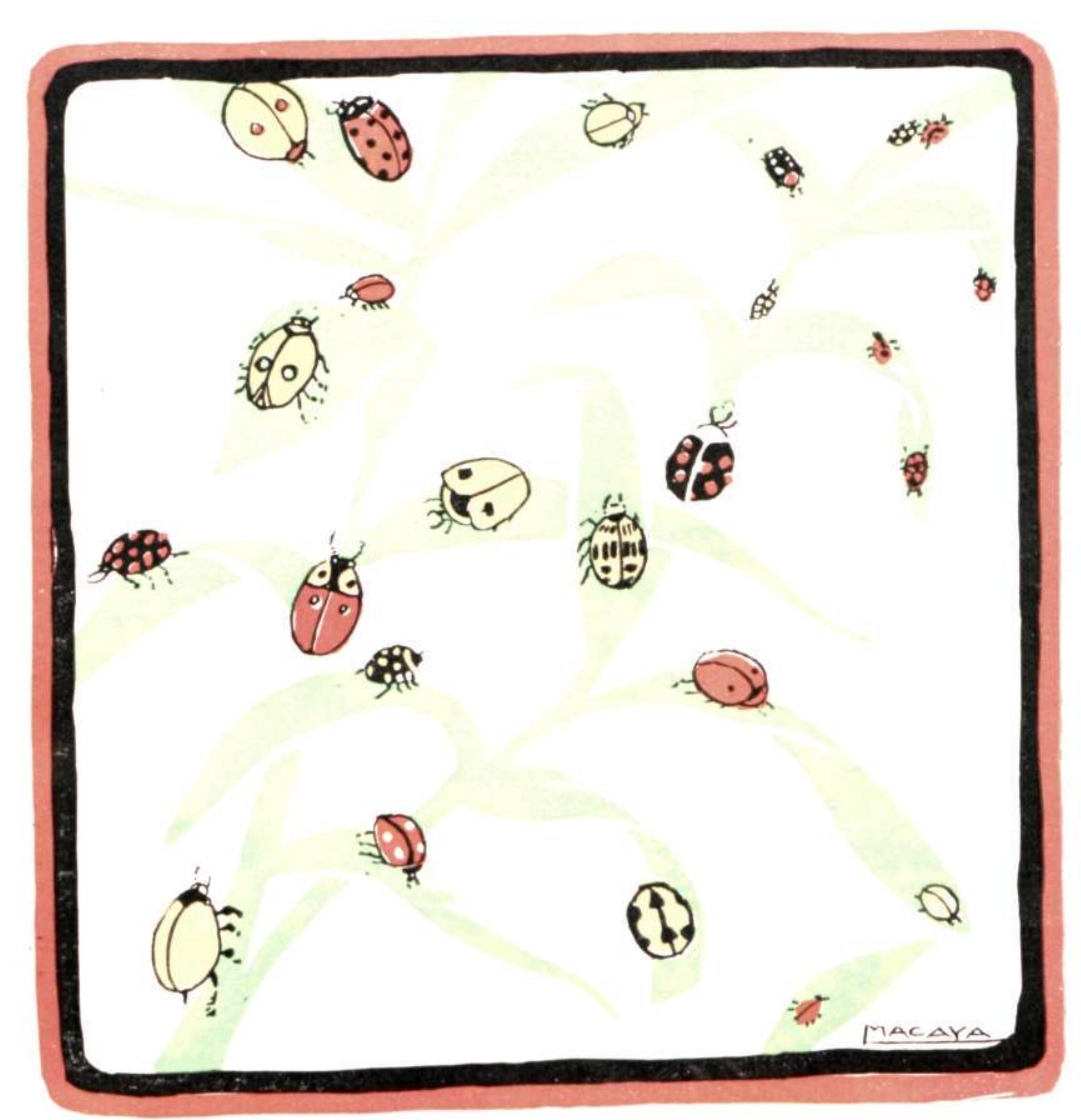
Miss Ferguson nació en la ciudad de Nueva York el 19 de agosto de 1883. Apareció por primera vez en escena, en el Madison Square Theatre en Nueva York. Realizó su debut en el extranjero, en el Playhouse de Londres. Trabajó luego con mucho éxito también en el Empire Theatre de Nueva York. Después de conseguir grandes triunfos dedicó sus actividades



al cine. La primera película en que trabajó fué «Barbary Sheep», de Roberto Hichen, cinta que fué dirigida por Mauricio Fourneer.

Pero sintiendo la nostalgia del teatro, Elsie volvió al escenario y se encuentra representando uno de sus primeros éxitos en el proscenio: «Amor sacro y profano» de Arturo Wing Pinero.

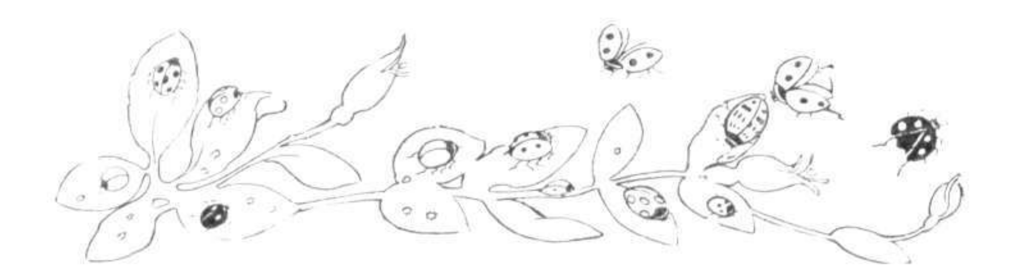
Indudablemente esta huída de la bella artista ha de durar poco, porque acostumbrada a los éxitos cinematográficos y a la recompensa pecuniaria que comporta, sentirá en breve la nostalgia de la escena muda.



LAS VAQUITAS

VAMOS a conversar otra vez acerca de los coleópteros, interesantes insectos de los cuales ya nos ocupamos al hablar del torito.

Resumiré, para que te sirva de repaso en tus estudios zoológicos, algo de lo dicho entonces: *koleos* significa vaina o estuche, *pteron* ala, es decir, coleóptero vale tanto como animal que tiene las alas metidas en un estuche. Este estuche consiste en dos laminitas córneas llamadas *élitros*, que protegen las alas del coleóptero. El orden de estos insectos comprende unas 90.000 especies. Su clasificación es terrible-



mente difícil. Los coleópteros son insectos masticadores. Los hay nadadores, saltadores y zapadores.

Te dije que el torito era un coleóptero pentámetro, esto es, que tiene cinco artejos o tarsos en las patas.

Añadiré ahora otras cositas más. Como insectos del orden de los coleópteros se parecen muchísimo unos a otros. Para clasificarlos fué necesario buscar diferencias muy pequeñas. Por eso se acudió a contar los tarsos de los coleópteros. A los que tienen cinco se les llama pentámetros. Los escarabajos, la catanga, las luciérnagas.

Tú ya sabes que los insectos tienen tres pares de patas. Pues bien, los que presentan cinco tarsos en el primero y segundo par y cuatro en el tercero se llaman *heterómeros*, de las palabras griegas *heteros*, diferente, y *meros*, parte. *Tetrámeros* son los que tienen cuatro (*tetra*, cuatro) partes o tarsos en cada pata, y *trímeros* los que tienen solamente tres. El bicho moro es un *heterómero*; el cucaracho y los gorgojos son *tetrámeros*, y las vaquitas de San José, San Antón, pertenecen al distinguido suborden de los *trímeros*.

En todo el territorio argentino existen cincuenta especies de vaquitas. Se les llama con este nombre desde que vinieron al país las primeras vacas importadas por los españoles. ¿Por qué les dieron ese nombre? ¿Qué parecido encontró y encuentra el simpático vulgo entre las vacas y las vaquitas?

Yo creo que el pueblo lleva casi siempre la razón en cuestión de tradiciones. Cuando habla, por ejemplo, del dragón o del tigre de agua, los sabios y la gente formal se ríen. No hay que reírse. Sabemos que hubo animales antediluvianos bastante parecidos por lo terribles a ese dragón de que nos hablan los cuentos de niños. Ahora casualmente ha enviado el sabio Onelli una expedición para saber si existe o no un animal grandote y fiero cuyas huellas han visto algunas personas. Tal vez se logre descubrir ese bicho. Si por fortuna aparece, veremos como la ciencia da una vez más razón al vulgo.

Volviendo a las vaquitas, se me figura que alguna razón llevaron los que les pusieron tal apodo. Quizás estudiando detalladamente las costumbres de las vaquitas se vería que los paisanos han observado bien hallando parecidos ingeniosos.

Las larvas de las vaquitas son *campodeiformes*, por parecerse a las larvas del género *campodea*. Dice el doctor Gallardo, de quien tomo estos datos, que «son larvas ágiles con las patas bien desarrolladas, de acuerdo con su régimen de vida carnicera, pues se alimentan generalmente de otros animales vivos a los que persiguen».

Las larvas campodeiformes que se transforman en ninfas y luego en vaquitas, son animales útiles para la agricultura porque cazan diligentemente a los pulgones que infectan las plantas. Algunas, sin embargo, atacan las hojas y son perjudiciales.

EDUARDO DEL SAZ.

DIBUJOS DE MACAYA.



La cultura española
Universidad de Salamanca



o se *sabe* cuando, pero si puede afirmarse que posterior al año 1212, fué creada la universidad salmantina, que al decir del *maestro* Chacon, «Como la vaca gorda del sueño de Faraón, se tragó al flaco estudio de Palencia». El privilegio más antiguo que ostenta pertenece al año 1243 y fué otorgado por Fernando III, privilegio curioso, amparador de otros anteriores y que confirma los usos y franquicias que disfrutaban los que a ella pertenecían.

Alfonso el Sabio, en 1254, *asignó* salarios a sus profesores, cuya cuantía mayor no excedía de 500 maravedises anuales, dió preferencia a los escolares en el alquiler de posadas, eximiéndoles de peaje y portazgo y dotó con cien maravedises a un librero para que *tuviese los ejemplares buenos e correctos.*

En ella se estudiaban materias diversas, llegando a tal *grado su desarrollo que en el año* 1569 existían 10 cátedras de cánones, 10 de leyes, 7 de teología, 7 de medicina, 11 de lógica y filosofía, 1 de astrología, 1 de música, 2 de hebreo y caldeo, 4 de griego y 17 de retórica y gramática, asistiendo en algún tiempo, según afirmación de Cervantes, de 10 a 12.000 escolares.

Apenas hubo hombre ilustre en España que no pasare *por aquel edificio*, ya *como profesor*, ya *como* alumno, y cuando en 1861 se renovaron los bancos del salón de actos públicos, había en ellos grabados infinidad de nombres, que si gracias a alguien se conservaron los de los más insignes, desaparecieron por ese afán de renovación que todo lo devasta.

El funcionamiento interno del centro era bien democrático, pues si hasta 1423, *confundíanse en su* gobierno y sostenimiento doctores, licenciados, bachilleres y escolares, desde esta fecha, aun quitando el aspecto de tropel que tales reuniones presentaban, al concentrar su dirección en el rector y el maestre-escuela, se les unían veinte definidores, de los que diez eran profesores y diez escolares mayores de veinte años.

Verdadero regimiento autonómico en su vida interna, que alcanzando valimiento y respeto debido a su estructura especial le dió fama universal; porque a Salamanca escribían los papas cuando eran elevados al solio, como los monarcas le enviaban emisarios y ella les prestaba subsidios y hombres para la guerra, como aconteció con la de Granada y en 1710 con Felipe V al otorgarle 330.000 reales y cien hombres.

A la *sombra de ella* se establecieron en la población 52 imprentas y 84 tiendas de libros que ocupaban a más de 3.600 personas; era el centro de la cultura hispana a donde acudían estudiantes de toda la península. Los *golondrinos* (dominicos), los *pardales* (franciscanos), los *cigueños* (mercenarios), los *grullos* (bernardos), los *tordos* (jerónimos), los *chinos*, los *palomos*, *los verderones*, todos hicieron real aquel proverbio de que: «En Salamanca anidaban toda clase de pájaros.»

Y no sólo españoles concurrían, porque flamencos, franceses, italianos y americanos llevaban a ella sus deseos de aprender y de formar su alma en los moldes de una moral austera.

Y *todo este tropel de mozos con caracteres tan* diferentes eran manejados por un simple *corregidor*, gobernador de *naciones*, que no alcanzaba a prevenir a veces las sangrientas escaramuzas de *los que no iban a Salamanca a aprender leyes sino a quebrantarlas.*

Pero todo tiene su fin y su época de decaimiento, y como aquel esplendor engendró la soberbia y trajo la intimidad del *compañerismo entre los que* de allí salieron y los que seguían en la universidad, y se estableció una protección descarada de los que fueron a los que estaban, y las exigencias para el ingreso se fueron bastardeando y la clamera relajando y los valedores imponiéndose, los *criaderos de hombres ilustres*, los *albergues de Minerva* del siglo XVI se convirtieron en lupanares y centros de vicio y corrupción en el siglo XVIII.

Salamanca hoy es el sepulcro de un alma española que vivió siglos entre los muros de su universidad; a nacer otros centros de cultura, al crear Cisneros la de Alcalá, Salamanca sufrió un golpe que había de volverla quietud y tristeza; una centuria vivió luchando con sólo su poder y el recuerdo de sus hijos ilustres; pesaban mucho en la vida cultural los varones que de allí salieron y la ciencia que enseñaron, pero al fin fué olvidándose su tradición y su gloria.

Hoy ha renacido para la universidad española lo que pidió con angustia año sobre año, lo que la hizo grande, lo que la formó independiente. ¡Quiera Dios que Salamanca vuelva a sus tiempos de grandeza y alcance aquel desarrollo que debe!

Federico Pita



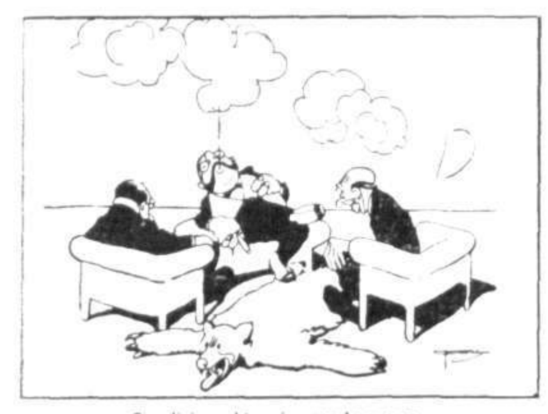
El agente. — Vamos a cerrar, señor.
El arruinado. — Muy bien agente. He decidido quedarme en casa esta noche. ¡Trate de que nadie me moleste!



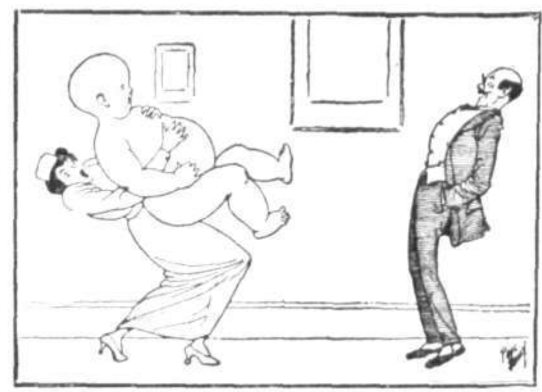
MAS CABEZA QUE CORAZON

La madre. — Pepita, si maltratas a ese gatito yo haré lo mismo contigo. Si le pegas, te pegaré. Si le tiras de las orejas, te tiraré a ti de las tuyas. Si le pellizcas, te pellizcaré.
Pepita (después de reflexionar). — Mamá, le tiraré de la cola.

HUMORISMO EXTRANJERO



— Simplicio se hizo rico con la guerra...
— ¿Qué era? ¿Pro-aliado o pro-germano?
— Pro-vechador.



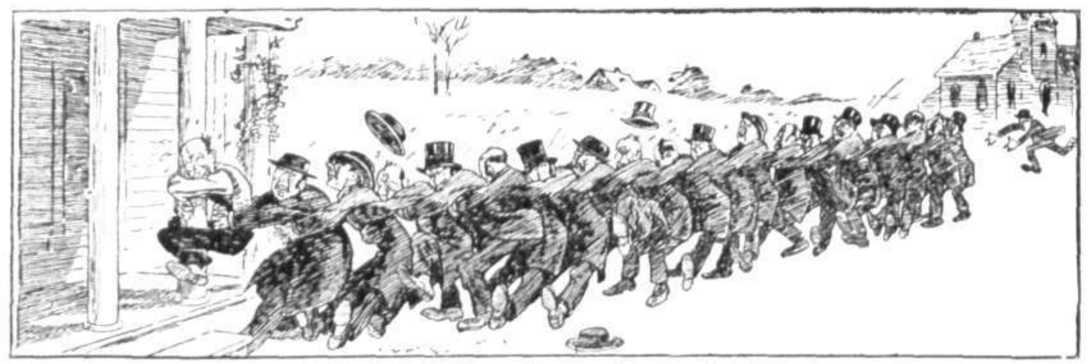
Cómo es el niño según la descripción del feliz papá.



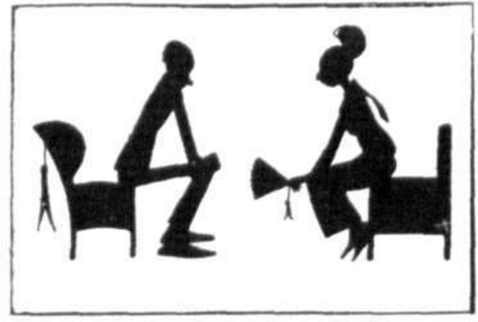
La línea ocupadísima.



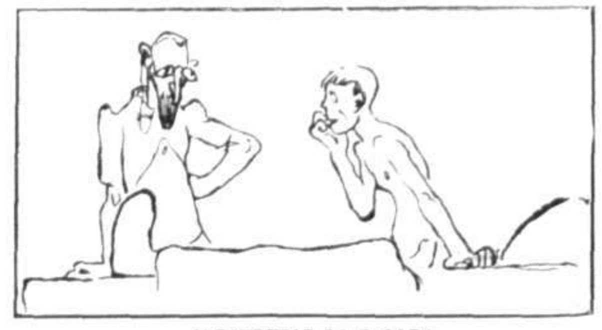
— Mi marido es muy buen jinete. Parece que se hubiera criado junto con su caballo.
— Es cierto. No se puede decir dónde concluye el caballo y dónde comienza su marido.



Pesadilla de un hombre que tiene aversión a ir a la iglesia.



— Espero que no te importe el que yo te bese...
— No, si a ti no te importa el que a mí no me importe.



APROVECHAR LA BOLADA

— Ya que me dan cloroformo, ¿no podría usted sacarme esta muela cariada mientras duermo?

LA NUEVA COMISION DIRECTIVA DEL JOCKEY CLUB



Señor Arturo Bullrich, vocal.



Doctor Joaquín S. de Anchorena, presidente.



Doctor Tomás Juárez Celman, vocal.



Doctor Francisco Beazley, vocal.



Señor Saturnino Unzué, vocal.



Doctor Benito Villanueva, vocal.



Doctor Jorge Mitre, vocal.



Señor Adolfo Luro, vocal.



Señor Justo J. Saenz Valiente, vocal.



Señor Federico de Alvear, vocal.



Señor Héctor C. Ramos Mejía, vocal.



EN EL ORFEON ESPAÑOL. — Concurrentes a la fiesta ofrecida por la comisión directiva de la prestigiosa institución a los representantes de la prensa nacional y extranjera y celebrando al mismo tiempo la terminación de las obras efectuadas en el local social.



EN HONOR DEL MINISTRO DE MEJICO. — El representante diplomático mejicano, señor Enrique González Martínez, y su esposa, con los distinguidos concurrentes que asistieron a la interesante demostración ofrecida por la revista "Nosotros".



EN EL AMERICAN CLUB. — El señor J. M. Eddy, gerente del F. C. del Sud, a cuyo cargo estaba la disertación de rigor en el almuerzo del American Club, pronunciando su conferencia.



Grupo de conocidos miembros del comercio de esta capital que fueron obsequiados con un lunch por el señor Enrique Grenier.



Demostración dada en el Circulo de Aragón por sus dirigentes en obsequio del celebrado tenor español, señor Miguel Fleta, quien ac[illegible]

DICHO Y HECHO, por Sirio

EL ALOJAMIENTO DEL DOCTOR ALVEAR



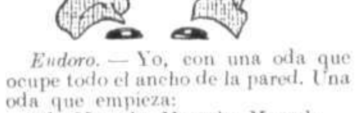


Moreno. — El futuro presidente vivirá en la Casa Rosada. Hay que arreglar muy bien sus habitaciones. Yo puedo contribuir al decorado con mi espada de teniente general.

Torello. — Yo, con una colección de «Los grandes oradores», para su biblioteca.

Salaverry. — Yo, con esta fotografía del Pan de Azúcar, de Río de Janeiro, y mi dedicatoria.







Beiró. — ¡Yo no sé que regalarle! ¡Cómo soy novicio!

Eudoro. — Yo, con una oda que ocupe todo el ancho de la pared. Una oda que empieza:

¡Oh! Marcelo, Marcelo, Marcelo,
no me olvides, en nombre del cielo...

Zurueta. — Yo, con este bellísimo cuadro «El buque fantasma». ¡Pero cómo haré para que no lo confunda con el Bahía Blanca?



Pueyrredón. — Yo, con la plancha destinada a hacer la raya de mis pantalones. *Es uno de los objetos* que más amo en el mundo. Me desprendo de él en prueba de amistad.

Salinas. — Yo, con unas zapatillas ciceronianas y una caja de betún, digna de Virgilio.

Irigoyen. — Saquen de ahí esas pavadas. Aquí no debe de estar más que este busto.

LA CRISIS GANADERA



Diputado Nacional Doctor Mario M. Guido.



Doctor Joaquín S. de Anchorena.

Hace pocas semanas informó un diario metropolitano que en una provincia del litoral se habían vendido vacas a un precio menor que el que se paga por una vaquita de juguetería... Casi podría afirmarse, con arreglo a esa información, que por ahora conviene más comerciar con terneros de madera pintada que ser propietario de una tropa de ganado en pie. Sólo que la exageración es cruel y reclama, por lo tanto, tono más mesurado y palabra más autorizada para poner en evidencia las causas a que obedece la difícil situación por que atraviesa la ganadería nacional, y señalar al propio tiempo las medidas consideradas más oportunas

Cuando hace dos años propuse en la Cámara — me dice el diputado doctor Guido — mi proyecto de ley sobre las lanas, anticipé que la crisis de ese producto iba a acarrear la del ganado, y que este derrumbamiento afectaría los intereses generales del país, comprometiendo sus mejores fuerzas.

«De entonces acá todo se ha empeorado, sin encontrar remedios eficaces, sin duda, entre otros motivos, por esa ausencia casi absoluta del sentido de *la cooperación*, estimulante y vínculo que hace concurrentes todas las fuerzas conocidas.

«No se concibe tanta indiferencia; y si bien es verdad que los ganaderos han sido imprevisores cuando todo iba bien y la despreocupación ambiente olvidó muchos factores, no es menos cierto que eso hoy no nos interesa, ni le interesa al país; lo que realmente interesa es salvar, remediar, atenuar al menos el desastre.»

El doctor Guido sonríe un momento, y con su hablar pausado y tranquilo continúa:

— «Para la economía nacional estos fenómenos transitorios exigen ser corregidos con medidas transitorias también, sin que los interesados se crucen de brazos a esperar que pasen.

«El día que se haga el censo ganadero tal como lo he propuesto a la Cámara en un proyecto, tendremos comprobaciones dolorosas acerca de nuestro «stock». Por otra parte y con respecto a la grave situación actual cabe preguntar: ¿ha disminuído el consumo en el mercado que prefiere nuestra carne? ¿Tienen reservas acumuladas esos mercados?

«¡No! Nada de eso ocurre, de modo que puede afirmarse que la causa de este desastre, la razón por la cual se nos compra la carne a vil precio la *libra fría* y se vende en Londres a doble y triple precio es que se está jugando con nuestra producción más noble, a merced de una falta de organización defensiva de los particulares y del gobierno. Son los *consorcios*, los trusts, las maquinaciones hábiles del comprador. La ley de la oferta y la demanda no impera naturalmente sino artificialmente. Hay un mínimo de acción natural y un máximo de *maniobra artificial*.»

— ¿Y cuáles serían, a su juicio los mejores y más rápidos remedios? — le interrogo.

— «Son complejos. No hay una medida única que salve la situación. Deben los remedios ser varios y concurrentes. Si el Congreso hubiera sancionado mi proyecto sobre ventas de ganado al peso vivo, el censo y la prórroga para el pago de los arrendamientos o la rebaja de los mismos, así como la concesión de créditos fáciles, y si hubiera creado la oficina reguladora del mercado de haciendas, se habría dado, en mi concepto, un gran paso para salvar los efectos de la crisis, aunque sin resolver el problema definitivamente.»

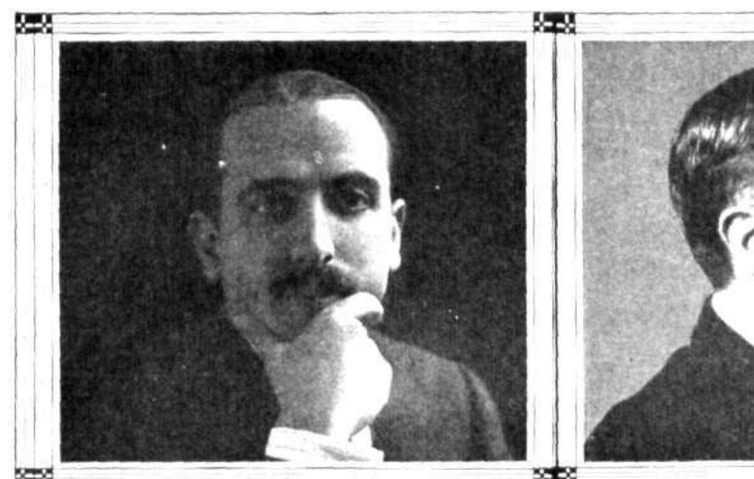
He sostenido en otras oportunidades y sigo pensando lo mismo — expresa el doctor Anchorena, — que la situación porque atraviesa la ganadería de nuestro país, si bien es difícil y afecta valiosos intereses, es sólo un fenómeno transitorio determinado por factores diversos, unos externos, otros internos.

«Claro está que el ganado, operada la natural reacción que seguirá a este fenómeno del momento, no alcanzará de nuevo los subidos precios a que se cotizó durante los últimos años y en especial en la época de la guerra, y en eso se manifiesta precisamente la influencia de los factores externos que han contribuído a crear la actual situación. La conflagración determinó lógicamente una mayor demanda de carne; pero una vez terminada — y cuando mucha gente se había formado un juicio equivocado, pensando que la situación de la plaza de entonces era la normal — se produjo, también lógicamente, una acentuada baja en los precios. Determinantes de ese descenso fueron la despoblación de las naciones europeas azotadas por la guerra y más aún las economías que a los pueblos impusieron las circunstancias y que obraron y obran directamente sobre los mercados de consumo. Aparece entonces, como factor exclusivamente nacional o interno, la lamentable imprevisión en que incurrieron o incurrimos los ganaderos argentinos.

«Es una característica muy nuestra — arguye luego — el vivir ajustados a las necesidades y exigencias de hoy y mañana; nunca pensamos y menos reflexionamos previsoramente sobre lo que puede ocurrir al otro día, sobre lo que nos depara el más allá de nuestras actividades. De ahí que los mayormente perjudicados, acaso los únicos perjudicados por la momentánea supuesta crisis ganadera sean en realidad los especuladores que emprendieron pequeños o grandes negocios sin mayor conocimiento de la materia...

«Pero... recapitulo e insisto en que se trata solamente de un fenómeno transitorio. A mi juicio no debe preocupar a los ganaderos el detalle de que la libra de carne se pague a 20 centavos o a 30 o a 40. De ninguna manera. Lo que se necesita, lo que es primordial en este asunto es que nuestros productos tengan salida, que se acentúe la demanda de ellos. La verdadera crisis sobrevendría el día que la carne, que sólo por excepción puede dejar de ser aquí el alimento básico de la población, no esté, por sus precios, al alcance de las clases obreras, que son las más numerosas, para convertirse casi en un artículo de lujo. No. El menor precio del detalle de la libra de carne debe compensarse con la mayor venta de los productos para establecer el equilibrio que ha de engendrar el afianzamiento del mercado y propender eficazmente al constante progreso de nuestra ganadería floreciente.»

ADOLFO





SEÑOR RODOLFO GUILLÓN

SEÑOR ANTONIO CROUZEL.

para atenuar los efectos de esta anormalidad en la más importante fuente de riqueza del país, así como las graves consecuencias que la misma puede determinar en lo futuro.

Las opiniones que publicamos tienen, pues, un valor reconocido en cuanto han sido emitidas, unas por caballeros de actuación destacada en los círculos de actividad ganadera, y otras, por legisladores que se han preocupado y se preocupan con encomiable interés en la sanción de leyes que tiendan a conjurar la actual crisis y alejen la posibilidad de nuevas amenazas análogas.

El señor Rodolfo Guillón, presidente del Centro de Martilleros de Hacienda, considera que podría contribuirse a normalizar la situación de la ganadería nacional con la prohibición de la matanza de bovinos hembras.

Hace algún tiempo presentó a la consideración del Centro que preside un interesante proyecto en que apuntaba, además de la medida indicada, otras iniciativas tendientes al mismo fin.

La población del territorio de la República — me dice ahora al solicitarle sus opiniones sobre este asunto de tan vital importancia — necesita diariamente para su consumo una cantidad mínima de 7.000 vacunos, o sea un total aproximado de 2.500.000 reses anuales. Como los frigoríficos exportan normalmente alrededor de 1.500.000 reses, resulta un total general de 4.000.000 de vacunos sacrificados por año.

»Conviene, pues, adoptar medidas que aseguren en lo posible el mantenimiento ya que no el aumento del «stock» ganadero. Si se dictaran resoluciones por las cuales se prohibiera, por un término prudencial, la matanza de bovinos hembras, se haría desaparecer el «stock» de novillos de 2 y medio a 4 años de edad, novillos que gravitan en nuestros campos y presionan la baja de las cotizaciones. Tendría, asimismo, salida para el consumo el novillo «cuarterón» y criollo que ha llegado a ser invendible en la provincia de Corrientes y en el norte de Santa Fe.

»Mientras tanto, y sin perjuicio de aprovechar las ventajas de ese procedimiento, podrían buscarse nuevos mercados en el extranjero, acordando al efecto créditos en la forma en que lo ha proyectado el gobierno nacional.

»Por otra parte — continúa — nuestro «stock» ganadero, lejos de aumentar, disminuye anualmente, y estando, como estamos, amenazados por una de las epidemias más grandes que se hayan soportado en el país, a causa de la escasez general de pastos, debemos anticiparnos a defender la parte capital de la ganadería, es decir, las hembras.

»Mucha gente, acaso la gran mayoría, supone que existe exceso de ganados. Y por lo contrario, lo que en realidad escasea son los campos. Las extensiones de campos para pastoreo han disminuído en un cincuenta por ciento, especialmente en lo que respecta a los alfalfares, por pérdida en este caso de las alfalfas y por la invasión de los pastos pobres, y además porque se destinan para agricultura las mejores y más ricas tierras del centro de la provincia de Buenos Aires.

»Convendría en consecuencia — me dice finalmente — considerar este complejo problema y tratar de resolverlo teniendo presente no solo los factores que he apuntado sino también otros de evidente importancia y muchos de los cuales son ya conocidos.»

El procedimiento discreto y único — dice — que yo veo para solucionar o aminorar los efectos de la crisis actual consiste en organizar una acción conjunta y solidaria del gobierno y de los ganaderos. Del gobierno en su doble aspecto nacional y municipal. Correspondería al primer aspecto hacer las gestiones diplomáticas y provocar del Congreso las medidas legislativas necesarias. Al segundo todo lo que se relaciona con la reglamentación del mercado de consumo en la capital. Creada una comisión de hacendados que contara con el concurso de «personas que comercian diariamente en ganados» — pues no basta criar o engordar, sino que es necesario también conocer las peculiaridades de ese comercio, — comisión que debería además representar la voluntad de los hacendados, ser designada por éstos y actuar como un «mandatario» de ellos, podría ella, de consuno con el ministro de Agricultura, adoptar todas aquellas medidas que se consideraran convenientes al propósito perseguido. Y créame — añade sonriéndose — habría «mucho que hacer».

»Esa comisión o mandatario tendría además el valor inapreciable para el gobierno de relevarle de la responsabilidad temida, temor justificado si se quiere cuando una situación es próspera y floreciente, pero infundado a mi juicio cuando ella evidencia un «desastre» de tal magnitud como no hay precedente en los anales de nuestra economía y de nuestra vida industrial.

»No tenemos más que mirar lo que han hecho los gobiernos de Europa desde la fecha del armisticio hasta el presente. Su principal preocupación, muy legítima por cierto, ha sido la de procurar el abaratamiento de la vida de sus pueblos — como un deber derivado del sacrificio prodigado por éstos en la guerra — y el Estado ha puesto en juego todo el poder político de que es capaz para lograr esa finalidad.

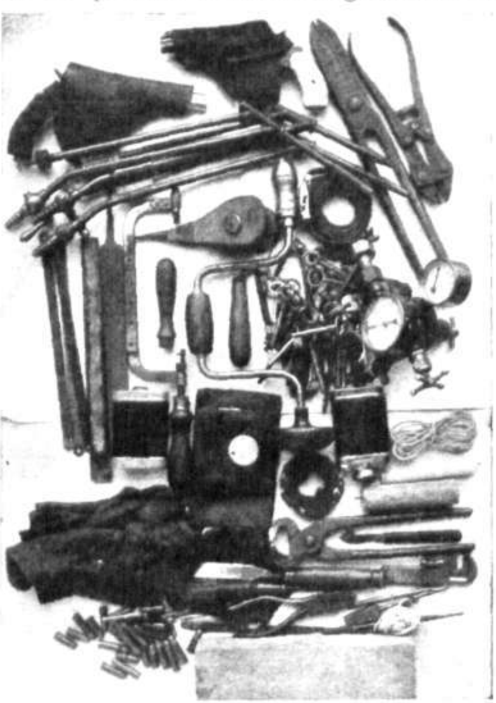
»Los ganaderos canadienses, sintiendo también los efectos de esta crisis, «procuran introducir en el mercado inglés su ganado en pie», preferido siempre, como es sabido, a la carne enfriada, y en este momento se está tratando en la Cámara de los Comunes un proyecto para levantar la prohibición de importar ganado canadiense en Inglaterra, proyecto que, de sancionarse, contribuiría a abaratar aun más la carne.

»Por lo que hacen los Estados consumidores en Europa y porque esta crisis ganadera es entre nosotros la cuestión de Estado más fundamental, es que sostengo la necesidad de una acción conjunta y solidaria del Estado y de los ganaderos, si es que queremos hacer obra útil y provechosa, ¡y qué quiere, mi amigo! a pesar de todo esto y al extremo a que han llegado las cosas, yo creo que todavía se puede hacer mucho para mejorar la situación...»

Enérgica campaña de la policia de Investigaciones contra los maleantes



Alfredo Ramón Vázquez (a) Totó o El loco.



Elementos utilizados para cometer sus delitos por los peligrosos individuos capturados, y que fueron secuestrados por los empleados de investigaciones.



Felipe Ruffi (a) El mono.



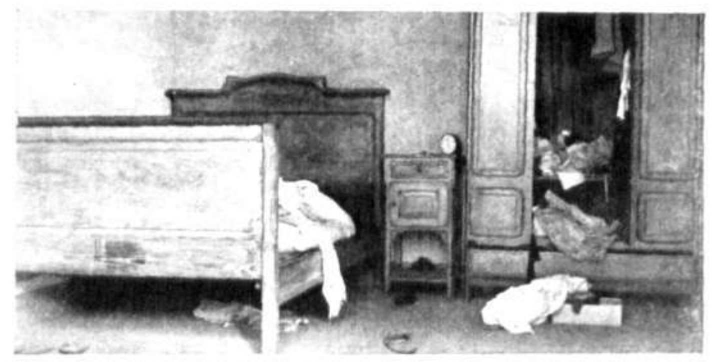
José Vila (a) Provincia.



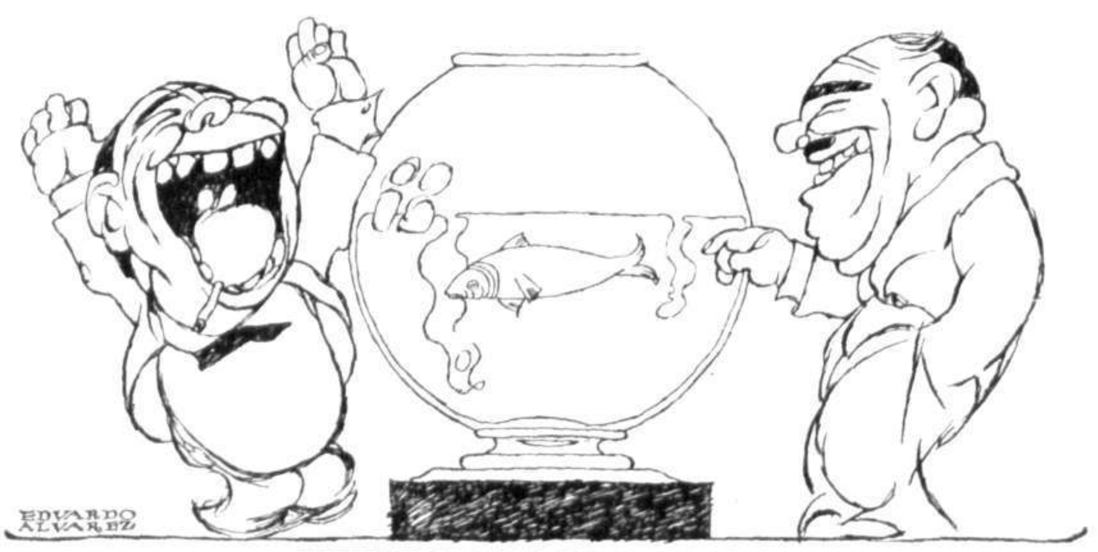
Domingo Cosentino (a) Chingolo.



Exterior de las habitaciones de la calle Seguí, 1271 donde fueron apresados los temibles delincuentes.



Interior de la habitación donde dormía el sujeto Vázquez (a) Totó, acusado de homicidio, cuando fué sorprendido por los empleados de investigaciones que a las órdenes del comisario Foppiano realizaron las importantes capturas.



CHISTES DE LA EPOCA DEL PLESIOSAURIO

— ¿Qué hace el intendente?
— Lo que ese pez en el agua: nada.

CARICATURA DE ALVAREZ.



FIRPO

EL CAMPEON SUDAMERICANO, NO TEME A LA "GUIGNE" DEL NUMERO 13.

FOTOGRAFÍA TOMADA A BORDO DEL VAPOR "AEOLUS" QUE LO CONDUJO A NORTE AMERICA.

El nuevo triunfo obtenido por nuestro compatriota, contra el fuerte boxeador Herman, lo coloca, según las más autorizadas opiniones del boxeo, entre los pesos pesados que más tendrán que tener en cuenta los que figuran en primera fila, detentando el título de campeón.

Su victoria decisiva alcanzada en el 5.º "round", con un formidable directo a la mandíbula que puso "knokout" a su contrincante, dejándolo desmayado por diez minutos, ha sido recibida con verdadero júbilo en nuestro país y aclamada con entusiasmo por las 10.000 personas que asistieron al "ring" en Ebbets Field, Brooklyn. Los augurios de éxito vaticinados a Firpo al dirigirse a Norte América, se van cumpliendo con exactitud, ya que en las tres únicas peleas que ha sostenido conquistó otras tantas victorias. A la brillante actuación de nuestro campeón, únense, la que está desempeñando el aficionado Piovano en Francia, donde corrió con gran éxito, varias e importantes carreras pedestres, y la de los componentes del "team" de Polo que actualmente se hallan en Inglaterra, todo lo que constituye una hermosa página para el deporte y la educación física argentina.



Los ilustres artistas María Guerrero y su esposo Fernando Díaz de Mendoza presenciando el desfile en el paseo de la Castellana de las asociaciones de actores que concurrieron al grandioso homenaje que les fué tributado.



Reciente y última fotografía del príncipe de Asturias obtenida durante la visita que hizo al cuartel del Regimiento del Rey, con motivo de la toma del mando por el nuevo jefe coronel Gobart.



Grupo de personalidades, entre ellas el embajador en la Argentina, marqués de Amposta, encargado de negocios de la Argentina, señor Levillier, el señor Francos Rodríguez, el obispo de Madrid y otros, quienes fueron comensales en el banquete de despedida ofrecido en honor de monseñor De Andrea, obispo titular de Temnos.



El vicerrector de la Universidad de Salamanca, señor Unamuno, rodeado por un grupo de sus admiradores, al terminar su tan esperada conferencia pronunciada en el Ateneo, después de la visita que hizo al rey.



Importante reunión celebrada en el Senado por los parlamentarios liberales, y en la que pronunció un interesante discurso político el marqués de Alhucemas, jefe del nuevo partido de las izquierdas.

CUESTA



MAS QUE OTRAS CALIDADES,... PERO

RESULTA







MAS BARATO

TODO EL MUNDO SABE POR QUE:

PORQUE Es puro.

PORQUE No contiene agregados extraños

PORQUE Se aprovecha integramente todo el aceite que contiene cada lata.



El Director Pueyrredón presenta al Congreso el proyecto de fundación de la Universidad de Buenos Aires

A raíz de la proclamación de la Independencia se hacía de punto necesario dotar al país de establecimientos educacionales, pero no era tan fácil resolver el problema, máxime cuando todavía no estaba normalizado del todo ni se habían apagado los fuegos de la revolución; así y todo, el Director Pueyrredón, queriendo demostrar a la posteridad que en el ánimo de los gobernantes argentinos primaba sobre todo el concepto educacional, presentó el 18 de mayo de 1819 al Soberano Congreso un proyecto para fundar la Universidad de Buenos Aires, el que decía: «Soberano Congreso: Por Real Orden de 22 de marzo de 1778 mandó el rey que se fundase en esta capital una Universidad y Colegio en que se abriesen estudios generales y se confiriesen grados como en los demás de América, y habiendo aprobado la aplicación que hizo para ambos objetos la Junta de Temporalidades de las casas y colegios que fueron de los jesuítas, encargó al Consejo de Indias que procediese a la ejecución de ésta y erección de la Universidad. Posteriormente repitió este encargo al Virrey en cédula de 31 de diciembre de 1779, añadiendo que se le remitiese una razón de las dotaciones de cátedras y gastos que fuese preciso hacer para su aprobación. Pero como en aquellos tiempos desgraciados no era interés de los virreyes el fomento de las ciencias en América, se contentaron con fundar el Colegio de San Carlos, y lo demás quedó sepultado en el olvido.

«Los estudiantes que empezaron por entonces a formarse excitaron más los anhelos de estos habitantes por la erección de un establecimiento que no se ponía por pura omisión criminal, y movidos de ello representaron al Rey los cabildos secular y eclesiástico los perjuicios que resultaban de la falta de la Universidad, y la desgracia a que se veían condenados los padres de familia reducidos a deplorar los unos la disipación de sus hijos en las más remotas distancias, donde iban a graduarse, y a lamentar la falta de facultades por los grandes costos que eran necesarios. Estos clamores fueron contestados con la orden de 20 de noviembre de 1798 dirigida al Virrey marqués de Avilés, en que se le reconviene de no haber acusado recibo de las tres referidas disposiciones ni aun contestado después de haberlas sobrecartado en 16 de enero de 1784 y 22 de mayo de 1786, y haciendo demostración de extrañar semejante conducta y abandono, se le ordenó seriamente cumplir sin dilación con lo que se le hubiese mandado, estrechando a los ministros y oficinas para que le auxiliasen, a fin de que cuanto antes se verificasen (son expresiones literales) los paternales deseos del rey hacia estos vasallos.

«Estas vehementes iniciativas no fueron más eficaces que las primeras; el asunto quedó punto menos que al principio y volvió a cubrirse de polvo en las mismas oficinas.

«Sensible yo a los votos con que fervorosamente ha clamado la capital por un establecimiento que no se puede dilatar por más tiempo sin agravio y scandalosa injusticia, he creído que ha llegado la ocasión de realizarlo, y aun he dudado algún tanto si estando ya dispuesto y ordenado tantas veces, debía de plano proceder a erigirlo. Pero deseando siempre lo mejor y más seguro, he creído conveniente recurrir a Vuestra Soberanía y excitar su beneficencia, para que se digne mandar de nuevo que se funde, prestándome su consentimiento a fin de que obre con toda plenitud de facultades necesarias para remover todos los embarazos que puedan retardarlo. Al paso que todo puede realizarse sin gravar en nada los fondos del erario nacional, me apresuro a rogar a Vuestra Soberanía que sea pronto su despacho, para dejarle a esta capital en los últimos días de mi mando, este respetable monumento del celo que me anima por su esplendor y felicidad. Al modo que se ha practicado muchas veces, se ocurrirá a la corte de Roma por la confirmación en tiempo oportuno, y dando por ahora las formas provisionales, pues son dilatadas y prolijas, las remitiré para su aprobación a la primera legislatura. Dios guarde a Vuestra Soberanía muchos años. Buenos Aires, mayo 18 de 1819. Soberano Señor, Juan Martín de Pueyrredón.»

Esta nota, donde se pone de manifiesto el deseo del Director Supremo de realizar pronto una obra que consideraba de benéficos resultados para la capital, fué contestada por el Soberano Congreso pocos días después en esta forma:

«Exmo. Señor:

«El Soberano Congreso habiendo examinado detenidamente la propuesta elevada por V. S. en su nota del 18 del corriente para la erección de una Universidad en esta capital, ha expedido en la sesión del 21 la resolución siguiente: «Conformándose el Congreso Soberano con la propuesta que hace el Director Supremo de fundar una Universidad en esta ciudad, lo autoriza con las facultades que pide, siempre que las formas que se den provisionalmente al establecimiento se remitan a la primera legislatura para su aprobación. Cuya resolución transcribo a V. S. para su conocimiento. Sala del Congreso, mayo 22 de 1819. — Luis José Chorroarín, presidente. — Ignacio Nuñez, prosecretario. — Al Exmo. Supremo Director del Estado.»

Esta nota apareció publicada en la Gaceta del 7 de julio de 1819 para llevar la buena nueva a todos los habitantes de la ciudad de Buenos Aires, pero en aquellos tiempos las cosas no marchaban con la rapidez de ahora; sólo en 9 de agosto de 1821 les fué dado a los porteños enorgullecerse de poseer una Universidad.

Si el Director Pueyrredón no pudo llevar a cabo sus propósitos como lo hacen ver los deseos que manifestaba en su nota al Soberano Congreso, ello fué debido a que pocos meses después de haber tomado esa iniciativa terminó su mandato, pero ello no quita al Director Pueyrredón el mérito de haber sido la primera autoridad argentina que, velando por la cultura nacional, tratase de proveer a esta ciudad de una Universidad para que sus habitantes pudieran instruirse sin tener que trasladarse a lugares lejanos.

NOTA COMICA DEL



El perro. — ¡Qué banquete me daría en este museo si me dejaran solo cinco minutos!

De La Violeta (F. C. C. C.)



La comisión directiva de las damas y caballeros que tuvieron a su cargo la organización de las romerías populares que se realizaron en esta localidad.



En el cultivo de la estética facial, el cutis debe merecer la más preferente atención, porque conservando la tez fresca, suave y delicada, la mujer ostentará siempre juventud y belleza física.
Para alcanzar el hermoseamiento de la piel del rostro, perfeccionándola y depurándola, no existe nada mejor que el uso constante del
Polvo Graseoso
LEICHNER
exquisito producto de tocador, único en su género, cuyas maravillosas propiedades para aclarar y embellecer el cutis no han sido ni serán igualadas en la práctica.
MENDEL y Cía.
Buenos Aires.-Guardia Vieja, 4439 Montevideo.-Paysandú, 1178
Polvo graseoso de Leichner
POLVO GRASEOSO DE LEICHNER

Necrología



Señorita Clementina Sanucci. — Olavarría.



Señora Catalina Canelini de Bessone.— Rosario.



Señor Domingo Vivoli. — Capital.



Señor Ricardo Olivera. — Capital.



Señor Miguel Semino. — Rosario.



Señor Alberto Voogt. — Rosario.

IMPOSIBLE DE PRONUNCIAR

Algunas localidades de las situadas en el país de Gales llevan nombres tan raros que ni los mismos naturales del país pueden pronunciar.

No hace mucho se vió en Londres un proceso en el que intervenía el municipio de Llanfairpwllyngyllgogerychwryndrobwlltysiliogogogoch.

Ni los abogados ni los jueces pudieron llegar a pronunciar de un modo conveniente este nombre inacabable; el público se divirtió mucho al ver las tentativas que sin ningún éxito hacían los magistrados. Por último, el presidente, compadecido, permitió que se acortase el nombre del pueblo, al cual se le llamó Llanfair nada más.

LOS MICROBIOS DE LOS BILLETES DE BANCO

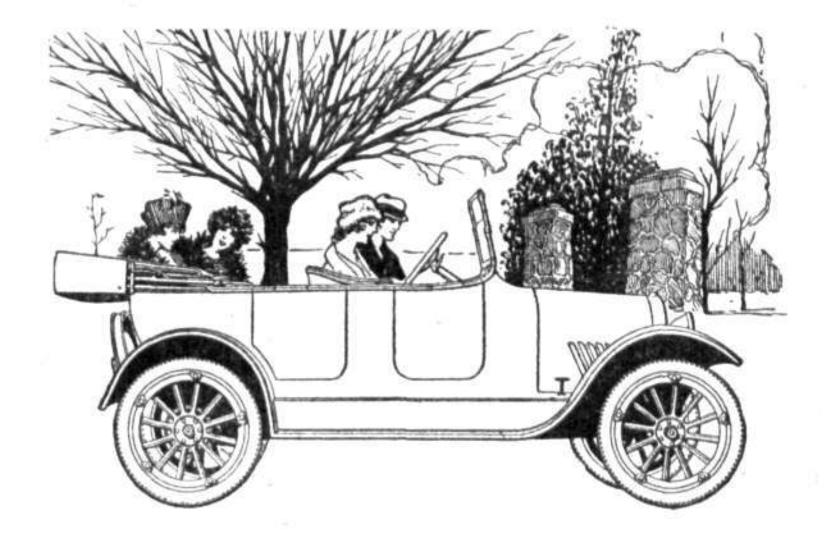
Ya se sabe que las monedas, sean de lo que sean, pueden servir de vehículos a los gérmenes morbosos.

A los señores Darlington y Park, de Nueva York, se les debe el descubrimiento de lo que bajo este aspecto son de temer los billetes de banco. Habiendo inoculado uno de ellos con los bacilos de la difteria, se les encontró sobre él hasta un mes después. Por otra parte, piezas de cobre u otro metal, colocadas en la boca de niños atacados de difteria, no conservaban a las veinticuatro horas ningún bacilo.

Los resultados de esta experiencia se explican por el hecho de que la substancia metálica de las monedas, bajo la acción disolvente de la humedad, ataca a los bacilos, mientras que sobre el papel la sequía extremada es lo único que a la larga produce la desaparición total y la muerte de los microbios. Sobre piezas procedentes de casa de un cambista, Park ha descubierto: 26 bacterias vivas sobre un penique; 40 sobre una pieza de cobre o plata; 1.250 sobre un billete medianamente limpio, y 75.000 sobre uno sucio.

De todo lo cual se deduce que, mientras las monedas son casi completamente inofensivas, los billetes de banco son muy peligrosos cuando se manejan.





Si Vd. revisa el gasto de su CHEVROLET quedará asombrado por su eçonomía. El consumo de aceite, nafta y neumáticos es excepcionalmente reducido; las reparaciones muy escasas.

Y a pesar de su precio moderado, por su confort y su aspecto es un coche del que se puede estar orgulloso.

PRECIOS

Modelo 4-90	DOBLE FAETON......	$ **2.985**
Modelo F. B. 50	DOBLE FAETON......	$ **4.500**

HAMPTON-WATSON & Cía

CERRITO, 702 — BUENOS AIRES — U. T. 694, JUNCAL

CORRIENTES y CORDOBA, Rosario — SAN FRANCISCO (F. C. C. A.)

LA MODA AL DIA

POR LUZ Y SOMBRA



De aspecto distinguido es este tapado de crepe majunga negro, todo bordado con perlas. Las mangas, muy anchas y abiertas, se sujetan a la muñeca.



Elegante y práctico trotteur en serge kasha marino, de una sola pieza. Los puños y el saco son bordados con trencilla colorada.

Continuando la reseña de géneros y tejidos empezada la semana pasada, os hablaré hoy, lectoras mías, de los vestidos y tapados que acaban de traer a las grandes casas bonaerenses la nota de la elegancia de la Ville Lumiére.

Empezando por los tailleurs, hay dos modelos diferentes: el de dos piezas — saco y pollera o saco y vestido — y el vestido de una sola pieza, simulando un saquito corto a la altura del talle. El corte es, generalmente, derecho, con el talle marcado por un pequeño cinturón flojo, de género o de bordado o de trencilla entrelazada a tiras de género. Pero han aparecido también algunos tailleurs con saco ablusado, línea que he notado también en muchos tapados.

En una tienda importante, situada no muy lejos de nuestra redacción, he encontrado un riquísimo surtido de modelos, sobre todo en tailleurs y tapados, y una variedad de bordados novedosos y delicados. Allí he visto, por ejemplo, un tailleur en perllaine chinois gris, con los mismos dibujos negros que en mi crónica de la semana pasada dije haber notado en un perllaine blanco magnífico. Este género, en gris, resulta menos llamativo y, por lo tanto, más bonito aún que el de fondo blanco. Muy bonita resulta la combinación de una pollera de terciopelo negro con un saquito blanco bordado de piel negra. Otro tailleur, de paño lila con mostacilla de reflejos marrón, no me ha convencido.



Traje sastre en popla gris-topo. Un blanco bordado de azul adorna lateralmente el saco y la pollera.

Entre las muchas decenas de diferentes modelos de tailleurs he notado un saco azul adornado de pespuntes de oro, acompañando una pollera azul lisa; y muchas combinaciones bonitas de azul y colorado, de bordados y pieles.

Los tailleurs formados por saco y vestido entero tienen generalmente el corpiño de fantasía, en tul o en seda.

Se necesitaría dedicar un capítulo entero a los bordados, por lo fino, delicado y sugestivo que son en esos modelos. Eso será objeto, quizás, de una próxima crónica.

Vamos, pues, a los tapados.

El velour de lana domina, en todos los colores, con bordado o con complemento de pieles.

Hay tapados sueltos, otros levemente entallados y otros fruncidos en el talle, el cual se mantiene bastante bajo.

En la casa ya dicha he visto tapados de varios cortes, y he notado que, en su mayoría, llevan el cuello y los puños de piel. Pero hay también muchos adornados sólo por un bordado de trencilla o de pespuntes formando círculos de mayor a menor, de muy lindo efecto.

Notable es un tapado en jersey de lana lila con cuello de lutre y forro de seda pintada, creación de la dicha casa bonaerense.

Muchos tapados son de seda con ricos bordados y franjas en el fondo y en las mangas.

Las capas son más numerosas que nunca; capas de seda con cuello de piel o de paño, de corte desigual y adornadas con piel de mono; capas todas cerradas o con abertura para los brazos, con cuello rectangular o fruncido; capas de topo y de mono combinados, de topo y lutre; capas en forma de mantón con forro de brocato. Merece especial mención una originalísima salida de teatro, que se compone de una media capita de terciopelo de Lyon (double face negro y blanco) con larguísimos flecos blancos y negros de seda. Esta capa es al mismo tiempo negra con cuello blanco, y blanca con cuello negro. El modelo, importado de París y muy costoso por cierto, ha sido reproducido por dicha casa con ventaja considerable de precio, como es muy natural. El tapado más novedoso que he visto es de un género que imita a la perfección el putois, siendo aún más mórbido y abrigado que éste, y sirve para excursiones en automóvil o largos viajes.

En otra tienda he visto modelos de tapados «a lo mosquetero», así llamado por la capita que llevan y los grandes puños. Este modelo ha gustado mucho al público femenino bonaerense. Otra bonita creación es la de crepe marocain de dos colores, formando un tapado suelto, y colorado en la mitad superior, negro en la otra, cerrado por tres grandes broches de pasamanería negra, que son el único adorno.

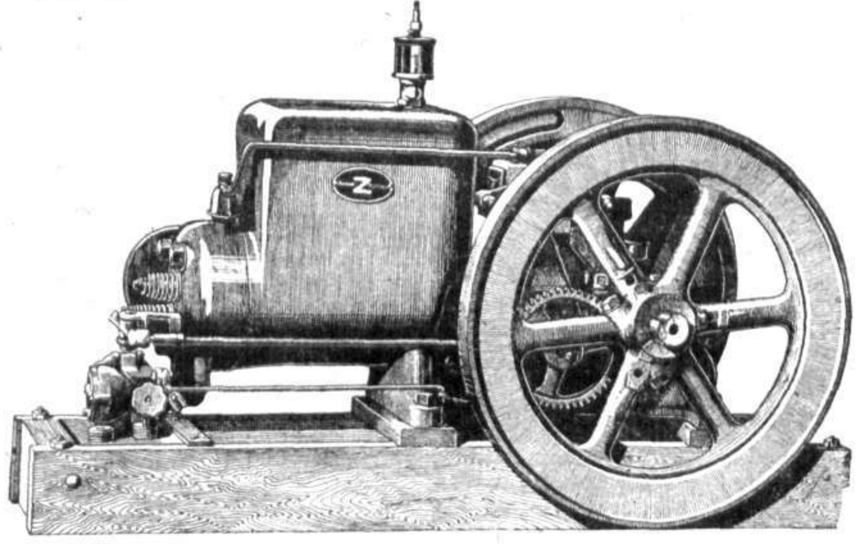
La mayoría de los forros de tapados son de un color que no se destaca mucho, pero los tapados de piel de más precio llegan de París con los forros de colores vivos que ya triunfaron el año pasado.

Por exigencias de espacio, tengo que suspender hasta la próxima semana la reseña de los vestidos para saraos, que las casas bonaerenses presentan este invierno a su clientela; luego pasaremos a hablar de la colección de las casas francesas que tienen sucursal en nuestra capital.



Capa de paño Diáphane colorado, con grande cuello echado hacia atrás; bordes de zorro negro. Aplicaciones laterales de filet bordado (creación Soulié).

Motor "Z"



Equipado con Magneto "BOSCH"

El Motor "Z" está construído para utilizar kerosene como combustible, desarrollando la misma fuerza que con igual cantidad de nafta, y es, por lo tanto, el motor más económico que se conoce.

De fácil arranque, tiene una marcha muy bien regularizada y su baja velocidad asegura sencillez y larga duración. Ahorre tiempo y jornales comprando un Motor "Z", que sirve para todos los trabajos.

Fabricado y en venta por

FAIRBANKS-MORSE



6 Grandes Fábricas

45 Sucursales

Sucursal Buenos Aires

475, Perú, 475

CAPITULO XIX

— Algunos meses después que la hija de la condesa habitaba el castillo, Pablo recibió la siguiente carta:

«Mi buen amigo:

«Os llamo todavía así, aunque los libros, que, «casi como un milagro, uno después de otro publi- «cado, llenan ahora la nación con vuestro nombre.

«Para mí es grato recordaros y evocar los días «en que siendo vos un niño protegíais mis pasos de «niña; cuando para complacer uno de mis deseos, «ascendíais a la montaña para llevarme las hermo- «sas flores que en sus laderas crecen: cuando para «obsequiarme con las primeras frutas os trepabais «a los árboles, para recibir después las amonesta- «ciones de mi institutriz.

«El tintero de oro, cuyos vasitos nos servían algu- «na vez para nuestros juegos, ya cuando nos encon- «trábamos al aire libre o nos encerrábamos juntos, «está ahora sobre mi escritorio, y me renueva un «mundo de recuerdos. Este objeto dentro del cual «un rey ha mojado su pluma, este objeto que por «mucho tiempo mi padre ha usado y amado, es «para mí doblemente querido después de los diez «años que ha sido compañero de vuestros estudios, «ha asistido al desenvolvimiento de vuestra inteli- «gencia, ha dejado impreso con su tinta vuestros «pensamientos. He terminado de leer vuestra «última novela, y vivamente admirada os rue- «go que a las felicitaciones que os llegan de todas «partes, agreguéis las sincerísimas de la pequeña «amiga de la infancia, la que espera repetirlas de «viva voz.

LELIA DE NOVARO.»

— La cara de Pablo...

— Por favor, abuela, dime lo que son laderas — dijo Jorgito interrumpiendo a la anciana.

— Son el declive de una montaña o de una altura por sus lados.

— ¿La tinta con que se imprimen los libros es igual a la que usa papá para sus escritos?

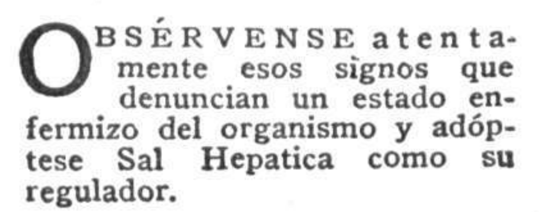
— No, hijito; a ésa se le llama «de imprenta»: es una composición grasa. También existe otra clase de tinta que se conoce con el nombre de «simpática»: es un compuesto líquido que tiene la propiedad de que no se conozca lo escrito con ella hasta que se le aplique el reactivo conveniente.

— ¿Y qué es un reactivo?

— Es este caso es una substancia química que sirve para descubrir los simples de que se componen otras. Se emplea igualmente esa palabra para lo que produce reacción.

— Yayita, ahora háblame de Pablo.

— A la luz de la «lámpara que arde suave», Pablo, al recibir la carta de Lelia, terminaba de escribir un nuevo libro, titulado: «Pequeñas voces». Eran *voces* que hablaban despacio en su corazón. Y él las transcribía así, como le venían, en ciertas horas nostálgicas y tristes. Estampaba sobre el papel sus ideas cuando más fuerte le oprimía el pensamiento de aquellos que sufren, y más luciente se le aparecía el sueño de una humanidad más buena y justa y feliz... ¿Hacer el bien? Era una invitación que él no *declinaba* nunca. Y, así, daría ese nuevo libro a la publicidad, para destinar el producto de la venta a la obra de previsión antituberculosa infantil.



OBSÉRVENSE atentamente esos signos que denuncian un estado enfermizo del organismo y adóptese Sal Hepatica como su regulador.

Desembarazando el sistema de todo ácido venenoso se puede conservar Ud. en el mejor estado de salud.



SAL HEPATICA

Sal Hepatica es una combinación salina que ofrece inmediato alivio a los desórdenes del estómago y acción apática del hígado. 7

Representantes Generales

Lightner & León

BUENOS AIRES. — Lavalle, 1521

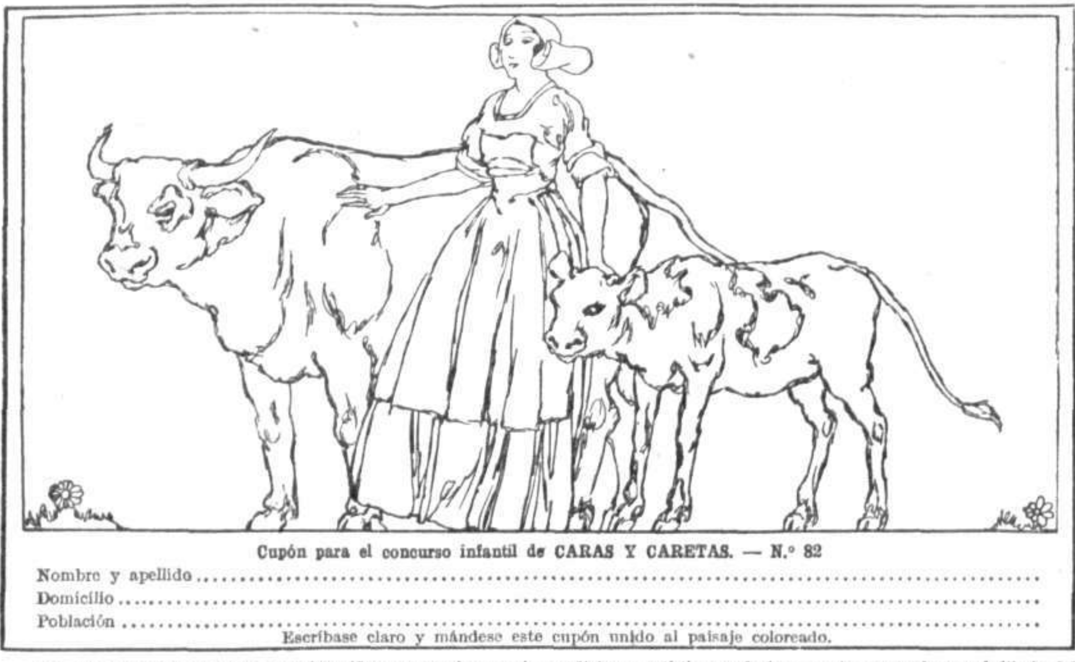
MONTEVIDEO. — Colonia, 843

Bristol - Myers Co., New York, N.Y., E.U.A.

DE VENTA EN LAS FARMACIAS.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:
Concurso infantil de CARAS Y CARETAS — Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 82

Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.° 81 han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Angiolini, Carlos V.
Alvarez, Genoveva.
Albónico, Elida C.
Ayes, Marta.
Berea, Enrique.
Badal, Luisa.
Bini, María.
Banchero, Anatilde.
Bosio, Héctor V.
Bondino, Dante.
Bonvicino, Rosa.
Berly, Guillermo.
Bouche, Eduardo.
Bianchi, Nilda Cleofé.
Caussanel, Sara A.
Cepeda, Elsa.
Coletta, Sara.
Campo, Pedro.
Couto, Angel.
Carranza, Raquel.
Capitani Gestas, Luisa.
Capaccioni, Carlos.
Diaz Desilva, Benito.
Deria Dario, Lilián.
Darollio, Cayetano.
Fraimán, Héctor.
Fernández, Bernardo S.
Fontana, Horacio P.
Fleurville, Camila de.
García, Balbina M.
Guzmán, Angela.
Genebrieres, Juan.
Gangemi, José.
Gherardi, Raúl.
Giovannino, Alfredo Del.
Heyer, Guillermo.
Hoz Carreras, Blanca.
Iguzquiza, Matilde.
Jacuzz, Alfredo.
Jacussi, Fermín H.
López Ballester, Sarita E.
Lafargue, Carlos.
Larda, Jorge R.
Lomaz Galduzza, Aurora.
Lo Ojea, Edermidio.
Longo, Rogelio R.
Laragneguy, Fermina.
Laforgue, Olga Elena.
Marino, Edmundo.
Marti, Teresa.
Mónaco, Lorenzo.
Martinez, Angelita.
Monterfano, Juan Carlos.
Moya, Adán.
Mattidi, Luis.
Mascará, Leonor.
Marzoá, Humberto.
Medina, Aída.
Martinez de Sucre, Cecilio.
Martín, Luisa.
Núñez, Alfredo.
Nieder, Teresa.
Oviedo, Hermenegildo.
Puccio, Lucrecia E.
Ponce, Daniel A.
Pita, Amancio.
Pisarello, José Alfredo.
Pascozzi, Norma.
Petrignani, Rafael E.
Pascual (hijo), Juan.
Pierdominici, Vicente.
Pontremul, Arturo.
Pillado, Manuel.
Ricci, Gustavo.
Rubial, Fernando.
Rimoldi, Raúl José.
Rosa, Hugo de.
Rufino, Octavio.
Rapaccioli, Aída Clotilde.
Roggia, Delia.
Stegman, Isabel.
Steinberg, Rosita.
Sarmiento, María.
Steines, Enrique.
Salerno, Vicente.
Salas, Mercedes.
Salice, Raúl.
Tisen López, Silvio.
Téllez, Elvira.
Tettamanti, Guillermina.
Triaz, Amelia.
Torrontegui, Alicia.
Voconguer, David.
Vucetich, Celia.
Verga, Alcira M.
Volpi, Raúl.
Wilson, Sara María.
Will, Ernesto L.
Zubiani, Juan.
Zaza, Pilar.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 23 y 24 del corriente mes, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.


Los Vinos de mesa
TRAPICHE
han merecido y siguen mereciendo la preferencia de los que saben reconocer los méritos de los mejores vinos.
Benegas Hnos. y Cía. Ltda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial
771, FLORIDA, 771 — Buenos Aires
Unión Telefónica 1752 y 7365, Avenida.
Cooperativa Telefónica 3708, Central.
Trapiche
Reserva
VINO EMBOTELLADO
BENEGAS HNOS Y C
TRAPICHE

LA EMPRESA DEL ANGLO-ARGENTINO

Los que tenemos la costumbre de realizar casi todos los días el mismo recorrido terminamos por familiarizarnos con algunos de los empleados de la empresa del Anglo y, cuando las condiciones climáticas dejan tranquilo el sistema nervioso, echamos un parrafito con ellos.

A veces eso de hablarles amigablemente es casi un deber, ¡por que hay cada pasajero!...

El otro día, pasando delante el revisor de la estación Loria, oí una frasecita que me impresionó y, como al viejo empleado lo conozco desde años, pregunté que quería decir eso.

Se sonrió y haciéndome seña de esperar un momento, llamó la estación inmediata, repitiendo la frasecita de antes:

— Che... Ahí va «papá»!...

— ¿Qué es eso de papá?

— Le decimos «papá» nosotros al señor Arturo Ruggiero, el Jefe de Tráfico del Subterráneo... Y como ha subido en Medrano, damos aviso a los compañeros... Porque es un «papá» que no admite faltas ni descuidos... Seguramente que viene de la Sociedad...

— ¿Qué Sociedad?

— La de socorro mutuo del Anglo, al 4139 de Rivadavia... ¿No la conoce? Vaya a verla... Merece...

Llegó el tren donde viajaba el señor Ruggiero, y me bastó fijarme en el primer empleado que se sacó la gorra para estar seguro de que no me equivocaba de coche.

Efectivamente estaba allí, y como no era la primera vez que lo entrevistaba, me fuí derecho al grano:

— Seguramente que ha ido usted a visitar la Sociedad...

— ¿Quién le dijo?

— Nadie... Un pálpito...

— De ahí vengo... ¿Usted no conoce aquello?

— Ni de vista.

— Entonces vale la pena que la visite... ¿Quiere que lo acompañe?

— Pero si usted acaba de salir de allá...

— No importa... En Plaza Once tomaremos el tren de regreso... Vamos.

Se trata de un local provisorio, porque estamos construyendo el nuevo edificio en la Avenida Rosario, un edificio hecho por administración, sobre planos del ingeniero Leopoldo Marenco, que costará unos cuatrocientos mil pesos. Creo que en Buenos Aires no habrá otro que pueda competir con él en riqueza de instalaciones, confort y todo...

Habíamos llegado al Once y antes de subir la escalera para pasar al otro lado de la estación, me hizo entrar en un salón, que, visto desde afuera, me había parecido siempre una oficina.

— Esta es la sala de ejercicios físicos para los empleados que están francos y quieren mover un poco los músculos.

El saloncito está como dividido en dos secciones: una a la derecha, amueblada con una gran mesa y muchos sillones, sirve para conferencias al personal sobre el trato que deben tener con el pasajero; la otra, dotada de aparatos de gimnasia y box, es la verdadera palestra.

De las paredes cuelgan grandes retratos de los jefes de la empresa y entre éstos el del señor Carlos Sanford, multimillonario norteamericano, uno de los principales accionistas del Anglo y que al conocer la iniciativa del ingeniero Pedriali sobre el Hogar del Anglo, establecido en Quilmes, ha querido que todos los gastos se cargaran a su cuenta particular.

— ¿No hay perspectivas de nuevos subterráneos, señor?...

— Por el momento, no.

— ¿Y nuevas líneas a nivel?

— Hay un proyecto de 30 kilómetros más de nuevas líneas, pero creo que hay unas dificultades con la Municipalidad...

— ¿Cuántos coches tienen en servicio en el subterráneo?

— Ciento veinte... Arriba hay como unos 1660 motores y 1000 y pico de acoplados.

— ¿Y el personal de qué nacionalidad es?

— En el subterráneo el 80 por ciento es de italianos, los demás son españoles; y a nivel, el 70 por ciento de españoles y los demás italianos y otras nacionalidades... Si quiere una noticia que tal vez pueda interesarle, es ésta: que el ingeniero Marenco está estudiando un nuevo tipo de coches para dar más capacidad, de manera que puedan caber unos 20 pasajeros más... En París se han quitado los asientos en gran parte de los coches del subterráneo y lo mismo se está haciendo en Londres y otras grandes capitales. Nuestro subterráneo ha llegado a correr el máximum de trenes posible. Cada dos minutos marchan trenes de seis coches en las horas de mayor movimiento de pasajeros, y se desprenden dos de la estación Caballito para el servicio a nivel. Se está estudiando una forma más práctica para la combinación de Caballito para adelante. Ya no es posible salir del subterráneo con trenes de más de dos coches y el servicio exije que el público no espere, no demore... Hay días en que transportamos 150 mil pasajeros!...



Luis Eduardo Cabrera, uno de los viejos capataces del Anglo y orador oficial del personal de la empresa.

Habíamos llegado a la estación Medrano: a pocos metros más allá está ubicada la Sociedad de S. M. del Anglo, donde están instalados los consultorios, farmacias y demás dependencias para atender a los empleados y sus familias.

Un cuerpo de treinta facultativos entre los cuales hay especialistas para todas las



La banda de música del Anglo ensayando en estación Liniers.

enfermedades, atiende el personal del Anglo, y a veces el patio de entrada se encuentra literalmente atestado de clientes.

Para dar una idea del movimiento de enfermos y de lo que se despacha en la botica basta decir que ha habido días de expedir 784 recetas. No hay limitaciones en los remedios. El facultativo prescribe una especialidad y se da la especialidad, cueste lo que cueste.

Todo es absolutamente gratuito, inclusive el uso de los rayos X, los análisis, los masajes, etc.

—¿Se limita *solamente* al servicio médico la mutualidad de los empleados del Anglo?

—No... Tenemos nuestra cooperativa de consumos... El pan de primera nos cuesta a nosotros 30 centavos, y los demás artículos los adquirimos a precio de por mayor. Hasta los botines... Hace pocos días compré para unos de mis chicos un par de botines, que en cualquier parte se pagarían doce pesos, y en la cooperativa me costaron siete pesos.

- Pero, ¿cuántos son entre todos los *socios*?

—Puede calcularse unos once mil hombres y a éstos agregar mujeres y niños... Hay como unos cinco mil solteros; los demás tienen familia. Entre empleados y sus respectivas familias, unas treinta mil personas.

—¡Los habitantes de una ciudad!

—De una ciudad regularcita...

—¿Y las pensiones?

—Estamos formando el fondo de pensiones. Dentro de tres años funcionará regularmente la caja de pensiones también. Así que el empleado del Anglo se encontrará en condiciones muy favorables bajo todo punto de vista. La importancia de la cooperación comienza a notarse desde el 1909, año en que empezó a estacionarse el personal. Antes la fluctuación era incesante: entraban y salían Hoy, en vista de las *condiciones favorables* que se les ha hecho, se quedan... Y ésta es una obra que se debe al señor ingeniero Pedriali...

—¿En cuánto calcula el capital del Anglo?

—Unos trescientos millones...

—Debe haber empleados muy antiguos en la empresa?...

—Muy antiguos... Está Guatelli, un capataz de servicio, que tiene unos cuarenta años en la empresa; Luis Daneri anda por los cincuenta; creo que actualmente es el más antiguo...

—Debe haber también hombres preparados entre el personal subalterno... Digo hombres que han hecho ciertos estudios y...

—Sí... Muchos que han luchado y han sido vencidos... Los hay... Hace poco falleció un tal Mameli Elía, hijo de un coronel garibaldino, él *que resultó herido* en la batalla de Calatafimi por haber hecho escudo con su cuerpo al general Garibaldi... Prestaba servicio en el subterráneo. No dejó parientes ni amigos acá... y le encontramos cartas de su señor padre y un libro que éste ha escrito: «Ricordi di un veterano dal 1847 al 1900»... Quien sabe cómo y por qué ese hijo del coronel Elía ha caído por acá!... Cuando tuvo lugar el sepelio de Mameli Elía, habló en nombre de los *compañeros el capataz Luis Eduardo Cabrera*, nuestro orador oficial...

—¡Ah, ah!... ¿Conque tienen también un orador?

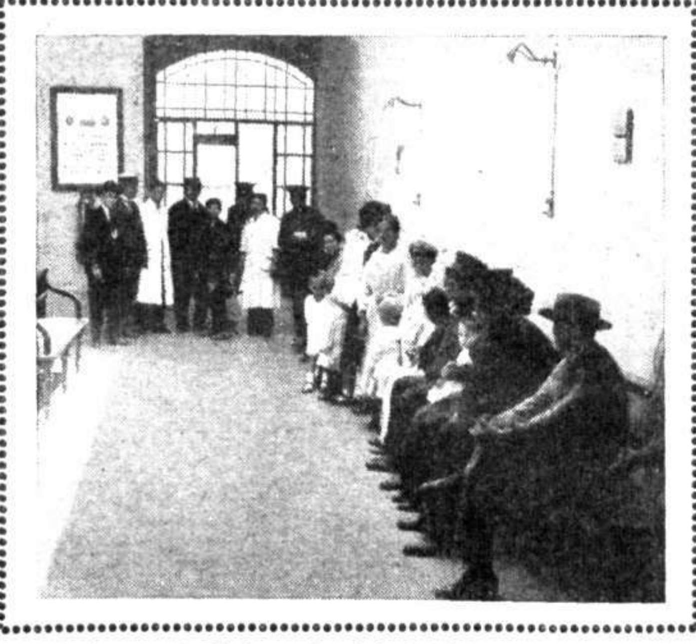
—¡Y cómo se desempeña!... Improvisa, no necesita papel!... Es un hombre de unos 53 años, oriental, que empezó a trabajar en las empresas de tranvías en su país a los 14 años; luego se vino por acá y tiene ya 23 de servicio *con nosotros*...

—¿Y dónde podría ver al orador y a Daneri?

—Daneri hace servicio nocturno en la estación de Belgrano y Urquiza; en cuanto al orador puede verlo si toma el 5... Baje usted en la estación terminal y pregunte por Cabrera... Creo que está de 10 a 14...

No hice más que esperar el 5 y me fuí a la estación de Floresta. Llegué justamente a tiempo, es decir unos minutos antes de que el capataz Juan Guatelli dejara su turno para cederlo a Cabrera.

Guatelli también es de los viejos, cuenta sus 40 años de Anglo.



Esperando turno. — Consultorios gratuitos de la Sociedad de Empleados del Anglo.

—¿Habrá visto un poco de todo, supongo?...

—¡Puede imaginarse!... Ha habido entre el personal hasta un hermano de un personaje que *fué* edecán de un presidente de la Nación... Estaba de zorrero... Hombre preparadísimo, culto, original a más no poder. Era capaz, concluído el servicio, de vestirse de levita y sombrero de copa y pararse en las esquinas para recibir los homenajes de los transeuntes... Luego se reía y nos decía a nosotros: —¿Han visto? ¡Lo que se saluda aquí es el traje!... Murió aplastado por un tren... ¡Buen muchacho!

Me presentaron al capataz orador y me apresuré a *felicitarlo por sus condiciones* oratorias:

—¡No crea!... ¡No soy gran cosa!... Si acaso agrada lo que digo es porque todo sale del corazón... Como siento, hablo... Y como nos conocemos uno por uno, me resulta fácil ensalzar las cualidades de cada compañero...

—¿Pero ha frecuentado escuelas superiores?

—Absolutamente... He leído mucho... *Tengo* la facultad de coordinar bien mis ideas y me resulta fácil hablar. El señor ingeniero Marenco una vez al *felicitarme* me palmoteó y me dijo: —Muy bien viejo, se la diste a los oradores del papel... Los que habían hablado antes habían leído, ¿sabe? Por eso...

—¿Podría indicarme dónde vive el capataz Daneri?

—Cómo no... Calle Portela... número 450 o 52... ¡Ese sí es antiguo!... ¿Va a visitarlo?... Es muy buen amigo... Pronto se debe jubilar...

Esperé la tarde para ir a la calle Portela, teniendo en cuenta que el más antiguo capataz del Anglo trabaja de noche.

Daneri estaba en cama. Quise retirarme pero no me lo permitieron y fueron a despertarle.

En pocos minutos apareció con su flamante traje de capataz de servicio, perfectamente arreglado, y con mucha amabilidad me dijo *que no le había molestado nada el*... madrugón... Era la hora más o menos...

—¿Conque pronto nos jubilamos?

—Así parece... El ingeniero Pedriali me dijo que tal vez este mismo año... He pasado medio siglo entre los tranvías... Entré de postillón el año 71. Entonces los tranvías iban precedidos por un hombre a caballo que tenía la obligación de hacer parar los coches y los carros en las bocacalles para dar paso a las «cucarachas»... Entonces el recorrido era muy limitado: Juncal — 5 Esquinas — Artes — Corrientes — San Martín y Rivadavia — San Martín — Parque — Talcahuano — Corrientes y Callao — Corrientes — San Martín y Rivadavia — Parque — Esmeralda — Juncal — 5 Esquinas.

—¿Y qué tal aquellos tiempos?

—Había mucho respeto...

—¿Y cómo los pagaban?

—Mil pesos mensuales el cochero y 750 el postillón...

—¡Hombre!...

—¡Pero... moneda corriente!... Del 73 al 78 entré de cochero y luego pasé a la estación Caridad como amansador... El 86 me hicieron capataz de la caballada, y cuando vino el eléctrico llegué a capataz de coches.

—¿Y no se acuerda de algún incidente curioso?

—Incidentes ha habido tantos, pero más que curiosos fueron dolorosos, porque más bien eran coces de los matungos... Un incidente notable fué cuando un caballo de los nuestros subió a las habitaciones del comisario, al primer piso...

—¿Ustedes tenían caballos capaces de subir a un primer piso?

—Y claro pues... Si en las estaciones, para ganar espacio, había los establos arriba también... El caballo ese se fué, lo corrieron y se equivocó de domicilio... Entró a la comisaría subiendo los escalones que daban a la casa de familia... Puede imaginarse lo que resultó... ¡Un caballo en las piezas!... ¡Tuvimos un trabajo para bajarlo!... Hubo que sacarle las herraduras... Y lo peor fué hacerle dar vuelta, que se asustaba!... ¡En fin, logré hacerlo bajar, pero me costó!... ¡Qué tiempos aquellos!... Pero nosotros gozábamos de ciertas ventajas... Cuando había servicio extraordinario en las noches de teatro, quedaba uno solo al cuidado de los coches; los demás íbamos al paraíso gratis... La empresa nos facilitaba... El teatro Colón estaba entonces en Plaza Mayo...

—¿Y qué piensa hacer una vez jubilado?

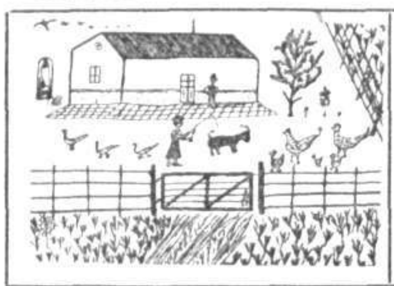
—¿Qué quiere que haga? Seguiré dando vueltas alrededor de la estación, en la que he servido unos cuarenta años seguidos... Para mí todo el mundo no es más que una gran calesita, en la que siguen dando vuelta las 62 o 64 líneas del Anglo-Argentino!...



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



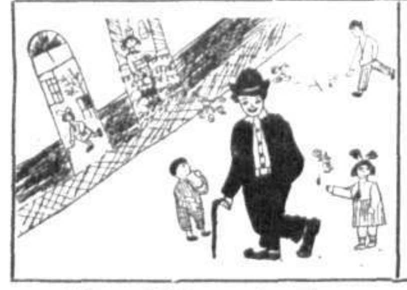
1131 — La chacra de mi tio. LUIS CRESTA.



1132 — Dándole de comer a las gallinas. ROSA PARADA.



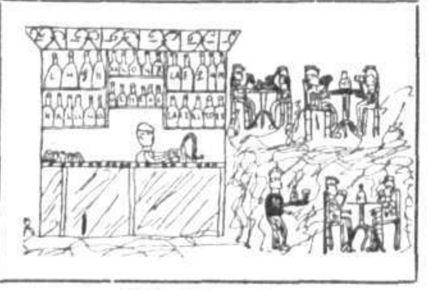
1133 — El crimen del Azul. A. ANSALDI.



1134 — Carlitos por las calles. MARÍA LIDUVINA LASTRA.



1135 — Corriendo una carrera. NAZARIO GARMENDIA.



1136 — Una cantina. MARÍA GRANDINETTI.

De los dibujos publicados durante el mes de marzo han resultado premiados los siguientes números: 1090, 1092, 1093, 1094, 1096, 1097, 1100, 1102, 1105, 1109, 1111, 1114 y 1118.

De Caseros (F. C. P.)



Autoridades de la provincia y caracterizados vecinos de la zona que asistieron al acto de la inauguración de la escuela Angel Pini, en Villa Pineral.

EL ÁRBOL QUE DA GAS

Hay en la América del Norte unos árboles llamados allí «madera de algodón», que, según el descubrimiento hecho por un profesor de la Universidad de Kansas, producen mucho gas inflamable, semejante al gas común. Siempre que se corta un árbol de éstos se nota pronunciado olor semejante a un escape de gas, y el profesor Bushong, fijándose en este hecho, tuvo un día la ocurrencia de meter en un tronco un tubo y poner al extremo de éste una cerilla encendida; inmediatamente apareció una llamita azul, que estuvo ardiendo algunos segundos.

En vista de este resultado, se hizo otro experimento con otro árbol de la misma clase, poniendo también un tubo de plomo y a continuación uno de goma metido en una campana de cristal colocada dentro de agua. Las burbujas que en ésta empezaron a formarse indicaron bien pronto que el misterioso flúido estaba llenando la campana. De este modo pudo recogerse el gas extraído del árbol y llevarse a un laboratorio, donde manifestó todas las propiedades del gas ordinario, ardiendo en un mechero Bunsen. El experimento se interrumpió para repetirlo en días sucesivos, y siempre tuvo el mismo resultado, aunque cada día la presión fué menor y la llama débil, hasta que quedó agotado el contenido del árbol. Es muy posible que muchos árboles de Europa tengan igual propiedad de suministrar gas.

El mayor servicio es el buen consejo.

Séneca.

LA TOS

MANERA DE QUITARLA

Según los médicos alemanes:

Basta acudir a una sencilla como eficaz medicación, tomar una infusión de tomillo erytroso caliente 4 ó más veces al día para que desaparezca rápidamente la tos cualquiera sea su origen o causa. El *tomillo erytroso* es una variedad de la conocida planta tomillo, pero que no debe confundirse con ésta. — Como algunos herbolarios aprovechando la fama del tomillo erytroso expenden el tomillo vulgar, y dadas las dificultades que existen para conseguir en Europa tomillo erytroso, la industria farmacéutica alemana ha puesto en venta bajo el nombre de Tomillo erytroso compuesto un extracto sacado del mismo, que los niños y adultos toman con gran placer solo o mezclado a una tisana de tilo y que se recomienda como excelente para el tratamiento de todas las afecciones bronco-pulmonares.

Sabemos que algunas importantes farmacias de plaza tienen existencia de este preparado.



Un auto, un juego de comedor, de dormitorio o sala, una pianola, un pendantif, u otro objeto útil y de valor, puede corresponderle a Vd. si es consumidor de los **Cafés, Tes, Yerbas, Chocolates** y **Cacao** marca "**Paulista**".

Los envases de nuestros productos llevan cupones por diferentes valores; **reuna Vd. 50** de estos cupones, y le será entregado un boleto numerado para tomar parte en el sorteo de los **750 premios.**

Si su boleto **no resulta premiado,** conserva su valor, siendo canjeado en nuestra seccion premios por objetos de diferentes gustos.

Listas de premios, bases y condiciones, solicite Vd. en nuestras sucursales de la Capital e Interior, y en la **Exposición de objetos, Avenida de Mayo, 864.**

CAFÉ "Paulista" Soc. Anon.



VARIAS PROSAS

NUBES Y OLAS

—Madre, los que viven en las nubes me gritan: "Mira: jugamos desde el despertar hasta que se muere el día; jugamos con el amanecer de oro y con la luna de plata." Yo les pregunto: 'Pero ¿cómo subir hasta dónde estáis vosotros?" Y me contestan. "Llega hasta el borde de la tierra, alza las manos al cielo, y las nubes te levantarán" "Mi madre me está esperando en casa, digo yo. ¿Cómo dejarla y subir?" Y ellos se sonríen y pasan flotando...

Pero yo sé un juego más bonito que ese, madre. Mira: yo seré una nube y tú serás la luna. Te ocultaré en mis manos y nuestro techo será el cielo azul.

Los que viven en las olas me gritan: "Cantamos desde el alba hasta la noche; viajamos, más y más allá siempre y no sabemos por dónde pasamos." Yo les pregunto: "Pero, cómo podré unirme a vosotros?" Y me responden: "Ven a la orilla de esta playa, cierra los ojos, espera y te llevarán las olas." Les digo: "mi madre no quiere nunca que salga de noche." ¿Cómo podré ir? Y ellos sonríen y pasan danzando.

Pero yo sé un juego mejor que ese, madre. Yo seré una ola y tú serás una costa desconocida. Llegaré rodando, y romperé, riéndome en tu falda, y nadie sabrá en el mundo donde estamos.

RABINDRANATH TAGORE.

UNA IMAGEN

En la tarde cálida de junio, el sol prende en el cielo los románticos jardines crepusculares, los desfallecientes jardines sembrados de violetas pálidas, de rosas exangües y de grades lirios sangrientos...

Y desde el cielo, que parece una grande agua azul, inmóvil y profunda, callada y muerta, en donde abren sus corolas cambiantes las ninfas del crepúsculo, baja a la calle una luz extraña que lo invade todo, que lo penetra todo, y la calle brilla y resplandece inundada por la gran claridad crepuscular.

Son las seis de la tarde. Monótonamente el reloj de la catedral lo ha dicho en su vieja lengua de bronce. Y a esa hora, de los grandes almacenes huyen los empleados del comercio, las cigarreras salen de sus fábricas, grupos de colegiales atraviesan, deshojando al viento las frescas rosas de sus risas; la calle se llena de vida intensa, se oyen mil voces, se escuchan mil ruidos; el timbre argentino de una bicicleta que cruza, veloz; el áspero estrépito de un coche que pasa, rápido; los vendedores de periódicos que gritan a pleno pulmón. Y entre tanto ruido, tanto bullicio, tanta luz, en el largo crepúsculo de junio, también pasas tú ¡oh pilluelo desarrapado, flacucho, raquítico, enfermizo, con el vestido hecho jirones, casi desnudo y con los pies descalzos!...

Yo te veo caminar, indiferente, por la acera llena de luz, entre la muchedumbre apresurada, mirándolo todo, curioseándolo todo, con tus alegres ojillos vivaces, hambriento quizás, friolento tal vez, llevando al extremo de un palo, quien sabe en donde recogido, un andrajo a guisa de bandera, y silbando con todas tus fuerzas nuestro orgulloso himno nacional. Yo te contemplo largo rato, caminar entre los transeuntes, y perderte a lo lejos, hacia el final de la calle luminosa, flameando, lleno de orgullo, tu trofeo de gloria, y ¡oh pilluelo vagabundo! ¡estabas épico!

Y me quedé meditando, llena el alma de profunda tristeza, porque en ti vi la imagen de la patria, ¡oh pilluelo diabólico y perverso, oh pilluelo malévolo y burlón! que hiciste una bandera con un sucio andrajo, y que silbabas el himno nacional, el gran himno, con los labios enfermos, hambrientos y marchitos...

ALEJANDRO FERNÁNDEZ GARCÍA.

LA BOLSA DE PURPURA

Una noche de luna, en un claro del bosque, me regaló la reina de las hadas una pequeña bolsa de púrpura.

Y me dijo:

— Por cada beso de amor que recibas de labios de mujer, caerá a la bolsa una perla de inestimable valor. Por cada lágrima sincera que por ti viertan los ojos de una mujer, caerá a la bolsa un diamante de maravillosa hermosura.

Partí.

¡Oh! — pensaba — ¡cuántos besos sinceros y ardientes para mis labios trémulos en las frescas mañanas primaverales, bajo los verdes limoneros floridos!

¡Cuantos amantes besos, en que se deja el alma, en las noches de luna, bajo los altos tilos!

¡Oh! ¡cuántas lágrimas puras y sinceras arranca el pudor a las vírgenes, cuando el ardor de los primeros besos, el loco arrebato de las primeras caricias, hacen rodar de sus frentes encendidas la blanca corona de azahares!

Crucé las montañas y los valles, atravesé los torrentes y los mares. Y seguí, en mi larga peregrinación, al través de remotos países, bajo unos cielos cubiertos de nieblas eternas, bajo otros siempre azules.

Un día me detuve. Y ¡oh dolor! en la bolsa de púrpura, en la mágica bolsa que me regaló la reina de las hadas, no había una sola perla, un solo diamante.

— ¡No importa! exclamé. Si las mujeres engañan, yo tengo a mi amada, el ángel cuya imagen bendita me acaricia el alma, la virgen que es para mí una estrella blanca en medio de la noche de mis recuerdos.

¡Oh placer!

En lo alto de una roca que domina la llanura, *ella* me aguardaba.

Y corrió a mi encuentro, con los hermosos ojos cubiertos de lágrimas de gozo, y me estrechó contra su seno trémulo de virgen.

¡Ah! y después, en la alcoba nupcial, cuando en el loco arrebato de las caricias, rodó de sus negros cabellos la corona blanca, yo vi correr por sus mejillas, encendidas por el fuego sagrado del pudor, lágrimas cristalinas y sinceras: las lágrimas del lirio que va a perder su aroma, las lágrimas del ángel que va a perder las alas.

Al nuevo sol, seguro de mi triunfo y ansioso de coronar de perlas y diamantes la negra cabellera de mi amada, abrí mi maletín de viaje.

Y allí estaba la bolsa de púrpura, la mágica bolsa que me regaló la reina de las hadas, en un claro del bosque, una noche de luna.

¡Ah! sin duda estaba llena de perlas y diamantes...

La tomé sonriendo...

¡Estaba vacía!

ALEJANDRO PARRA MEGE.

El aperitivo digestivo que toman todas las personas deseosas de asegurarse un buen apetito y una digestión perfecta.



ÚNICOS CONCESIONARIOS:

HOFER & Cía.

Buenos Aires

FERNET-BRANCA

De Saladillo



"Xantar" presidido por el prestigioso vecino señor Enrique Martínez, que fué ofrecido en obsequio de las señoritas que tuvieron a su cargo la venta de cédulas en las romerías hispanas celebradas últimamente.

EPIGRAMAS

La flecha cree que es libre porque vuela y que el arco es esclavo porque está fijo; pero el arco le dice:
— Tu libertad depende de mí...

Cerraré mi puerta a todos los errores posibles — dije. — Y la Verdad me gritó:
— ¿Y yo por dónde entro?

Los canales dicen:
— Qué vida tan llena de inquietudes es la nuestra: los ríos vienen sin que nosotros los hayamos llamado.
Y los ríos les contestan:
— Nosotros, señor Canal, fuimos hechos nada más que para abastecerlo a usted de agua.

El eco se oculta siempre del sonido... para ocultar que es su deudor.

Los ladrones pueden robarme mi oro; los detractores mi honra y la muerte mi hijo; pero ¿dónde está ese que puede robarme mi alegría?...

RABINDRANHAT TAGORE.

LA RECOMPENSA. — Se afanó una vida entera, pero se sentó a llorar una tarde en que el viento deshizo su laurel.
— Tonto — le dijo el viento. — Tú mismo eres tu recompensa.



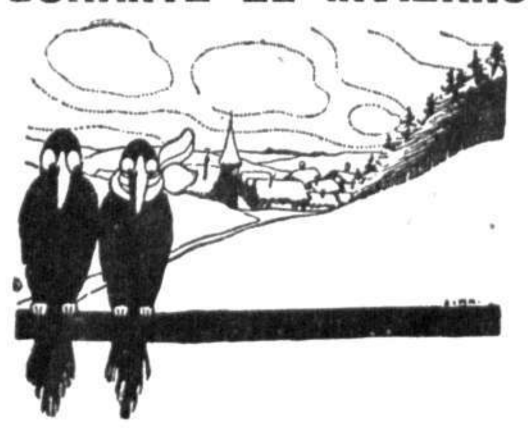
Cuando arreglados sus pies
y lindas manos le deje,
permita que le aconseje
lo que debe hacer después.

Recuerde, en toda ocasión,
que la dermis delicada
precisa estar bien cuidada,
lavándola con jabón.

Pero no un jabón cualquiera
producirá igual efecto,
sino un producto perfecto
de calidad verdadera.

Y de mejor calidad
que el **REUTER**, por la tersura
que da al cutis, es locura
buscarlo en esta ciudad.

DURANTE EL INVIERNO



¡Mucho cuidado durante el invierno con las bronquitis, resfríos, toses, catarros! Pero ya no es con pañuelos y bufandas que hay que guardarse, sino tomando el Alquitrán - Guyot.

El uso del **Alquitrán - Guyot,** tomado en todas las comidas en dosis de una cucharadita de café por vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo el resfrío más persistente y la bronquitis más inveterada. Se consigue también, en muchos casos, detener y curar una tisis bien declarada, pues el alquitrán impide la descomposición de los tubérculos del pulmón, destruyendo los malos microbios, causantes de esta descomposición.

Cuando se os quiera vender tal o cual producto en vez del **verdadero Alquitrán - Guyot, desconfíad, es por interés.** Para conseguir la cura de vuestra bronquitis, catarros, resfríos crónicos por el descuido y *a fortiori* del asma y la tisis, es absolutamente necesario que pidan bien en las boticas el **verdadero Alquitrán - Guyot.**

A fin de evitar cualquier error, fíjense en la etiqueta; la del **verdadero Alquitrán - Guyot** lleva el nombre de Guyot impreso en grandes caracteres y su firma en tres colores: violeta, verde y rojo, al bies, como también la dirección: Maison Frere, 19, rue Jacob, París.

P. S. — Las personas que no puedan acostumbrarse al gusto del agua de alquitrán, podrán reemplazar su uso por el de las Cápsulas Guyot, al alquitrán de Noruega, de pino marítimo puro, tomando dos o tres cápsulas en cada comida. Obtendrán así los mismos efectos saludables y una cura igualmente segura.

MAS vale prevenir que curar. No demore en todos casos en hacer uso de las TABLETAS OXYMENTOL PERRAUDIN.

Si usted está bien sano, ármese contra los accidentes del frío, de la humedad y de los microbios.

Si tenéis tos, gripe, sofocaciones, dolores de garganta, bronquitis, coriza, anginas, laringitis, influenza, asma o cualquier otra afección de las vías respiratorias, **exigid sobre todo las Verdaderas Tabletas Oxymentol Perraudin** al oxígeno puro en estado naciente, poderoso antiséptico, en cajas, llevando la marca sobre la tapa de:

"TABLETAS OXYMENTOL PERRAUDIN - PARIS"

En venta en todas las Farmacias y Droguerías.

Enlaces



Señorita Irene P. Andrada con el señor Bartolomé Natino. — Rosario.



Señorita Amalia M. Angelini con el señor Juan D. Soldati. — Rosario.



Señorita Elena E. Dorning con el señor Angel Simonetti. — Rosario.



Señorita Otilia Donnet con el señor Simón Lagger. — Las Tunas.



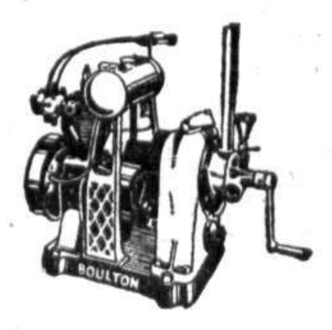
Tissera-Claeys. — San Luis.



REMINGTON ARMS COMPANY, Inc.

Donnell & Palmer, Representantes en la Argentina, Moreno, 562-570, Buenos Aires

---



The Boulton Pump

ESTE tipo de bombas constituye un juego pequeño destinado a proveer el agua necesaria para los usos domésticos; el que no solamente eleva el agua de pozos hasta de 150 piés de profundidad, pero puedo forzar hasta 100 piés adicionales. Se suministran estas bombas para ser movidas por electricidad, nafta o por correa.

Traen a las casas de campo las conveniencias de la provisión de agua de la cindad.

Se dan detalles complementarios en el catalógo que se puede obtener de los

Quienes están dispuestos a nombrar agentes en la República Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile.

Representantes exclusivos:

Jones & Jenkins

Florida, 211 — Buenos Aires



D O M I N G O

Mientras camina por el boulevard Víctor siente en su alma una alegría plena. La vida le parece buena y fácil.

En aquel momento son las seis. Dentro de media hora llegará con tiempo de sobra a la Avenida Andrássy; no tiene, pues, por qué apresurarse. A las seis y media en punto se encontrará allí con Klári y con su madre, como todos los días desde hace algún tiempo. Hará dos meses poco más o menos que conoce a la familia Meggyesi... Desde entonces está casi seguro que se casará con Klári. Dentro de unos días pedirá su mano. Está perfectamente convencido de que no ha de encontrar cosa mejor; la muchacha es hermosa, rica, instruída... Cierto que es un poco altiva y otro poco orgullosa, pero eso no importa. Después de todo es cosa natural en la juventud; las últimas trincheras de la inocencia virginal... Cuando sea su esposa desaparecerán altivez y orgullo y se trocará en la mujer más sumisa y amable.

La calle está llena de la muchedumbre dominical; una muchedumbre que sin cesar se agita a su alrededor, como río de colores renovados en el ir y venir de la corriente.

Víctor camina abstraído completamente en medio del gentío, entregado a su propias meditaciones. Piensa hablar seriamente a Klári. No hay motivo para deferir más tiempo su declaración. Además los Meggyesi así lo esperan, con toda seguridad.

Entre la multitud ruidosa y alegre que se desborda de las aceras, alguien camina al lado del joven y le mira en plena faz, fijamente. Víctor adviértelo estremecido y observa.

Es una mujer. Un ramo de rosas adorna su sombrero de cintas azules. La blusa blanca se separa de la falda gris por un cinturón negro y brillante. Tiene el rostro coquetamente salpicado de lunares, y en su piel, que parece fresca, los polvos superfluos y torpemente colocados parecen querer desprenderse y huir.

Probablemente sus labios están también pintados. En la mano iquierda lleva un manojo de grandes rosas de otoño, color amarillo pálido, y en la derecha un bolsillo obscuro.

Víctor vuelve le cabeza a otro lado.

— ¿Por qué me sonríe esa mujer? — se dice ligeramente confuso.

Sin darse cuenta de ello precipita el paso.

Pero de pronto la mujer aborda a Víctor, tranquilamente, con una sencillez natural, y sonriendo, con voz muy dulce, le pregunta:

— ¿Ha vuelto la señora?

Víctor queda perplejo. ¿Qué querrá de él esta mujer tan llamativa? ¿Dé que le conoce? ¿Qué debe decirla? ¿Cómo deshacerse de ella? No se puede ser descortés, grosero, tratándose de una mujer... Además podría ofenderse, dar un escándalo... Pero...

Con forzada tranquilidad se vuelve hacia ella:

— ¿Qué señora?

La muchacha columpia alegremente el bolso.

— Me refiero a su señora madre. ¿Ha vuelto ya?

— ¿Qué pueda importarla mi madre? — piensa Víctor, disgustado. Y haciendo un además de repulsión responde:

— Ya ha vuelto.

Hubiera querido huir del lado de ella. Tenía un presentimiento vago, incierto, como un mal presa-

gio, que le hizo pensar de pronto en las señoras Meggyesi. ¡Dios mío, si ellas le vieran con semejante persona!...

Se apartó un poco de la muchacha. Pero ella, siguió caminando a su lado, sin perder su dulce sonrisa.

—Y el señor, ¿también ha vuelto? — preguntó, levantando sus ojos brillantes hacia Víctor.

Este respondió impaciente, alzando la voz:

—Ya volvió, sí, todos han vuelto.

Temía que fuese llegándoles el turno a su hermana, a su hermano, a toda la familia.

La joven preguntó entonces:

—No sabe usted quien soy ¿verdad?

—No — respondió Víctor, nervioso; — no lo sé.

Y hubiera querido añadir:

—No soy curioso: déjeme tranquilo, vaya usted a sus quehaceres.

Casi iba a decirlo, pero se detuvo. No tenía valor para ofender a persona tan peripuesta y tan sonriente. Confiaba en deshacerse de ella antes de llegar a la Avenida Andrássy.

—Soy Teresa — dijo la muchacha.

Víctor la inspeccionó con mirada interrogadora. Ella continuó sonriendo:

—¿No se acuerda usted de mí? La Teresa... He servido en su casa el invierno pasado.

Víctor la reconoció entonces. Era una de las doncellas que tuvo su madre.

Teresa preguntó alegremente, con sincero interés:

—¿Cómo es la actual doncella? ¿Es buena?

—Buena, sí — respondió Víctor, flemático: — Para mí es buena...

—Sí, ya lo sé; para usted todas lo son.

Víctor dirigió una mirada de soslayo a la muchacha que caminaba junto a él, tranquila y contenta. "Es bonita", pensó; pero inmediatamente rechazó aquel pensamiento innoble. Se acordó de Klári, de la Klári distinguida y orgullosa. Y este recuerdo le hizo estremecerse: ¡Si continuaba así llegarían muy pronto a la Avenida Andrássy, juntos los dos! ¡Sólo faltaba eso!... Pero ¿cómo librarse de aquella mujercita parlanchina y sonriente?

En el boulevard Erzsébet, cuando ya estaban cerca del peligroso lugar de la cita, Víctor se detuvo ante una puerta y dijo a la muchacha:

—Tengo que subir aquí... Si tanto le interesa a usted saber de nosotros, vaya por casa algún día.

Dijo aquello tartamudeando un poco. Podía notarse su disgusto en el tono de la voz.

Teresa sonrió irónicamente, balanceó la bolsa y dijo:

—Que usted se divierta.

Víctor entró en el zaguán y no se detuvo hasta que le envolvió la obscuridad de la escalera. Estaba contento por haberse desembarazado tan diestramente de la muchacha. Rió de su aventura. ¡Qué cosas más curiosas nos suceden! Sin los recursos de su talento, seguramente le hubiera sobrevenido un disgusto... Le habrían visto... ¡Qué escándalo!... Sin embargo, no podía enojarse con la muchacha. Bajo aquellos colores fuertes y de no muy buen gusto, descubríase en ella una amabilidad natural, una devoción infantil, acaso tonta, pero siempre satisfactoria venga de quien viniere. Y viéndose ya libre de ella, llegó a encontrar hasta encantador el diablejo con su sombrero chillón, su colorete, sus lunares postizos.

—La ciudad es la que la ha vestido así — pensó con cierta compasión. — ¿Qué culpa tiene la pobre criatura de llevar encima ese disfraz?

Víctor se detuvo otro poco tras de la puerta; después salió a la calle. — Las señoras Meggyesi me estarán ya esperando — pensó; y apresuró el paso.

A corta distancia de la Avenida Andrássy sintió que le tocaban suavemente en el hombro. Volvió el rostro.

¡Era Teresa! El bolso seguía meciéndose en su mano. Llevaba las rosas de otoño bajo el brazo y, sonriente, le preguntaba con dulce ironía:

—Quería usted darme esquinazo ¿verdad?

Víctor sintió el vértigo. ¿Cómo? ¿No podría deshacerse de aquella máscara? ¿Había sido inútil la estratagema? ¡Y ella se le acercaba precisamente en aquel lugar, cuando de un momento a otro podían venir las otras!

Un sudor frío le corría por la frente.

—Teresa, — dijo — no quiero ofenderla, pero estoy citado aquí con ciertas personas... y no me agradaría que...

Hablaba nerviosamente. Atemorizábale el pensamiento de que las señoras Meggyesi le vieran, y, por otra parte, le era muy violento despedir, echar de su lado a una pobre mujer.

Teresa le interrumpió:

—¿Se avergüenza de estar conmigo?

Y miró con vanidad orgullosa todo su atavío de domingo, los encajes de la blusa blanca, las cintas, los bordados de su falda gris.

Víctor, cada vez con más ahinco, hubiera querido echar de allí a la muchacha; pero no podía, no sabía ser desconsiderado. Comprendía que no debía vacilar ni un instante y que su salvación estaba en echarla porque su presencia lo comprometía. Debía decirle con toda energía que se retirara; pero no era capaz de hacerlo. Pensó con envidia en los que saben desenvolverse sin dificultad en los trances más apurados. Se despreció por su impotencia.

Con una sonrisa forzada dijo:

—No, no me avergüenzo, pero...

Al llegar allí se le cortó la palabra.

¡Y sucedió lo que tenía que suceder!...

Las señoras Meggyesi aparecieron cruzando a tres pasos de ellos. Los ojos de Víctor y de Klári se encontraron un instante. Pero Klári volvió la cabeza orgullosamente.

Víctor no se ocupó ya de Teresa. La catástrofe sacóle de su indecisión. Se precipitó hacia las señoras Meggyesi, nervioso, casi a punto de llorar, y con voz tímida las dijo:

—Beso a ustedes la mano...

Pero las señoras no le oían, Klári se colgó del brazo de su madre y ambas siguieron su camino sin detenerse.

Víctor se dirigió entonces hacia Klári.

—Buenas tardes, — dijo turbado, con acento sordo.

Klári no respondió. Volvió su rostro a otro lado y apretó el paso arrastrando consigo a su madre.

Víctor quedó a distancia de ellas.

Se detuvo entre la multitud, casi a punto de caer desvanecido.

—¿Es posible? — murmuró. — ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué debo hacer? ¿Cómo explicarles?... ¡Pero, no; después de lo que ha pasado no hay explicación posible! ¡Todo ha concluído!... ¡He aquí como una persona indiscreta, impertinente, puede echar a perder en un momento todo nuestro porvenir, toda nuestra felicidad... ¿Qué debo hacer ahora? ¿Debo seguirlas aún?... No; ella no me ha querido escuchar, no ha querido mirarme... ¡Sería inútil!

Víctor retrocedió a pasos lentos.

—¿Cómo puede ser tan altiva, tan orgullosa, — pensó Víctor — siendo tan joven?... ¡Ni escucharme, ni mirarme siquiera!...

Suspiró profundamente y de pronto entrevió un consuelo.

—No, no me hubiera comprendido nunca... No está hecha para mí... Ahora lo veo claramente. Ya barruntaba yo que era una criatura demasiado fría, demasiado desdeñosa.

Víctor se encontró en la esquina con Teresa; diríase que la muchacha le hubiese estado esperando.

El la miró.

Quería lanzarle una palabra cruel, grosera, vengadora.

Teresa sonrió.

Las gentes endomingadas, jubilosas, al parecer sin cuidados, rodeábanle con alegre murmullo. En la brisa del atardecer, bajo el sol poniente, nadaba una dulce embriaguez. Luces amarillas comenzaban a encenderse en derredor. Los múltiples ruidos de la calle fundíanse en una vasta melodía. Todos andaban alborozados, todos parecían dichosos.

Víctor, resueltamente, colgóse del brazo de Teresa.

A M É R I C O B E R É N Y

De Santa Fe



RUFINO. — Tres grandes familias argentinas, los hermanos del Popolo, con sus innúmeros hijos. — En círculo: La señora Antonia del Popolo que, no satisfecha con haber dado ocho hijos a la patria, ha tenido ahora tres mellizos varoncitos.

No salga usted de casa, en tiempo de frío y de humedad, sin ponerse en la boca una

Pastilla VALDA

para evitar dolores de garganta, ronquera, resfríos, etc.

MUY IMPORTANTE:

Las **Pastillas Valda, legítimas,** se venden únicamente en cajas que llevan el nombre **Valda,** y la es*tampilla* del impuesto interno con el nombre del fabricante **H. Canonne, París.**

De venta en todas las farmacias.

POLVO

PYORRHOCIDE

LOS DIENTES QUE SON BLANCOS Y LIMPIOS PUEDEN PERDERSE SI LA INFECCION CONOCIDA COMO PIORREA ATACA LAS ENCIAS

Las encías blandas, esponjosas, sangrantes y contraídas indican que el tejido de las mismas está siendo destruído por los gérmenes de la piorrea. Si este estado no es contrarrestado o corregido, la infección *se extenderá hasta el alveolo* o base de los dientes provocando su caída por falta de firmeza. El polvo «PYORRHOCIDE» corrije estas condiciones piorreicas cuando es empleado como dentífrico diario. Si las encías no están enfermas, este polvo las mantendrá duras y firmes, actuando así como un preventivo de la piorrea.

Las propiedades dentífricas del polvo «PYORRHOCIDE» mantiene los dientes blancos y pulidos, pero no ataca el esmalte ni lo hace quebradizo.

El polvo «PYORRHOCIDE» es indicado para la prevención y el tratamiento de la piorrea. Años de estudios en clínicas que se dedicaron exclusivamente a la investigación de la piorrea y su cura, permitieron la fabricación de este producto como el más eficaz para promover y mantener la higiene de la boca incluso la firmeza de las encías y la limpieza de los dientes. Los dentistas más eminentes recetan «PYORRHOCIDE» como el remedio natural para mantener los dientes blancos y limpios y las encías duras y firmes.

VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

Mándenos el cupón acompañado de 10 centavos en estampillas de correo para remitirle gratis una muestra de polvo Pyorrhocide.

Nombre...

Calle y N.º...

Localidad...

Unicos Agentes: **MAYON Ltda.** **Av. de Mayo, 1257-Bs. As.**

Fabricantes: **THE DENTINOL & PYORRHOICIDE Co.** **New York**

PRINCIPIE EL DIA CON PYORRHOCIDE POWDER

Mantiene sus encias sanas y sus dientes blancos

PYORRHOCIDE POWDER

PYORRHEA



VILLA CONSTITUCION. LOS DEPORTES. — Artístico cuadro alegórico representado por jóvenes de esta localidad en la velada que se celebró a beneficio del Club Atlético.

— ¡Tomá Seneguina y dejate de toser!



N.º 1882. — ¿Se ha intentado utilizar la energía de las mareas?

FUTURO INGENIERO.—Ciudad.

Desde muy antiguo se ha tratado de utilizar la energía de las mareas como fuerza motriz.

En el congreso que la "Association française pour l'Avancement des Sciences" celebró en Rouen, el ingeniero de caminos M. de Rouville presentó una memoria que viene a ser como un resumen del estado actual de esta cuestión.

La utilización de la fuerza de las mareas mediante el procedimiento de depósitos que se llenan durante el flujo de las aguas, y van dando luego salida paulatinamente al líquido, remonta ya a la Edad Media, y aun quizá a época más lejana, bajo la forma de "molinos de marea", y todavía se encuentran algunos en funcionamiento. En Irlanda se trató hace tres años de realizar una de estas instalaciones en la región de Strangfort Lough, y en España existe ya desde 1830 una instalación de esta clase en la ría de Muros (Coruña) que tiene por objeto mover, por este medio, varios molinos harineros.

Para la utilización de la energía que unos llaman "hulla azul", y otros "hulla verde", se ha pensado también en aprovechar la fuerza de las olas, ya en virtud del principio de los "arietazos", ya recurriendo a flotadores, ya por último, estableciendo, según el sistema de un ingeniero belga, planos inclinados en forma de rompeolas, en cuya parte superior haya un canalizo receptor que lleve el agua a las turbinas. Pero cuando se habla de hulla azul, suele entenderse generalmente la energía de las "mareas".

Para utilizar esta energía se ha pensado, como es natural, en instalar flotadores, cuyo pausado movimiento, de algunos metros en seis horas, debería transformarse por medio de sistemas de engranajes; pero, además de que éstos absorberían seguramente la mayor parte de una energía a la cual le falta casi por completo la velocidad, el cálculo demuestra que se necesitarían un número extraordinario de centenares de toneladas de flotador para producir un caballo. Si se recurre al intermedio del aire comprimido para transmitir la energía producida, se corre peligro de perjudicar todavía el rendimiento; y por último, la utilización de ruedas de paletas colocadas en soportes fijos o en flotadores, requeriría un aparato de dimensiones considerables para obtener tan solamente algunos caballos de fuerza de tan costoso mecanismo.

Por sucesivas eliminaciones se llega, pues, a considerar que la instalación de depósitos es la solución más merecedora de tenerse en cuenta actualmente. De su mecanismo y funcionamiento sólo diremos que las turbinas deben ser numerosas, por razón del enorme volumen del agua que debe distribuirse, muy ligeras y colocadas a una cota muy baja; los alternadores a los cuales van acopladas, pueden ser ya generatrices asincrónicas ordinarias, ya alternadores con arrollamiento múltiple; y el juego de compuertas es un elemento muy importante del mecanismo, por razón de la gran superficie que debe presentar.

La irregularidad de la energía de las mareas es uno de sus principales motivos de inferioridad con respecto a otras fuerzas. Se ha tratado de disminuir esta irregularidad mediante la multiplicación de depósitos; mediante la unión de una estación marmotora con otra estación térmica ya existente; o con la combinación de varias fábricas de hulla azul, situadas en regiones donde la hora de las mareas difiera de algunas horas; o por otros procedimientos más o menos ingeniosos.

Los diversos estudios realizados hasta el presente, dan por resultado un coste muy subido para la instalación, a lo cual debe añadirse el elevado y continuo gasto de conservación.

No es de extrañar que la energía del mar sea tan difícil de aprovechar económicamente, porque nos hallamos en presencia de una fuerza en cierto modo "degradada", "diluída", que debe concentrarse mediante máquinas cuyo funcionamiento es incómodo y costoso, del mismo modo que con los molinos de viento no es fácil concentrar una gran energía atmosférica, ni con reflectores captar de manera práctica, para fines industriales, la enorme energía del calor solar.

La lectura de esta memoria de M. de Rouville, que hemos resumido brevemente, dió lugar a una discusión en la que tomaron parte los señores Claude y Rateau. El primero dió a conocer los resultados, bien poco satisfactorios desde el punto de vista económico, de un procedimiento ideado por él para la utilización de la energía de las mareas, mediante un juego de bombas que hacen pasar el agua del mar en el momento de la marea alta a un depósito "ya lleno" por la misma marea, con lo cual fácilmente se gana notable rendimiento, ya que el agua que se ha tenido que subir, por ejemplo, sólo medio metro, después producirá trabajo "mucho mayor" al vaciarse este depósito, de varios metros de desnivel, a través de las turbinas; e inversamente sacando agua del depósito inferior en el momento de la bajamar. M. Rateau manifestó su convicción de que, si bien las dificultades técnicas que presenta la utilización de las mareas no son insuperables, en cambio son mucho más difíciles de resolver las que se refieren a un rendimiento económico, que haga práctico cualquier procedimiento de los ideados hasta la hora presente.

N.º 1883. — ¿Qué es la enfermedad de Chagas?

ESTUDIANTE. — Lanús.

La enfermedad llamada "de Chagas" reviste variadas formas clínicas, pero los síntomas dominantes son la inuficiencia tiróidea y a veces la insuficiencia suprarrenal, glándulas de secreción interna situadas en el cuello y sobre los riñones respectivamente y de vital importancia. En los niños de corta edad se observa una forma aguda, de pronóstico casi siempre grave, con temperatura de 40º, faz abotargada, y el cuerpo tiroides, así como ciertos grupos de ganglios linfáticos, hipertrofiado.

El agente productor de la enfermedad es el tripanosoma "Schizotrypanum Cruzi", y el agente propagador de la misma el insecto hemíptero "Triatoma megista", muy esparcido en todo el Brasil, donde los indígenas le dan el nombre de "barbeiro". Este insecto tiene costumbres semejantes a las de las chinches de nuestro país, y no ataca al hombre o a los animales más que en la obscuridad; pero se diferencia de aquellos parásitos en que los machos son alados, por lo cual su picadura, que no es dolorosa, es más difícil de evitar.

Una vez ahito de sangre, el insecto expulsa de su tubo digestivo un chorro de materia negruzca con abundantes tripanosomas patógenos, que, si se depositan en las mucosas bucal u ocular, penetran directamente en el organismo. Además del "Triatoma megista", hay otras especies como el "T. Chagasi" y "T. geniculata", que pueden propagar la enfermedad.

Esta ha sido señalada en el Brasil en los estados de Minas Geraes, de Goyaz y de San Pablo. También en Venezuela, en El Salvador y en el Perú.

La profilaxia es muy sencilla, porque se reduce a destruir el agente transmisor, quemando azufre y cuidando de tapar los intersticios de las paredes que sirven de guarida a las larvas del insecto. Además los triatomas tienen un enemigo natural, que es una hormiga del género "Eciton", que en poco tiempo destruye gran número de dichas larvas.

N.º 1884. — ¿Qué parte del vestido romano era "stola"?

C. F. G. — Buenos Aires.

La estola era una vestidura amplia y larga que los griegos y romanos llevaban sobre la camisa, y se diferencia de la túnica por ir adornada con una franja que ceñía la cintura y caía por detrás hasta el suelo.

La estola, en la indumentaria romana, equivalía a la toga de los ciudadanos, con la diferencia de que aquella era una túnica, mientras la otra era un manto.

La tal túnica era muy holgada, con mangas cortas a veces y cerradas con broches en el brazo, largas y amplias otras.

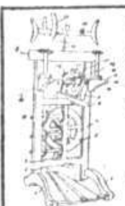
Iba ceñida con doble cinturón, uno sobre la cadera, el otro como apoyo del seno; era abierta por ambos costados en la parte alta y sujetábase con hebillas sobre los hombros.

Lo particularísimo de la estola fué un apéndice denominado "instita", que desde el cinturón caía formando como una cola, el cual ocultaba por detrás los pies.

Esa adición constituía como un adorno, siendo muy a menudo bordado.

Cuando la vestidura interior constaba de mangas carecía de ellas la estola. Sobre ésta las damas romanas llevaron los mantos. Con el tiempo, al degenerarse las costumbres, la estola se hizo común en los individuos de los dos sexos.

La estola es también uno de los ornamentos sagrados, la cual es una tira o lista de tres metros y medio de largo y cuatro dedos de ancho, en que se fijan tres cruces pequeñas, siendo el ornamento de los sacerdotes en la administración de los sacramentos y otros actos llamados por la Iglesia "sacramentales".



GRATIS remito o quien lo solicite Catálogo de

MAQUINAS DE HILAR

uso doméstico, recientemente patentada, de gran utilidad para familias.

Representante en Buenos Aires:

FORTUNATO IMBERTI

TANDIL, 6679

NOVEDAD CIENTIFICA — "NEUMOCIDA"

El mejor específico contra la tuberculosis, asma, tos y afecciones bronco-pulmonares en general. Preparado a base de jugo de Plátano por un procedimiento que lo hace un gran modificador de las lesiones producidas por las toxinas del bacilo de Koch, restableciendo el organismo en breve tiempo. Aprobado por el Departamento Nacional de Higiene.

En venta en todas las Farmacias.

Depósito General: Pedro Goyena, 686. — U. T. 2752 (Flores)

Precio del frasco, $ 5.—

LA ARGENTINA GRAN JOYERIA "M. CASAL"

440 Bdo. de Irigoyen 454

PRECIOS EXCEPCIONALES

Obsequiamos con un cintillo reforzado en oro 18 kilates a todo comprador de un par de alianzas de oro 18 kilates.



ALIANZAS macizas de oro 18 kilates, forma de moda, grabadas, en estuche, el par.......................... $ **25.—**

Las mismas de 16 gramos, el par $ **36.—**

Las mismas de 20 gramos, el par $ **45.—**

ANILLO con brillante, diamantes y zafiros calibre, engarzados en platino y oro 18 kil. v/modelos, $ **150.—**



ANILLO con brillante, diamantes y zafiros calibre engarzados en platino y oro 18 kilates, $ **110.—**



ANILLO con brillante, diamantes y zafiros calibre engarzados en platino y oro 18 kilates, varios modelos...... $ **90.—**



ANILLO con diamantes y zafiros de gran moda, engarzados en platino y oro 18 kilates, varios modelos, $ **135.—**



AROS con diamantes finos engarzados en platino y oro 18 ktes., modelos de gran moda, el par $ **66.—**

Nuestros artículos son garantidos.



PENDENTIF con diamantes rosa y zafiros calibre finos, engarzados en platino y oro 18 kil. con collar de platino, de $ 150 a............. $ **500.—**



AROS brillantes y diamantes engarzados en platino y oro 18 kilates, modelos surtidos de gran moda, el par a pesos **195.—**



ALCYON

es por todos conceptos

LA BICICLETA IDEAL

Liviana y de movimientos rectificados, es la más rápida y sólida.



Su acertada construcción con los mejores materiales, asegura gran duración.

La "ALCYON" no necesita reparaciones frecuentes o cambios de piezas, molestos y costosos. Adquirir una "ALCYON" es la manera más productiva de invertir dinero en una bicicleta.

SOLICITENSE CATALOGOS

DARTIGUELONGUE Y TOULOUSE

ESMERALDA, 142 BUENOS AIRES



¡COMO SE MIENTE!

JOSÉ Mª DE PEREDA

I

—Adiós, señor don Pedro.

—Muy buenos días, don Crisanto. ¿Va usted a misa?

—No, señor: yo la *oigo* muy temprano. Ahora estoy esperando al amigo don Plácido que está en la de nueve, para irnos en seguida a dar nuestro paseo.

—Ustedes nunca lo pierden: muy bien hecho. ¡Ojalá pudiera yo acompañarlos hoy!

—¿Y por qué no? Es domingo, no hay negocios... Pero ahora recuerdo que anoche no fué usted al *Círculo*.

—Estuve bastante disgustado ayer todo el día... y sigo estándolo... Tengo el chico mayor indispuesto.

—¿De cuidado?

—Hasta ahora no, a Dios gracias; pero como está tan robusto, no sería difícil, si nos descuidáramos, que le sobreviniese alguna fiebre maligna.

—¿Qué es lo que tiene?

—Una indigestión de castañas.

—¡Diablo, diablo!... Mucho cuidado don Pedro, que la estación es muy mala: la primavera para los muchachos...

—Por eso precisamente me apuro yo... Pero ya sale don Plácido y le dejo a usted con él... Adiós, señores.

—Beso a usted la mano, señor don Pedro: que se alivie el chico.

—Pues qué ¿está enfermo?—preguntó don Plácido, que cogió al vuelo las palabras de don Crisanto.

—Parece que sí.

—¿Cosa de cuidado?

—Me lo sospecho. El origen fué una indigestión de castañas; pero como está tan robusto, le *ha* sobrevenido una fiebre que *ha* puesto en cuidado a la familia.

—¡Caramba! ¿Si serán viruelas?

—Oiga usted, es fácil.

Y en esto, los dos personajes se dirigieron hacia la calle de San Francisco, por la Plaza Vieja, deteniéndose un instante junto a la esquina del Puente, en la cual había un vistoso cartelón, recientemente pegado, anunciando, para después de varios ejercicios olímpicos, la segunda ascensión aerostática del intrépdo monsieur Juanny.

Monsieur Juanny era un muchacho, casi imberbe, director de una desmantelada compañía ecuestre, que trabajaba los domingos en Santander, en un lóbrego corral, ante un escaso público de criadas, soldados y raqueros. La primera ascensión, por cierto en una tarde fría y lluviosa de abril, tuvo para el valeroso aeronauta el éxito más desgraciado.

Henchida la remendada mongolfiera en medio del circo, y sujeta al suelo, del que distaba más de veinte pies, por dos delgadas e inseguras cuerdas, monsieur Juanny comenzó a trepar por otra suelta del centro, para alcanzar el trapecio que en el espacio le había de servir de columpio; pero al oscilar el globo con el peso del aeronauta, rompió las cuerdas que le sujetaban, y rápido se lanzó a las nubes, cuando aun distaba del trapecio el pobre muchacho más de ocho pies. Para el público no tuvo el lance aquel nada de particular: creyó de buena fe que el ir monsieur Juanny agarrado a la cuerda era un alarde más de su agilidad y de su impavidez; sólo su familia, que era toda la compañía, y él, comprendieron lo terrible de la situación: la primera lo manifestó bien pronto con lágrimas de desconsuelo; y por lo que hace al segundo, según la relación que de boca del mismo oímos, conociendo mejor que nadie el espantoso peligro en que se hallaba, trató, lo primero, de llegar hasta el trapecio; pero la rapidez con que ascendía el globo le impedía adelantar un solo palmo. Como la cuerda era larga, al salir del circo se enredó entre las ramas de la Alameda vieja, y por un momento creyó monsieur Juanny que había desaparecido el peligro; mas, para mayor desconsuelo, las débiles ramas cedieron al empuje del globo, y aquel desdichado no tuvo otro remedio que acudir a su valor y a su destreza. Agarróse, pues, lo mejor que pudo a la cuerda, y dejó a la Providencia lo demás. Entre tanto, las manos se le habían desollado, sus fuerzas se debilitaban por instantes, y cada vez hallaba más irresistible la violencia con que el globo parecía que trataba de desprenderse de él. Las casas, los objetos que en furioso torbellino pasaban a su vista, le mareaban en aquella angustiosa situación: perdió al fin el conocimiento, y maquinalmente siguió todavía agarrado a la cuerda. Un instante más y no había remedio para él. Pero afortunadamente la mongolfiera era muy vieja, y a pesar de los remiendos que tenía, iba perdiendo gas a cada instante por sus muchas rendijas; cedió al fin al peso del aeronauta, y descendió rápidamente, cayendo una legua adentro de la bahía, y a más de media del barco más próximo. Ya era tiempo. Monsieur Juanny sólo conoció que se hallaba en el agua cuando su frialdad lo sacó de su estupor. Mas el nuevo peligro era insignificante comparado con el que acababa de correr. El globo, aun henchido, flotaba como una enorme boya: agarróse, pues, a él y esperó. Por mucha prisa que se dieron los tripulantes de algunas lanchas que le vieron caer, las dos primeras que hasta él llegaron, a toda fuerza de remo, tardaron un cuarto de hora.

Monsieur Juanny desembarcó al fin en el muelle, entre su familia y un inmenso concurso, desolladas las manos y tiritando de frío, pero sereno y risueño como si nada le hubiera sucedido.

Hecha esta ligera digresión, que bien la merece el asunto por su histórica terrible gravedad, volvamos a nuestros conocidos.

Pertenecen éstos por patrón, edad e instinto al pequeño grupo de *Figuras reglamentadas* que son indispensables a toda población, y sobre las cuales pasan en vano los años y las revoluciones: alguna



arruga de más, algún cabello de menos, son los únicos rastros que deja el tiempo sobre estos seres: traje, costumbres y alimento siguen siendo para ellos los mismos que los del año en que *se plantaron*, hasta la hora de su muerte; porque ésta, siendo producida generalmente por una apoplejía fulminante, o por otro torozón cualquiera, no les atormenta con sus preludios, ni les altera en lo más mínimo, durante la vida, el metódico sistema de ella. Egoístas y avaros por naturaleza, temiendo adquirir compromisos o arriesgar su dinero, sólo toman del mundo aquello que el mundo echa a la calle, bien porque le sobra o porque lo regala.

Por eso, su única biblioteca, en el capítulo de erudición, la constituyen los carteles de las esquinas, los prospectos volantes y los periódicos de café.

Sabido esto, y no olvidando el dramático suceso que acabamos de referir, excusado será decir a ustedes que leyeron con avidez el cartel de monsieur Juanny; que al separarse de la esquina, continuando su paseo, iban hablando con horror de tamaño atrevimiento; que calcularon y se concedieron recíprocamente el sitio en que, según el viento que reinaba, caería aquella tarde el aeronauta, y, por último, que decidieron ir a presenciar la ascensión; mas no se crea que al circo mismo, donde no habría bastante comodidad sobre costar el dinero, sino a los prados de la Atalaya, cuya elevación les permitía dominar los sucesos con la vista y respirar aires puros.

Cuando llegaron a San Francisco, discurriendo aún sobre el mismo tema, repararon que un corredor, muy conocido de ellos, se les acercaba con un andar de siete millas.

Al cruzarse con él no pudieron contener su curiosidad, y, a dúo, le interpelaron:

—¿Adónde tan de prisa?

—¿Han visto ustedes a don Pedro?—les preguntó, casi al mismo tiempo, el corredor.

—Ahora mismo acabamos de separarnos de él.

—¿Ha ido al escritorio?

—No, señor; a su casa... ¿Ha ocurrido alguna *otra* novedad?—añadió alarmado don Plácido, al ver cómo jadeaba aquel hombre.

—¿Según eso había ya una?

—¡Qué! ¿No lo sabe usted?

—Hombre no; yo le buscaba para un negocio..., y muy bueno.

—Pues, amigo—dijo don Crisanto en tono sentido,—de nosotros se ha separado de muy mal talante.

—Pero, ¿qué tiene?

—El chico mayor *muy malo*,—exclamó don Plácido.

—¿De qué—dijo sorprendido el corredor.

—*De viruelas*,—contestó solemnemente don Crisanto, y con la más profunda convicción.

—¡De viruelas!... Pero si ayer le he visto yo en el escritorio copiando una factura.

—Pues ahí verá usted,—observó don Plácido.

—¿De suerte—añadió el corredor,—que su padre no estará dispuesto a hablar de negocios?

—Figúreselo usted,—contestaron los dos amigos.

—Pues ¡cómo ha de ser!... paciencia, que lo peor es para él... Adiós, señores y gracias.

—No hay de qué: vaya usted con Dios.

El agente, desesperanzado de hacer el negocio, emprendió una marcha más lenta que la anterior; y mustio y cabizbajo, se internó en la calle de San Francisco.

Los dos amigos continuaron su paseo hacia la Alameda.

Habrán extrañado al lector los progresos de la enfermedad del hijo de don Pedro, o habrá creído, a pesar de lo que le he dicho acerca de don Plácido y don Crisanto, que éstos trataban de dar un bromazo al corredor. Nada de eso. Ni el carácter, ni la posición, ni la edad de estos señores se prestan a la broma: tienen cincuenta mil duros cada uno, y un siglo cumplido entre los dos. Pero sobre algunas otras manías a que consagran todos los desvelos que no necesita la administración del milloncejo, les esclaviza y atormenta la de adquirir noticias, cualesquiera que ellas sean; y no por el placer de saberlas, sino por el de propalarlas; pero de propalarlas de manera que interesen y exciten bien la curiosidad del público. Esto no podrían conseguirlo siempre, porque los datos adquiridos, algunas veces no lo dan de sí. Por eso, ocurrido un suceso cualquiera, le suponen el curso que les parece *más natural*, y con la mayor buena fe le colocan en el término que más se acomoda a sus cálculos.—"Que esto ha de suceder, es *infalible*—dicen ellos;—pues contémoslo en seguida, porque después no tendría novedad, y, bien mirado, no faltamos a la verosimilitud." La calidad de la noticia es lo que menos les importa, ni las consecuencias que pueda producir su afán de exagerarla: haga ello efecto, coméntese, propáguese, y su amor propio se verá satisfecho.

No tuvieron otro origen las viruelas del hijo mayor de don Pedro.

El corredor, entre tanto, llegó a la guantería, se sentó sobre el mostrador y comenzó a renegar de su suerte.

—Vea usted—decía,—hasta las epidemias conspiran contra mis intereses.

—Pues ¿qué sucede?—le preguntó un tertuliante de aquel establecimiento;—¿vuelve otro vez el cólera?

—¡Qué más cólera que no hacer un negocio en cuatro días?

—Como decía usted que la epidemia...

—Y lo repito: el mejor corretaje, acaso el único de toda la semana, acabo de perderlo porque han entrado las viruelas en la casa.

—¿Hay algún comerciante con ellas?

—No, señor: un hijo.

—¿Quién es el padre?

—Don Pedro Truchuela.

—¡Caramba! ¿Aquel muchachón tan robusto está con viruelas?... ¿Y son de mala ley?

—Según me han dicho, con referencia a su padre, no lo cuenta.

—¡Qué lástima!

Y al exclamar así el ocioso, marchóse a la plaza y refirió el suceso al primer conocido que halló a mano.

En los comentarios estaba ya, cuando la doncella de don Pedro, muy conocida del comentarista por su lindo palmito, cruzó hacia el Puente y entró en uno de los portales. Al notarlo el ocioso, exclamó:

—¡Adiós, mi dinero! ¡ya van a llamar al cura!

—¡Cá!—dijo el otro sorprendido.

—Sí, señor: he visto entrar a la doncella de don Pedro en casa del padre N... Cuando salga la he de preguntar.

Ignoraba el noticiero que el padre N... se había mudado a otra calle, y que vivía, a la sazón, una modista en la casa que él dejó.

A poco rato salió la doncella con unos paquetes debajo del brazo, y se fué por el muelle. El espía no lo notó por haberse enredado en una nueva acalorada controversia, sobre las causas de algunas epidemias como la que ya juzgaba apoderada de la población; pero, en su defecto, vió poco después atravesar al padre N... por la esquina de la Ribera y en dirección al barrio en que vivía don Pedro.

—Véalo usted—exclamó;—¡se realizaron mis sospechas!...

Y sin despedirse de su contrincante, fué a llevar la noticia a la guantería.

Cuando a la una en punto volvieron del paseo don Crisanto y don Plácido, encontraron otra vez al corredor.

—¿Ha visto usted a don Pedro?—le preguntaron.

—¡Bueno estará el pobre señor para visto!—contestó.

—Pues ¿qué ha sucedido? ¿Está peor el hijo?



—Ya le han dado la unción.

—¡Ave María purísima!—exclamaron los dos amigos.—Lo mismo que sospechábamos salió, desgraciadamente.

Y con cierto aire de satisfacción, por el buen éxito de sus presunciones, pues que no estaba en sus manos para evitar la desgracia y era ocioso afectarse por ella, se separaron del corredor, sin pasarles por la imaginación que ellos, y nada más que ellos, eran el origen, desarrollo y progreso de la enfermedad del hijo de don Pedro Truchuela.

II

Fieles como dos cronómetros, a las cuatro en punto de la tarde llegaron nuestros dos amigos a los prados de la Atalaya, y se colocaron en el más elevado de ellos para dominar mejor todos los incidentes de la ascensión del globo. Destacábase éste henchido ya de humo, en el reducido circo de la Alameda, balanceándose sobre las cuerdas que le sujetaban, esperando a que le dieran libertad para lanzar al espacio su gran mole.

En instantes tan supremos, cuando la curiosidad de medio pueblo diseminado por aquellas praderas estaba fija en el aparato, el campanón de la catedral sonó, grave y acompasado, tres veces. Su lúgubre tañido no produjo el menor efecto en el ánimo de aquellos espectadores. Sin embargo, nuestros dos conocidos, aunque afanosamente ocupados en explicarse la teoría del espectáculo que a tales alturas les había conducido, suspendieron la discusión.

—¿Ha oído usted, don Plácido?

—¿Qué?

—Tocan *a paso*.

—Efectivamente: es por el hijo de don Pedro.

—¿Lo sabe usted con seguridad?

—¡Hombre, estando ya con la unción esta mañana!...

—Es verdad... ¡Pobre muchacho!... ¡tan joven!

—Al anochecer nos pasaremos por su casa para saludar a don Pedro y acompañarle en su dolor.

En esto se oyó un rumor infinito de hurras, aplausos y silbidos. El globo se elevaba majestuoso, arrastrando al joven aeronauta, vestido de artillero, y de pie sobre un cañón... de madera.

—¡Allá va eso!—dijo don Crisanto;—siempre te bañarás como la otra vez... Sospecho que cae en Maliaño... ¡Allí sí que te salvas!

—Pues yo—repuso don Plácido,—creo que más acá se queda, según la dirección que toma.

—Como caiga en el agua, es lo mismo: el cañón le arrastrará al fondo... Le aseguro a usted, don Crisanto, que si tuviera facultades para tanto, suprimiría estos espectáculos... porque, desengáñese usted, son una barbaridad.

—¡Qué demonios le diré a usted, don Plácido?... Es preciso que haya de todo en el mundo.

—¿Y para qué hace falta esto? Para aumentar el número de huérfanos y de viudas, y para fomentar la vagancia: total, para molestar al hombre de bien y pacífico, y sacarle lo que, acaso, necesita para su familia... o para su regalo; que ya que uno se lo ha ganado, nadie más que uno, mismo tiene derecho a hacer de ello lo que le dé la gana.

—Todo lo que usted dice está muy en su lugar; pero repare usted que ese pobre volatinero brinca y salta, sube y baja y se remoja en la bahía cuando y cada vez que le da la gana, para ganar un miserable pedazo de pan, y que a nosotros no nos cuesta un cuarto. Ahora mismo, desde estos prados, le estamos viendo de balde y, por cierto, con más comodidad que los que han pagado su entrada en el circo. Desengáñese usted, el que no quiere y sabe ahorrar, no gasta un maravedí por más lazos que se le tiendan.

—No lo niego; pero concédame usted que, a veces, se complican las circunstancias de un modo... Sin ir muy lejos, ni acotar con muertos, el día en que este mismo sujeto estuvo a pique de ahogarse en la bahía, me hallaba yo, después del suceso, leyendo El Correo en la botica, cuando a uno de esos filántropos que de todo el mundo se conduelen, porque no tienen otra cosa que hacer, y que había visto las desolladuras y contusiones que se hizo el volatinero, le da la gana de echar un guante para él entre todos los concurrentes al establecimiento, que sabe usted que no son pocos... Pues señor, ¿usted creerá que me sirvió de algo volverme de espaldas, hacerme el distraído, ni marcharme hasta el escaparate con la disculpa de que necesitaba más luz para leer el periódico?... ¡Que si quieres! El muy importuno me siguió como si fuera mi sombra... y gracias a que, como de costumbre, yo no llevaba un ochavo sobre mí; que de otro modo, me cuestan la función del volatinero y la impertinencia de su protector, un par de reales, o tal vez más.

—Pero, al fin, nada pagó usted, y siempre venimos a parar a que, amarrando bien, por más que tiren de uno, no le sacan un céntimo. ¡Buen cuidado me da a mí por todos los filántropos del mundo!... ¡Sordo siempre! que oídos que no oyen, corazón que no siente... Pero se me figura que desciende el globo... y va a caer, como lo anuncié, hacia Maliaño.

—Mire usted que a esta distancia engaña mucho la vista.

Cuando poco después desapareció la mongolfiera detrás de la colina del cementerio, los dos observadores bajaron a paso redoblado a la ciudad, y se encaminaron a la estación del ferrocarril, con el objeto de averiguar lo cierto del caso, pues el globo, a medida que bajaba, fué pareciendo más próximo en línea horizontal, a los dos curiosos; tanto, que don Plácido, al perderle de vista, hubiera sido capaz de jurar que había caído en la Peña del Cuervo.

Andando, disputando y sudando el quilo, llegaron a la Pescadería, y preguntaron a un aldeano que hablaba sobre el suceso:

—¿Dónde cayó, buen amigo?

—Pus dí que se ha jundío en metá la canal.

—¡Fuego! ¿Oye usted, don Plácido? Lo que yo temía.

Y siguieron más adelante.

Dos cigarreras daban grandes voces.

—Tamién fué causelidad de pasar al mesmo tiempo la *comotora*.

—¿A quién ha cogido?—preguntó el curioso don Plácido.

—¡Otra... esta sí qué! ¿Pos no lo sabe usté, buen hombre? ¿A quien tiene de ser? Al del globo.

—¿Y lo mató?

—¡Ahora escampa! ¡No sé si le mataría pasando por encima *el camino de hierro*.

—¡Qué atrocidad!

—Y lo peor hubiera sido—continuó la cigarrera,—si no se apartan a tiempo las presonas que se agolparon allí... Ya le quiero un cuento... ¡pos no sé si hay *corná!*... ¡Más de veinte estuvieron a pique de perecer!

—Y diga usted, ¿se podrá ver el *cadáver?*

—¡Quiá! ¡que si quieres! Han dío allá *los de polecía*, y no dejan *de* pasar a naide... Está un poco más acá de la Peña del Cuervo.

—Pero si acaban de decirnos que el globo cayó en la canal.

—No haga caso, señor; eso fué la otra vez.

—¡Toma! y es verdad. ¡Cómo se miente!

Las noticias adquiridas, si no eran cuanto podía apetecer la insaciable curiosidad de los dos amigos, cumplían en gran parte con los deseos de éstos, en la imposibilidad en que estaban, según los informes de la cigarrera, de acercarse al lugar de la catástrofe. De todas maneras, monsieur Juanny había perecido indudablemente, y muchas personas habían estado a pique de ser aplastadas por el tren.

—He aquí una cosa que yo no puedo compren-

der bien, —dijo don Plácido a su amigo, mientras los dos retrocedían apresuradamente, para dar pronta salida a sus frescas provisiones de noticias.

—¿Qué es lo que usted no comprende? —replicó don Crisanto.

—Que haya habido gente *a pique* de perecer. La vía (fíjese mucho en esto), en el sitio que nos han señalado, está completamente bañada por el mar, por ambos lados, y la marea está alta en este momento. Y una de dos: o hubo gente o no la hubo al llegar el tren. Si la hubo, y mucha, en lo cual convienen todas las noticias adquiridas, ¿en dónde se refugió cuando apareció de sorpresa la máquina?... Porque hubo sorpresa, y la prueba está en que monsieur Juanny no tuvo tiempo para ponerse fuera del peligro... ¡como que pereció en él! Yo quiero suponer que las personas que le rodeaban, que eran muchísimas, atendiendo cada una a su propia salvación, se olvidasen del desgraciado, que tal vez cayó enredado entre las cuerdas del globo, o se inutilizó al caer y no pudo moverse; al huir cada cual del tren que se aproximaba rápido, ¿se refugió de las orillas de la vía? Imposible, porque son muy estrechas... o perecieron los de la primera fila indefectiblemente. ¿Se atropellaron unos a otros, y se salieron de la vía? En este caso cayeron al agua; y como no es probable que todos supiesen nadar, y se sabe que, en semejantes conflictos, el mejor nadador se ahoga arrollado por la multitud, el resultado es más horroroso aún que el de la primera suposición... En fin, don Crisanto, no me cabe duda alguna de que la escena debe haber sido espantosa. Y esto parece providencial después de lo que le dije a usted en la Atalaya sobre las consecuencias de semejantes espectáculos.

—Me deja usted aturdido —exclamó don Crisanto, que no había perdido una sola de las palabras de su amigo: —los argumentos son irrebatibles... Pero si tantas víctimas hubo, ¿cómo no se sabe nada de cierto?

—Muy sencillo, amigo mío: el juzgado estará instruyendo las diligencias de cajón; habrá detenido a los que salieron ilesos para tomarles declaración, y a los de fuera no se nos ha permitido acercarnos allá; ¿por dónde, pues, se ha de haber sabido la verdad? Desengáñese usted, que se van a descubrir horrores.

Y penetrados ambos, pero con toda convicción, de esta trágica idea, continuaron muelle adelante.

—¿Vienen ustedes de la estación —les preguntó un conocido que hallaron al paso.

—Sí, señor.

—¿Y en dónde cayó?

—En mitad de la vía.

—¿Al pasar el tren?

—Desgraciadamente... y le ha partido por la mitad.

—¡Horror! ¿Es posible?

—Como usted lo oye... y no es eso lo peor, sino que entre la gente que se agolpó a verle, entre ahogados y aplastados pasan... tal vez de veinte.

—¡Santo Dios de misericordia!... ¿Pero ustedes lo han visto?

—Casi, casi. Las autoridades están allá, y el juez instruye las diligencias: por eso no se nos ha permitido ver a las víctimas: pero hemos oído los gritos y la bulla.

—Estremece pensarlo, señores... Corro a ver si logro adquirir más pormenores.

El buen señor partió, azorado, hacia la estación, mientras los noticieros, conmovidos, no de pesar por las víctimas que suponían, ni de remordimiento por la ligereza con que habían propalado una noticia tan grave y tan dudosa, sino de entusiasmo por el caudal de horrores que llevaban en la mollera, continuaron caminando a largos pasos, rojo el semblante, chispeante la mirada y diciendo con la fisonomía a todo el mundo: —"Pregúntenos usted, o se lo contamos".

De esta suerte llegaron al café Suizo.

Media hora haría que estaban aterrando a un numeroso auditorio que se habían formado, con sus trágicos relatos, cuando entró en el salón don Pedro Truchuela, acompañado de su hijo, el mismo que, *según noticias*, había fallecido aquella tarde.

Verlos entrar los dos amigos y atascárseles en la garganta las palabras que iban a dirigir al concurso, fué todo uno.

Repuestos algún tanto de la sorpresa, partieron ambos hacia don Pedro, y tomando la palabra don Plácido, le dijo, dándole la mano:

—Pero, señor... ¡cómo se miente en este pueblo! Si se nos había dicho...

—¿Qué? —le interrumpió don Pedro.

—Que estaba peor su chico de usted —añadió don Crisanto; —y ya vemos que, a Dios gracias, es mentira. Sea, pues, mil veces enhorabuena; y ojalá sirva esto de lección a los que con tanta ligereza se entretienen en propalar malas noticias.

—Mucho que sí, —murmuró don Plácido, un si es no es corrido y abochornado con la lección.

—Gracias, señores, —les contestó don Pedro, que lo que menos se imaginaba era el cisco que sus dos conocidos habían revuelto desde que los saludó por la mañana. —Afortunadamente este chico es fuerte, y cuando volví a casa me le encontré levantado y empeñado en que había de salir a la calle, lo cual no le consentí, porque en su estado no lo juzgué prudente; pero esta tarde, después de notar las buenas disposiciones con que comió, no he tenido inconveniente en que me acompañara a dar un paseo y a ver al mismo tiempo elevarse el globo.

—¿Desde dónde lo han visto ustedes? —preguntaron anhelosos los dos embusteros.

—Desde los prados del cementerio, —contestó don Pedro.

La ansiedad de los viajeros crecía por momentos.

—Según eso —exclamó don Crisanto. —¿estará usted al corriente de todo lo que ha sucedido?

—Como que lo he visto.

—Ya lo oye usted, don Crisanto, ¡lo ha visto!

—¿Y qué tiene de particular, señores? —exclamó don Pedro, a quien ya chocaban los gestos y el afán de sus amigos. —Nada más sencillo: cuando noté que el globo descendía, nos bajamos a lo largo de las tapias del cementerio hasta cerca de la vía; allí nos sentamos y le seguimos en todos sus accidentes, hasta que cayó.

—¿En dónde?

—En la cortadura del muelle de Maliaño, en el agua, pero a pocas varas de la escollera; así es que el aeronauta, con muy leves esfuerzos, salió a tierra firme inmediatamente... Lo hemos visto con los gemelos.

Los dos amigos se miraron estupefactos.

—¿Pero no cayó en la vía? —preguntó asombrado don Plácido.

—¿Pues no lo está usted oyendo? —contestó don Pedro.

—Luego no lo ha cogido el tren, ni han perecido ahogadas y aplastadas otras personas...

—¡Ave María purísima! —exclamó, santiguándose, don Pedro: —¿quién les ha engañado a ustedes?

—¡Conque es mentira!... ¡Pero ve usted, don Crisanto, *cómo se miente* en este pueblo!

Y don Plácido miró a su amigo con una expresión indefinible. Este le contestó en idéntico lenguaje, y recordando entrambos sus recientes trágicos relatos, y notando que en algunas mesas vecinas se hablaba, con referencia a ellos, de la *terrible catástrofe*, despidiéronse de don Pedro y de su hijo como mejor en su aturdimiento supieron, y se echaron a la calle renegando, con la mayor sinceridad, del arte que se da el público siempre para desfigurar la verdad y sorprender la buena fe de los hombres de bien, como ellos dos, y exclamando, *escandalizados*, a cada instante:

—Pero, señor, *¡cómo se miente!*



De Córdoba



RIO IV. — Banquete dado a la tropa del Arsenal de esta ciudad, por ser la primera vez que se jura la bandera, acto que dió ocasión a un interesante programa de festejos que fué presenciado por los jefes.

HISTORIA ANECDÓTICA

Cuando el general Juan Vicente Gómez fué llamado por Castro para que le tuviera el puesto de Presidente de los venezolanos, se presentó a la guardia del palacio jinete en buen caballo y con su vestido de salir los domingos al pueblo: alpargatas, espuelas, polainas, camisa, ruana y sombrero de anchas alas.

— ¿Mi compadre Cipriano? — le preguntó al oficial de guardia, quien casi sin contestarle voló a donde estaba su Excelencia y le dijo: — Un hombre allá afuera pregunta por su compadre Cipriano!...

— Ajá... Es Juan Vicente; dígale que siga.

— Que puede seguir, señor.

Juan Vicente se desmontó y siguió: había consejo de ministros.

Castro se adelantó a la puerta y se saludaron; los ministrros observaban en silencio. Pasado el saludo le dijo Castro:—Compadre, ha debido traerse unos botines por lo menos... pero allí está el teléfono, llame al almacén X y pídalos.

Juan Vicente se fué al aparato, llamó y le contestaron—¿Qué número? (el del teléfono para conectar líneas).

Juan Vicente vuelve la cabeza sorprendido y dice delante de todos: —Compadre, esa gente sí que sabe... Antes de saber pa qué llamo, me preguntan cuál número... — Y volviendo a coger la bocina, gritó: — Cuarenta y cuatro y medio, y anchitos...



¡¡NO TITUBEE EN LA ELECCION!!
ADQUIERA UNA CONCERTOLA
O UN GRAFOFONO "AMERICA"
Son las máquinas parlantes más perfectas.
OFERTAS EXCEPCIONALES
$ 55
AMERICA
AMERICA N.° 0. — El Grafófono de corneta interna preferido por sus buenas voces y sólida construcción. Caja en roble altamente pulido midiendo 37×40×21. Precio con tres discos dobles, 200 púas y embalaje gratis, $ 55.—
DISCOS
Ultimas novedades por la célebre orquesta MAREK WEBER
$ 4 cada disco doble de 30 centímetros.
Serenata de Toselli.
Mississipi. Fox Trot.
Chong. Fox Trot.
Missouri. Vals.
Souzy. Danza moderna.
Alma de Dios. Ragtime.
Phi-Phi. One Step.
Delilah. Vals.
Chanson Bohemienne. Vals.
Sphinx. Vals.
Les Petits Paiens. One Step.
La Danza del Paraguay. Ragtime.
Drei Alte Schachteln. Vals.
La princesa de las Czardas. Vals.
Smiles. Fox-Trot.
Ultimas Novedades por la orquesta Roberto Firpo.
$ 3.— cada uno
6042 Cap Polonio. Tango. En Plena Mar. Vals.
6043 Sufra. Tango. El Copete. Tango.
6044 El Periodista. Tango. ¡Truco!... Tango.
6045 El Loco de los Inventos. Tango. El Atorrante. Tango.
N.° 404. — Bonito grafófono. Caja en roble, midiendo 38×38×18 centímetros, con esculturas variadas en relieve en el frente. Brazo acústico recto, con membrana de voz clara y potente. Motor de cuerda reforzada. Precio con 3 discos dobles, 200 púas y embalaje gratis, $ 55.—
$ 97.50
Grafófono América número 14. Caja de nogal con tapa de bisagra para abrir, midiendo 34 ½ × 34 ½ de base por 16 ½ centímetros de alto. Motor de dos cuerdas reforzadas con regulador "Sin Fin". Brazo acústico último modelo y membrana doble de "Gran Concierto". Corneta forma flor esmaltada a fuego con bonitos y variados colores. Precio con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, $ 97.50
AMERICA
Por otros modelos de Concertolas, Grafófonos América, Grafófonos y Victrolas Victor solicite catálogos, o visítenos; tenemos máquinas parlantes desde $ 35.— hasta $ 1.150. No pierda tiempo en buscar, venga o escriba directamente a la "Casa América."
EL MAYOR SURTIDO EN DISCOS DE MUSICA CLASICA Y CELEBRIDADES.
Gran Catálogo general ilustrado remitimos enviándonos veinte centavos en estampillas.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
CASA AMERICA
AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES
NO TENEMOS SUCURSALES.
No cerramos los sábados.

Crimen en Verónica



Exhumación del cadáver de la víctima, enterrado en un hormiguero.

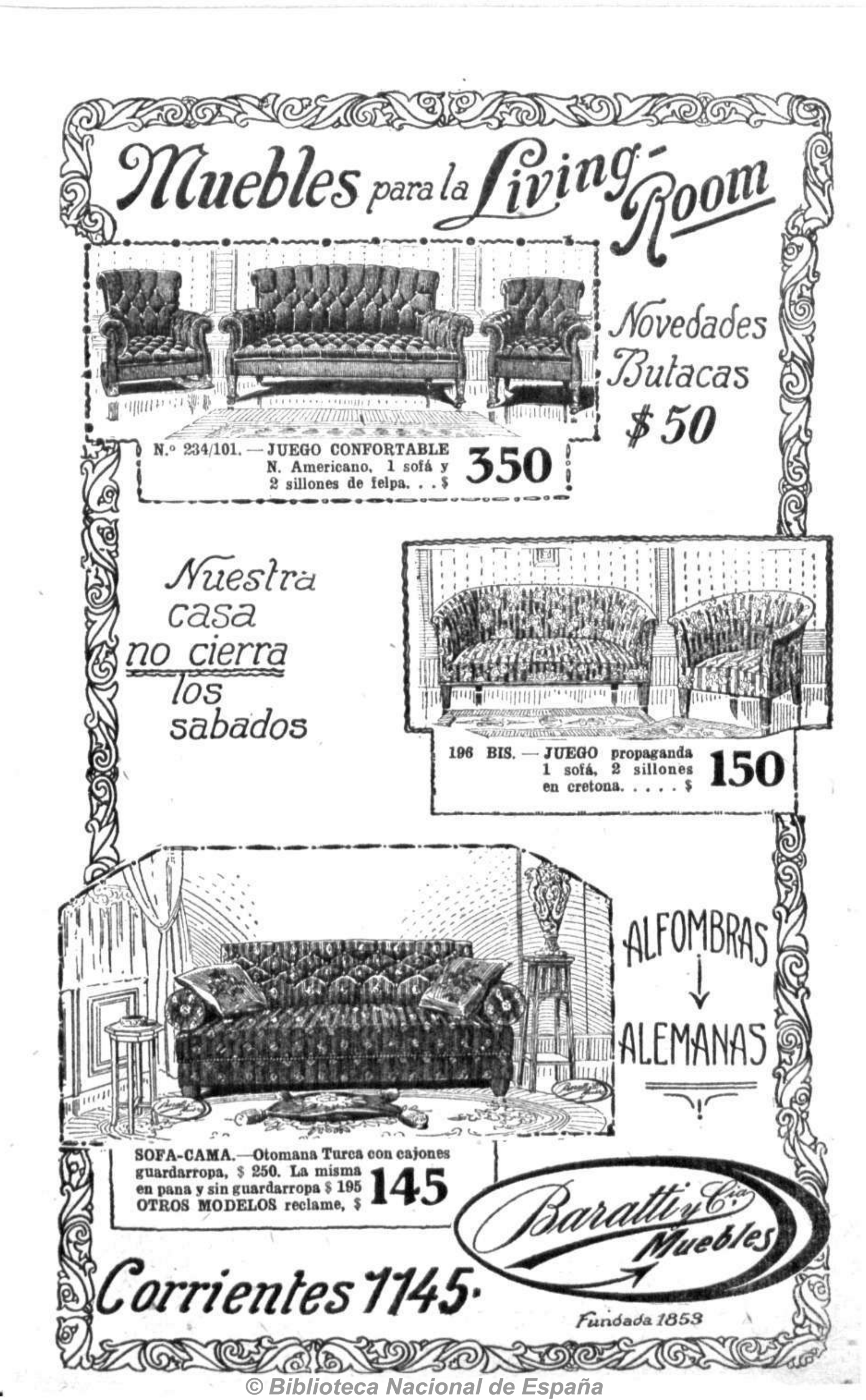
Mercedes Martínez, autora del crimen.

El descubrimiento del cadáver de Edelmiro Pereyra dentro de un hormiguero en un terreno baldío cercano a la casa de la víctima, hizo recaer sospechas sobre la mujer Mercedes Martínez, que con él vivía y que había manifestado en varias ocasiones que el llamado Pereyra se hallaba en Buenos Aires, mostrando falsas cartas que así lo comprobaban. Hábilmente interrogada la Martínez por el comisario Arriaga, secundado por los oficiales Richero y Gómez, confesó ser la autora del hecho. Dijo haberle envenenado, haciéndole creer tomaba un purgante. Una vez consumado el hecho, procedió a ocultar el cadáver enterrándolo en un hormiguero que el extinto había cavado.

El verdadero nombre del muerto parece ser Enrique Peralta, y se supone registraba antecedentes policiales. Mercedes manifiesta haber perpetrado el crimen en venganza de la mala vida que le hacía pasar el interfecto y no da muestra de remordimientos por su obra.



Mercedes Martínez con el oficial inspector y agentes a quienes se debe el descubrimiento del hecho.


Muebles para la Living-Room
Novedades Butacas $ 50
N.º 234/101. — JUEGO CONFORTABLE N. Americano, 1 sofá y 2 sillones de felpa. . . $ 350
Nuestra casa no cierra los sabados
196 BIS. — JUEGO propaganda 1 sofá, 2 sillones en cretona. . . . . $ 150
ALFOMBRAS ALEMANAS
SOFA-CAMA.—Otomana Turca con cajones guardarropa, $ 250. La misma en pana y sin guardarropa $ 195 OTROS MODELOS reclame, $ 145
Baratti y Cía Muebles
Corrientes 1145.
Fundada 1853

De Entre Ríos



YERUA. — Fiesta campestre que realizaron los colonos de esta localidad con motivo de haber formado una asociación cooperativa para la trilla.

LADOS SOMBRÍOS DE CUADROS

El cuadro del imperio del Sol Naciente, que al europeo le parece tan atrayente con sus árboles florecidos, sus «gheisas» danzantes, sus trajes bizarros y sus aldeas graciosas, tiene también sus lados sombríos. De esto habla un americano, Sydney Greenbie, en un volumen del cual se ocupa el suplemento literario del «Times», dando a conocer algunos episodios que aunque están muy alejados de la psicología occidental, son comprensibles y encierran un ideal; aun los occidentales comprendemos el espíritu de aquel japonés que, en el incendio de su casa, abandona a su esposa y sus hijos, y sólo se preocupa de salvar la estatua del emperador; y luego recibe por obrar así, el aplauso de todo un pueblo. Pero por otra parte hoy existen en el Japón prejuicios inconcebibles con el desarrollo innegable que la civilización ha alcanzado en aquel país. En el imperio del Sol Naciente todavía hay una clase social de parias: los «etas», que son más de un millón de seres puestos al margen de la vida y las prerrogativas sociales. Son descendientes de criminales, condenados a la esclavitud penal, o prisioneros de guerra o «shamuraj» que se negaron a cumplir con la ceremonia suicida (Kara-kiri) que la etiqueta les imponía. Muchos de éstos son ricos, pero esto vale poco. No pueden entrar en la casa del más pobre. Viven en aldeas separadas y se dedican a los oficios más bajos. Estos parias devuelven con el odio más profundo el desprecio que reciben, y constituyen un perpetuo peligro social.



A PROPOSITO DE LA "DEBACLE" GANADERA

LAS HELADAS HAN VENIDO A EMPEORAR LA SITUACION DEL GANADERO EN EL MOMENTO ACTUAL. ¿COMO REMEDIARLA?

El momento actual es de los más difíciles para el ganadero argentino. Prescindiremos por hoy de referirnos a las verdaderas causas de esta crisis con proyecciones de desastre; lo haremos luego al señalar rumbos para la ganadería argentina de carnes de consumo; por más que entonces, muy a pesar nuestro, no podremos dejar en el tintero algunas verdades, muy amargas tal vez, pero que ninguno está en el derecho de callar como se ha hecho sistemáticamente hasta ahora. Lo urgente es buscar alivio eficiente a la situación creada por la citada crisis, y que las heladas vienen a agravar en una forma que toca los límites de lo irremediable para todos y cada uno de los ganaderos, sean criadores, invernadores o simples tamberos.

Viene pasando de dos años que, por los más diversos motivos, pero sobre todo para esperar un repunte, o porque todavía no escaseaba el campo, o porque no se encontró a quien vender, no se han quitado de en medio las vacas viejas, ni tampoco han salido del campo los novillos de dos y de tres años, entretanto siguen criando las vacas y, como consecuencia, son muchos los campos en los que hay, sobre cada cuadra, un animal o animal y medio más de lo que ésta puede soportar.

Un verano y un otoño relativamente excepcionales, con lluvias oportunas, permitieron aguantar mientras se discurrían esperanzas o se sacaban las cuentas del famoso «Si acaso...»; pero ahora que las heladas han arrasado ya, en su primer avance, más pasto que todas las haciendas juntas, ahora que éstas están amenazadas de no encontrar pronto en los potreros sino tierra para comer, no hay que detenerse en lamentaciones o pensar en arrendar campos para trasladar sobrantes de haciendas, pues el crecimiento normal de nuestro stock ganadero todo lo ha cubierto con exceso durante este período de paralización de las exportaciones de carnes; hay que resolverse a aliviar los campos de cualquier modo; hay que *faenar* en las estancias y en los tambos, desde que remitir haciendas a plaza no hay que pensarlo siquiera.

El que no se resuelva a hacerlo así se expondrá a ver perecer de necesidad todos los animales viejos y un buen porcentaje de las crías, y a ver necesariamente desmerecer los animales nuevos de completo desarrollo que representan lo mejor del haber del ganadero.

Hay que faenar cuando menos hasta el punto de no dejar en pie, sobre el campo, sino la cantidad justa de animales que éste puede mantener cómodamente y sin riesgos.

La faena del vacuno es cosa bien conocida de todos nuestros hombres de campo y de su personal. No hace tantos años que se faenaba todavía, en la mayoría de las estancias, cuanta res sobraba después que los reseros habían terminado sus apartes, y se ha seguido faenando en los campos apartados mientras no vinieron los frigoríficos norteamericanos a intensificar la exportación de nuestras carnes congeladas, enfriadas y en conserva, hasta el punto de convertirlas en un artículo de lujo en nuestra propia casa.

En el momento actual, recurrir a esta antigua usanza nuestra de faenar cuanto animal nó pueda mantenerse en el campo es el único procedimiento viable para salvar todo lo más posible en este naufragio comercial y asegurar la buena conservación de lo mejor de nuestro stock.

El charque, la grasa, el sebo, el cuero y otros elementos que resultan de la faena son productos nobles que representan un valor realizable en cualquier momento y que, en todo caso, no corren riesgo ninguno de perderse ni de perjudicar los demás negocios de la estancia.

Hace algunos años ya que no se consume la carne charqueada en este país del fasajo, y raro es el almacén de comestibles en el que podría encontrarse, no diremos una manta, sino un trozo de charque dulce o salado para satisfacerse el antojo de una sabrosa chatasca. Pero el recuerdo de las múltiples aplicaciones que la carne de vacunó salada o secada tiene en la alimentación no se ha borrado todavía y su presentación en el mercado de comestibles será bien recibida.

Ha llegado la oportunidad de convertir en charque y en salazones las reses vacunas que sobran, que estorban en cualquier campo, que comen lo que conviene reservar para las mejores, para los animales más fácilmente vendibles en plaza y para las lecheras.

Varios trozos y presas hay en las reses vacunas que pueden siempre ser vendidos frescos y a buen precio en la capital y en otros centros densamente poblados: son los lomos, el trozo de chorizo (bifes de costilla), la tira ancha de asado, los riñones, sesos y lenguas, de los que las rotiserías, fiambrerías y hasta la más vulgar carnicería siempre escasean y los que, en invierno, pueden remitirse diariamente, desde largas distancias por los trenes nocturnos.

La grasa de primera simplemente derretida, y envasada en trozos de tripa grande, tiene segura colocación, y a precio ventajoso, en los mismos comercios y en los almacenes de comestibles; por esto aconsejamos apartarla del sebo.

El sebo pisado en barricas o en envases de hojalata tiene mercado siempre asegurado, porque de él no puede prescindir la industria.

El cuero, prolijamente estaqueado ancho o angosto, siguiendo las indicaciones de los comerciantes del ramo, puede esperar almacenado los períodos de alza o convertirse en dinero contante y sonante en cualquier momento.

Las tripas saladas en salmuera común y envasadas en barriles, los huesos, las astas y pezuñas representan un valor no despreciable.

El número de animales que puede faenar una cuadrilla de cinco peones, en la que sólo dos sean charqueadores expertos, permitirá aliviar convenientemente cualquier campo en poco tiempo y transformar en productos fácil y ventajosamente negociables a muchos miles de cabezas de ganado sentenciadas a morir de hambre durante el invierno por escasez de pastos en campos recargados, o cuando menos a desmerecer y hacer desmerecer a los demás.

En los tambos, que generalmente poseen un buen número de cerdos, la faena de vacunos resultaría aún más provechosa empleando toda la carne magra de vaca, en la proporción de 50 %, con otro tanto de carne de cerdo y tocino, en la elaboración de embutidos que en esas condiciones resultan excelentes.

Si señalamos la faena como la operación más oportuna en este momento tan difícil para nuestra ganadería, es porque estamos persuadidos de que es la forma más práctica y rápida de darle un destino provechoso y sacar el mayor valor posible actualmente a tantos miles de reses que están recargando los campos, a los que se impone dar un rápido alivio en esta estación del año.

INDUSTRIAS DOMESTICAS O CASERAS

LA CHACRA Y LA GRANJA INDUSTRIALES

Una de las causas principales de la falta de prosperidad relativa en los pobladores de nuestros campos que se dedican a las tareas agrícolas, es que pierden casi integramente el largo período de tiempo que

media entre las siembras y la cosecha y los días de paro forzoso por lluvias, calor excesivo y las largas veladas del invierno.

La mayor parte de nuestros chacareros se limitan entonces a escudriñar el horizonte a la espera de la nube salvadora a veces, bienhechora casi siempre, en sacar cuentas de cosecha alrededor del fogón, pendiente su suerte y la de los suyos de los antojos de la Providencia, tanto más que todavía no se ha decidido a variar sus cultivos para aminorar los riesgos.

Sin embargo, la mayoría de esas gentes procede de países europeos en los que cada región, cada pueblo, cada aldea, se especializa en la producción de alguna materia industrializada, a cuya elaboración todos concurren dedicándole cuanto tiempo libre les dejan las faenas del campo y a las que deben esos pueblos su fama.

Los escoceses con sus tejidos de lana al crochet y la aguja, los irlandeses con sus finas puntillas de hilo, los belgas con sus encajes incomparables, los montañeses de los Alpes, los Pirineos, el Cantal, los Apeninos, etc., con sus suelas de madera para zuecos, tenedores, cucharas y otros utensilios de madera, los rurales de las llanuras con sus esteras de junco y de esparto, sus envases de paja y de mimbre, sus muebles rústicos de madera y paja, su alfarería; otros con la preparación de frutas y de legumbres secas, todos convierten las horas que serían perdidas en la producción de elementos negociables cuyo valor, en metálico, los pone a cubierto de toda contingencia, les permite la acumulación de ahorros y les facilita la adopción paulatina de mejoras materiales y morales que ponen su sistema de vida más de acuerdo con las exigencias del progreso industrial actual.

Ningún país está quizás en mejores condiciones que el nuestro para fomentar la explotación de pequeñas industrias caseras en la chacra y en la granja porque, país de inmigración por excelencia, cuenta por miles los hombres y mujeres que han traído de allá los conocimientos necesarios para explotar bien, y con provecho, centenares de industrias prácticas, y que son capacitados para enseñar a todos los que los rodean el manejo de las necesarias herramientas especiales y la preparación de las materias primas usuales para la confección de productos comerciables.

Sobre este asunto de utilidad colectiva, tanto como individual, fuente de actividad que se traduce en bienestar, daremos a los lectores de CARAS Y CARETAS una serie de indicaciones prácticas.

Como abundan en nuestro país las materias primas más diversas, muchas de ellas no explotadas, pedimos a los que conocen la existencia, en la región que habitan, de un material utilizable en la industria doméstica, nos lo señalen, contribuyendo así a la obra de difusión de conocimientos industriales que iniciamos.

LA MAJADITA DEL CHACARERO O GRANJERO. — LO QUE PUEDE PRODUCIR

Tuve como maestro a un profesor de Economía Rural, hombre que, en una larga práctica en la administración de predios rurales fiscales de una gran nación europea, había sabido aplicar, amoldar y perfeccionar las más renombradas teorías emitidas en la materia.

Nos hacía inscribir en la tapa interna de todos nuestros libros una fórmula que, de primera impresión, mucho se parece a una perogrullada y que, sin embargo, es, puesta en práctica, la base esencial de toda economía rural y doméstica.

La fórmula en cuestión, traducida literalmente a nuestro idioma, dice así:

«Cuanto se deja de gastar
«Ya está ganado».

Aconsejaría de buena gana a nuestros chacareros, granjeros y demás pequeños propietarios que la inscribieran en el lugar más visible del frente de su vivienda, al lado de la puerta principal de entrada, para que todos en su casa tengan una incitación constante a reprimir el prurito de los gastos innecesarios. Todos ellos deben reconocer que padecen de la inveterada costumbre de acudir para todo al dichoso almacén, lo mismo para una escoba que deberían confeccionar ellos mismos, que para el azúcar y la yerba que necesariamente deben esperar que otros vengan a proveerle.

Deben convencerse de una vez que la base de su prosperidad estriba tanto en no gastar inútilmente, innecesariamente, produciendo y fabricando en su casa cuanto les es dable fabricar y producir, como en preparar y lograr buenas cosechas que les representan muchos pesos.

Uno de los elementos que más puede contribuir a apartar la necesidad de gastar esos pesos bien adquiridos es *la majadita*, que con su lana les proveerá de sobrados colchones y almohadas, de hilado para calcetines, medias, tricotas, camisetas, calzones, enaguas, corpiños, gorras, bufandas y hasta guantes de trabajo para ellos, sus mujeres y sus niños; de colchas, mantas y ponchos para andar calientes en su casa y afuera, bien vestidos y mejor aperados.

No existe chacrita, quinta o granja en la que no tenga cabida la majadita de cinco o seis, una docena si se quiere, de ovejitas, de las que no es capaz la familia del dueño de consumir, con el mayor derroche de prendas tejidas, de colchones y almohadones, la esquila periódica, de la que quedará por consiguiente un sobrante negociable, amén de los corderitos que, en más de una ocasión, salvarán el compromiso de una fiesta o vendrán a aumentar el pequeño caudal del ahorro.

Cuando menos habrá contribuído a reducir enormemente el gasto de prendas de vestir, pues con lana hilada son innumerables las prendas de vestir que con crochet y agujas las mujeres, en el telar doméstico los hombres, pueden confeccionar durante las largas horas de paro forzoso.

De la majadita del chacarero y del granjero haremos pues nuestra primera base de las industrias caseras o domésticas.

Esta majadita de cinco, seis o una docena, si se quiere, de ovejitas, dada la finalidad especial de producir lanas hiladas y tejidos que tendrá en la chacra o la granja, en cualquier pequeña explotación rural, en fin, debe ser formada necesariamente con animales de una raza de lana abundante y fina y, sobre todo, de una raza que tenga el hábito de majada, nunca el de andariega.

La raza que reune estas dos condiciones esenciales en el más alto grado es la raza *Merino*, más conocida vulgarmente entre nosotros por *Rambouillet*, porque de esta variedad de la raza fueron muchos de los primeros carneros finos que se introdujeron a nuestro país.

Sin entrar a discutir los méritos de las demás razas, que son numerosos dentro de las exigencias de la estancia, enunciaré simplemente los puntos principales en que la raza en cuestión supera a aquéllas.

Las ovejas merino requieren menos cuidados en *tiempo de la parición* que las de cualquier otra raza; sus corderos son más fuertes y se salva una proporción mayor de los que se destetan.

Estas ovejas se mantienen en buena condición física con una alimentación menos suculenta y sin tanta exigencia de grano que la de otras razas.

Son las ovejas más *pastoreadoras* y más dotadas del *hábito de majada* de todas las conocidas.

Son las que resisten mejor a la crudeza del frío y de la lluvia así como al excesivo calor, debido a la densidad y finura de su vellón y a las múltiples arrugas de su pellejo.

Son de vida más larga y producen crías un par de años más que las de razas especializadas en la producción de carne.

Parecen ser más resistentes a la infección parasitaria.

Crían más regularmente, más temprano y en un período más corto que la mayoría de las razas de carne.

Se cruzan bien con carneros de otras razas produciendo siempre entonces corderos que son clasificados como de clase especial.

Su temperamento quieto y su gran hábito de majada hacen que su cuidado y explotación demande poco trabajo y muy poco material de utilería.

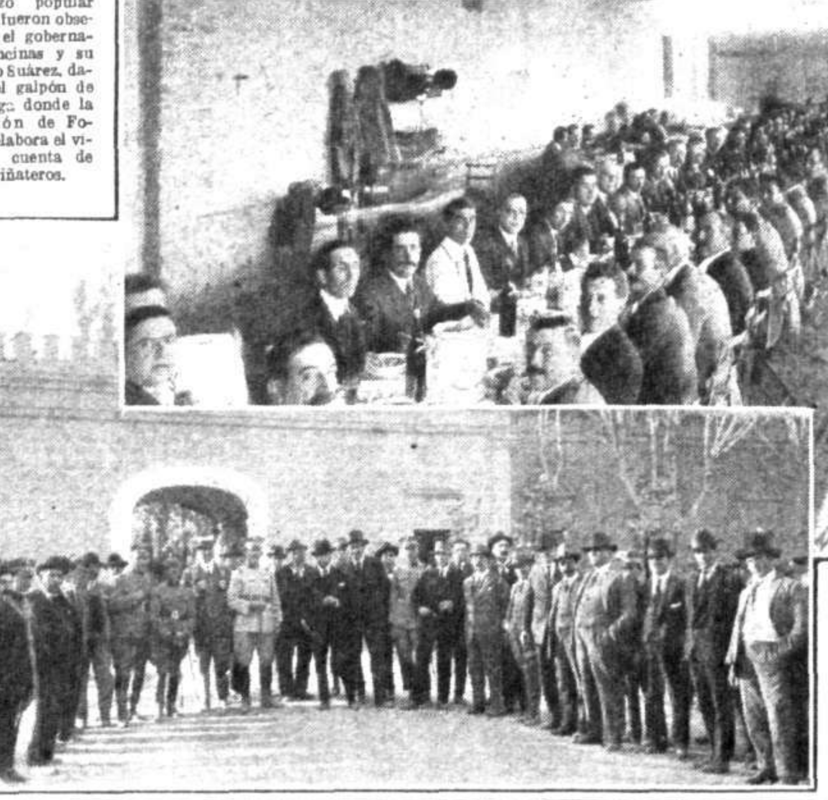
Todas éstas condiciones de excelencia que estaban contestes en reconocer a la raza de ovejas merino los ovejeros prácticos, éstas y otras muchas más de carácter más científico, han sido confirmadas por el señor B. O. Severson, paciente observador y prolijo experimentador reconocido como una autoridad en la materia, en una correspondencia enviada al «American Sheep Breeder».

LUIS E. GRIMAUD,
Ingeniero Agrónomo.

(Continuará).

De Mendoza

SAN RAFAEL. — Almuerzo popular con que fueron obsequiados el gobernador Lencinas y su ministro Suárez, dado en el galpón de la bodega donde la Comisión de Fomento elabora el vino por cuenta de los viñateros.



La comitiva acompañando al gobernador en su visita al jefe del regimiento 7 de Caballería, teniente coronel Fauché, y oficiales, en los cuarteles del Cuadro Nacional.




BIZCOCHUELO
BAGLEY
BIZCOCHUELO
BAGLEY
Para los chicos no hay bocado más rico y saludable que el afamado
BIZCOCHUELO
BAGLEY
Pueden comer de él cuanto quieran sin temor al empacho. Es de fácil digestión y se elabora tan sólo con productos nobles, de primera calidad.
BIZCOCHUELO
BAGLEY
BIZCOCHUELO
BAGLEY
HESPERIDINA
BAGLEY
GALLETITAS
Con el aromático
TE BAGLEY
es delicioso.

De Tucumán



El gobernador de la provincia, doctor Octaviano Vera, acompañado del personal docente de la academia de Bellas Artes, durante la visita que hizo a este centro de arte.

De "El Valle de Josafat",

HIPATIA

Ipatia, Urania violada.

Temblorosos estamos todavía de veneración y de piedad ante el cuerpo desnudo de la geómetra lapidada por instigación de Cirilo, el Patriarca. Y los depojos, degradados y sangrientos, conducidos al Cinarou, nos llenan todavía de horror.

A Hipatia la situamos en más elevada esfera que a Juliano, en quien adivinamos (en las mismas cartas, en los documentos más metafísicos) un impluso pasional, un odio. En cuanto a esto, Hipatia parece pura. Bravamente, por encima de las vacilaciones de la historia, tomamos partido y afirmamos que es falsa la acusación de haber ella intervenido en la muerte del maestro de escuela cristiano.

Santa es la embebida tierra del Coliseo. Pero también los labios se nos hubieran ido a besar las embebidas losas de la ciudad de Cesarea.

Eugenio D'Ors.

El vientre. — ¿Sigue haciendo refranes?

— No, señor; se convirtió en Quijote cuando la miseria le redujo el vientre y le puso versos en los sesos.

Las águilas. — ¿Habéis visto que las águilas arrastren las alas en el fango?

— Sí, para sacudirlas luego sobre el rebaño al levantar el vuelo.

La parábola eterna. — He visto al ánade en los dientes del lobo.

Nunca el lobo a los pies de la oveja.



Cada persona que sale

de nuestros establecimientos profesionales sabe que lleva en el producto adquirido calidad y pureza, y si son recetas, que ellas responden íntegramente a la prescripción médica.

Agregando a esto

el excelente y rápido servicio de despacho, tendremos la clave del porqué nuestras farmacias tienen clientes no sólo en la capital sino en los cuatro extremos de la República.

Tenemos una oficina exprofeso, con numeroso personal experto, para atender los pedidos que nos llegan por carta y teléfono. Utilice cualquiera de estos dos medios de realizar sus compras cuando no le es cómodo llegarse hasta nosotros.

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

168. DEFENSA, 192 — **Sucursal: FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)**

Unión Telefónica, del 5921 al 5925, Avenida

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

POR ENRIQUE L. REPETTO

MIEMBRO DE LA COMISIÓN TÉCNICA DEL "RADIO CLUB ARGENTINO"

PARTE VIII

EL AMPLIFICADOR CON LÁMPARA AUDIÓN. — Cuando la corriente que se recibe en los teléfonos no es lo suficientemente enérgica como para obtener una recepción completa, se acude a los amplificadores o reforzadores que, como su nombre lo indica, amplifican los sonidos, o sea, la corriente que pasa por los teléfonos.

Figura 1

Estos amplificadores son de dos clases: de alta y de baja frecuencia.

Los primeros amplifican la corriente recibida por la antena, y se colocan conectados directamente con tierra y antena antes del detector.

Los segundos sirven para amplificar las corrientes de baja frecuencia o frecuencias musicales, es decir, aquellas capaces de ser percibidas por el oído.

Hemos visto en un artículo anterior que la corriente que pasaba por la lámpara audión se interrumpía según se hiciera la reja positiva o negativa, y como dicha corriente es continua, pues circula en el mismo sentido, placa filamento; en los teléfonos circula una corriente continua e interrumpida.

En lugar del teléfono conectamos una bobina de alambre muy fino, bobinado sobre un haz de alambres de hierro que formen un núcleo, y sobre esa bobina bobinamos otra, también de alambre muy fino, pero con un número mucho mayor de vueltas que el primero.

El primer bobinado se llama primario, y el otro secundario, llamándose al conjunto transformador.

Cuando en el primario de un transformador circula una corriente continua interrumpida se produce por inducción en el segundo bobinado otra corriente en el mismo sentido que la primera.

Cuando la corriente del primario se interrumpe, se produce en el secundario una corriente en sentido inverso, de donde deducimos que la corriente del secundario es alternada, y como en el secundario hemos empleado mayor número de vueltas que en el primario, esta corriente es de mayor tensión.

Como podemos ver en el esquema adjunto, uno de los bornes del transformador se une directamente a la reja de la lámpara amplificadora, de modo que sobre ella se aplican, sucesivamente, voltajes negativos o positivos.

Recordaremos que por esa lámpara amplificadora se está produciendo un paso de corriente de la pila B, y que esta corriente es tanto mayor cuanto mayor es el potencial de la reja.

Se comprende fácilmente que si por medio del transformador hemos aumentado la tensión que se aplica sobre la reja de la lámpara el paso de corriente será mucho mayor que en el detector, de donde, si colocamos el teléfono en T, la corriente que pasara por él será mucho mayor y, por consiguiente, los sonidos serán más fuertes.

Cuando se desea emplear un alto parlante o bocina para recibir los conciertos o discos de fonógrafo de modo que un auditorio numeroso los oiga, se emplean dos amplificadores conectados como indica el esquema de la figura número 2.

Los transformadores más fáciles de hallar en el comercio son los de fabricación norteamericana, siendo las marcas más importantes Radiotron U. V. 712, Federal, Acme y Chapp Estman.

Como lámpara amplificadora se puede emplear la francesa, que es indudablemente la que más se adapta a las estaciones de aficionados, pero en este caso se emplean 5.5 volts en el filamento, lo cual puede conseguirse por medio de una batería de 6 volts y un reostato en serie de modo de graduar la luz y llevarla al punto de funcionamiento máximo del amplificador, aconsejando el empleo de un reostato para cada lámpara.

Si se emplean transformadores U. V. 712, es conveniente emplear la lámpara de la misma marca, pero del tipo U. V. 201, que es especial para amplificación y calculada para trabajar con esos transformadores.

Con cualquiera de las dos lámparas el voltaje de placa debe ser de 100 volts para obtener un buen rendimiento.

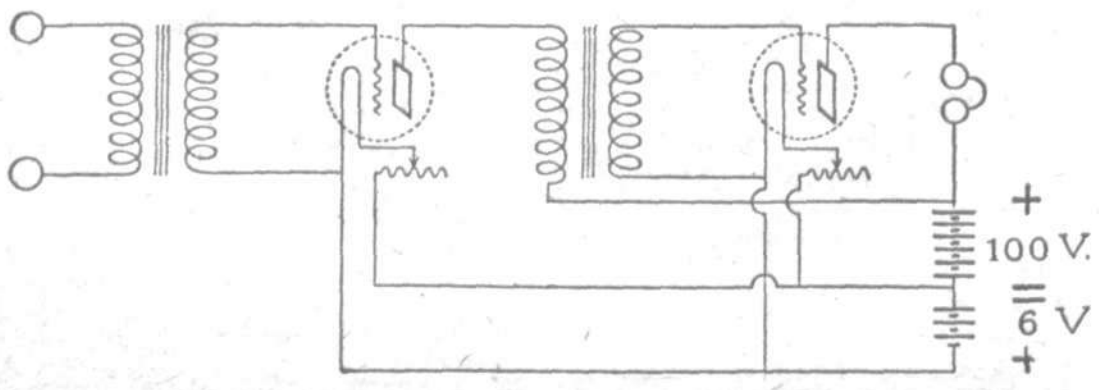


Figura 2

Los zapatos blancos

quedan hermosos tiñéndolos en colores obscuros con el maravilloso producto



RENUEVALOTODO

Complementando el teñido con

METALITE

se obtiene un bronceado o plateado perfecto.



ADQUIERA ESTOS PRODUCTOS UNICAMENTE EN CASAS DE CONFIANZA

Unico Concesionario

RICARDO F. GOBBI

Rivadavia, 926 · · Buenos Aires

Telegrafía y Telefonía sin Hilos

Aparatos y accesorios para aficionados. Instalaciones completas. Manuales y publicaciones técnicas.

GUEGA  **RADIO**

Santa Fe, 1926 **Buenos Aires**

Pídase catálogo con lista de precios.

ANILINA "VENUS"

(FABRICADA EN ALEMANIA)

Tiñe instantáneamente toda clase de géneros (seda, lana, algodón, etc.) sin dañar el tejido por fino y delicado que sea. Fija el color en forma inalterable.

Hay 20 colores distintos que producen 60 matices.

El paquete . . . . $ 0.80

EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS O A SUS CONCESIONARIOS:

CODINA & Cía. - Tacuarí, 24 - U. T. Riv. 1361

Agentes en Bahía Blanca: E. COLOMBO y Cía.

CORDICURA



Para toda afección del

CORAZON

Pida folletos explicativos a

ALFREDO T. THOMSEN — Chacabuco, 439
Buenos Aires

¡GRATIS!



COMPRANDO UNA ALHAJA, OBTENDRA DOS!

Obsequiamos a todo comprador de una o más alhajas con este hermoso anillo enchapado de oro y piedra de color.



N.º 91. — ¡OCASION! Marquise enchapado en oro fino y brillantes químicos, a....... $ 4.50



N.º 403. N.º 416. N.º 379.



N.º 396. — Oro 18 kilates, brillantes negros legítimos, a.... $ 15.—



N.º 405. — Oro 18 kilates, brillante negro legítimo, para caballero, a....... $ 19.—



N.º 393. — Oro 18 kilates, brillante negro legítimo, a 12.90 pesos..



N.º 408. — Platinón y camafeo en relieve, el par..... $ 4.95



N.º 370. — Plata y y perlas macizas....... $ 3.—



N.º 410. — Platinón y camafeo en relieve, el par..... $ 4.50

ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS




UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS

de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos cada uno, con iniciales y fecha, y un cintillo oro ref. con 5 brillantitos, todo por sólo...... $ 30.—

CUIDADO CON LAS IMITACIONES BARATAS

Recibimos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

¡ADVERTENCIA! NO CONFUNDIR NUESTRA CASA CON OTRAS: ES ENTRE VENEZUELA Y MEJICO

RELOJERIA Y JOYERIA LA SUIZA-AMERICANA
P. SEITLER
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 - Bs. AIRES

De Tucumán



El gobernador de la provincia en el acto de la apertura de las Cámaras legislativas, donde leyó un interesante mensaje.

LAS MÁQUINAS HUMANAS

En centros de trabajo como el de Detroit, en Michigan, que produce un millón de automóviles al año, ciertos obreros se convierten inevitablemente en máquinas, y se puede suponer que encuentran poco placer en un trabajo tan igual y rígidamente regularizado. Una sociedad americana, la de los técnicos de automóviles, ha estudiado la cuestión. Se ha sabido así la historia, que el "Morning Post" refiere, de un inspector de fábrica que habló con un viejo obrero, cuya tarea consistía en lubricar una especie de láminas en el interior de cierto mecanismo. — ¿Qué cosa es esta lámina? — preguntó el inspector. — Se llama P X 3 — respondió el obrero. — No pregunto eso, replicó el otro, sino que deseo saber cuál es su objeto, para qué sirve. — El obrero movió la cabeza. No sabía responder: ignoraba el objeto de aquella pieza. — ¿Cuánto tiempo hace que se entregó a este trabajo? — preguntó entonces el inspector. — Doce años. — contestó aquel infeliz ser convertido en una pieza de maquinaria.

¡Bienaventurados nuestros imitadores, porque de ellos serán todos nuestros defectos!

De los genios me libre Dios, que de los malos cómicos me libraré yo.

Jacinto Benavente.

Obsequiamos a todo comprador con esta **PULSERA** (Mascota) de oro relleno.

RELOJ pulsera oro 18 kilates, sellado, cinta moiré, con garantía............ $ **24.—**

ANILLO oro 18 kilates garantido, con nombre esmaltado, pesos.. **18.—**

ANILLO plata fina, con nombre esmaltado, pesos.. **4.—**

CARTERAS PLATA ALEMANA, 14 centímetros de ancho por 17 de largo, $ **9**
La misma, de 17 centímetros de ancho por 20 de largo, a...... $ **12.—**

ANILLO plata fina, iniciales en esmalte, a pesos.............. **5.—**
El mismo, en oro 18 kilates garantido, iniciales esmalte...... $ **35.—**

AROS plata platinada, brillantes negros del Brasil, el par, a pesos.. **4.—**

AROS plata platinada, brillantes negros del Brasil, el par, pesos..... **3.50**

GEMELOS oro 18 kilates Fix, con rubí fino, el par........... $ **9.50**

MEDALLON esmalte, siluetas surtidas, con collar enchapado en oro $ **1.50**

ANILLO oro 18 kilates reforzado, brillantitos, al centro piedras color, a pesos... **4.—**

Casa Central: CORRIENTES, 928

JOYERIA-RELOJERIA

A. Tamada

Sucursales: C. Pellegrini, 485-B. Mitre, 927

MAQUINA INGLESA DE TEJER MEDIAS



NO ES NECESARIO SABER MUCHO. — Con la Máquina Automática de tejer géneros de punto puede Vd. hacer en pocas horas de trabajo: Medias, Calcetines, Camisetas, Calzoncillos, etc., en lana, algodón, hilo, seda, etc., sin costura, tipo inglés.

SEA VD. DUEÑO DE VD. MISMO. — Trabajando en su misma casa, cómodamente, posea Vd. **"LA AUTOMATICA"**; podrá vivir desahogadamente y ganar de 5 a 6 pesos todos los días. Nosotros le ayudaremos para que se independice.

Precio de la máquina completa, $ 360.— m/n., al contado.



MANEJO FACIL Y SENCILLO

UTILIDADES SEGURAS — Compramos todas las medias que usted haga con **"LA AUTOMATICA"**, proporcionándole también los hilos para hacerlas. En el Catálogo **C 2**, que remitimos gratis a quien lo solicite, encontrará usted los precios que pagamos por la hechura de cada par de medias y las utilidades que usted puede obtener en esta forma.

Pida hoy el Catálogo **C 2** (incluyendo estampilla de 0.05) a los únicos y exclusivos representantes en toda Sud América:

J. PASCUAL NIGRI e Hijos

CALLE CANGALLO, 1180.—Buenos Aires (Rep. Argentina)





Aula con ventilación moderna, en el nuevo edificio del Colegio Nacional que acaba de inaugurarse.

Galería principal del nuevo Colegio Nacional que puede conceptuarse como un modelo por sus condiciones y sencilla elegancia.



Grupo del rector, vice, profesores y alumnos del Colegio Nacional el día de la inauguración del nuevo edificio.







CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida).- Administración: Unión T. 2316 (Avenida).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR:	
Trimestre.......	$ 2.50	Trimestre......	$ 3.00	Trimestre....	$ oro 2.00
Semestre.......	" 5.00	Semestre.......	" 6.00	Semestre.....	" " 4.00
Año...........	" 9.00	Año..........	" 11.00	Año.........	" " 8.00
Número suelto..	20 ctvs.	Número suelto.	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año...	40 "	Número atrasado del cte. año...	50 "		

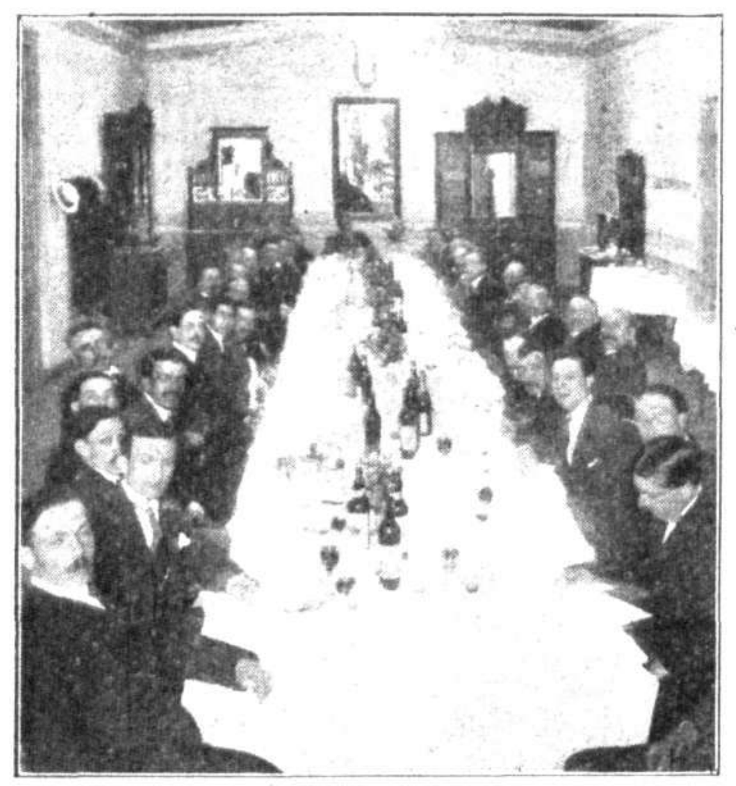
Para España, Cuba, San Salvador y Honduras ...... Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

De Territorios



VIEDMA. — Banquete ofrecido por la colectividad española de esta capital al cónsul general de España en Buenos Aires, doctor Joaquín Iturralde, en ocasión de su reciente viaje a ésta.

CURIOSA LEY INGLESA

En la legislación de la Gran Bretaña abundan las disposiciones antiguas, y algunas de ellas son curiosísimas. Véase el ejemplo:

Un individuo encargó a su sastre de Londres un traje a la moda. Y al cabo de algún tiempo le envió el sastre la cuenta, se negó a pagarla, y fué denunciado por el industrial ante los tribunales.

El juez preguntó al denunciado:

— ¿Usted dice que no ha recibido el traje que le hizo este señor?

— ¿Cómo he de decirlo, si ese traje es precisamente el que tengo puesto?

— ¿Lo ha pagado usted?

— No.

— En ese caso tiene usted la obligación de saldar la deuda.

— No, señor juez. Fíjese usted en el traje y verá que ejercito un derecho indiscutible al negarme a pagar. ¿Ve usted los botones?...

— ¿Y qué tienen que ver los botones?...

— Mucho más de lo que usted se figura. El decreto de Jorge III de tal fecha dice en el artículo tantos que todos los sastres están obligados a poner en todas las prendas que hagan botones procedentes de las fábricas de Birmingham, y que de no hacerlo así pierden todo el derecho a cobrar el importe de la ropa. Y como los botones de mi traje no han sido fabricados en Birmingham, y como el decreto de Jorge III, por no haber sido derogado, está vigente, no tengo nada que pagar a ese señor.

El juez se rindió a la evidencia.

PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1

Charadístico, por Arturo Durán (ciudad)



1.ª y 4.ª	2.ª, 3.ª y 4.ª
NOMBRE DE MUJER	EN EL CUARTEL
TODO: NOMBRE DE MUJER	

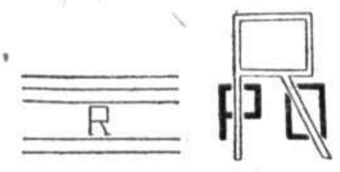
N.º 2

Charadístico, por Arturo Durán (ciudad)

1.ª	3.ª	2.ª
NOTA MUSICAL	NEGACION	NOTA MUSICAL
TODO: JUEGO		

N.º 3

Frase comprimida, por Héctor F. Viglione (Mendoza)



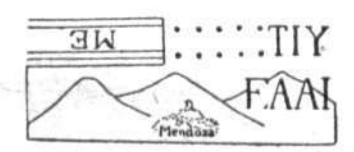
N.º 4

Pensamiento de R. de Gourmont, interpretativo, por Héctor F. Viglione (Mendoza)



N.º 5

Refrán comprimido, por Héctor F. Viglione (Mendoza)



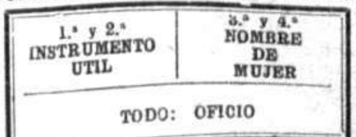
N.º 6

Charadístico, por Arturo Durán (ciudad)

1.ª y 2.ª	2.ª y 3.ª
PUNTO CARDINAL	PARA VESTIR
TODO: NOMBRE DE MUJER	

N.º 7

Charadístico, por Arturo Durán (ciudad)



1.ª y 2.ª	3.ª y 4.ª
INSTRUMENTO UTIL	NOMBRE DE MUJER
TODO: OFICIO	

N.º 8

Frase comprimida, por Ariel Irume (ciudad)



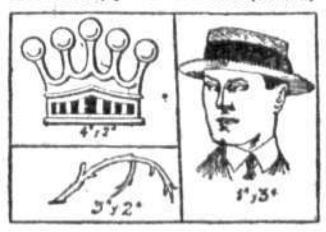
N.º 9

Refrán en jeroglífico, por Ariel Irume (ciudad)



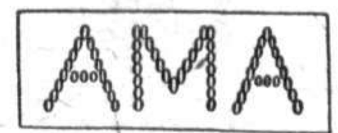
N.º 10

Charadístico, por Ariel Irume (ciudad)



N.º 11

Comprimido, por «Chicholo» (Moreno, F. C. O.)



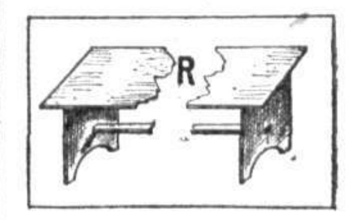
N.º 12

Jeroglífico comprimido, por «Chicholo» (Moreno F. C. O.)



N.º 13

Comprimido, por «Chicholo» (Moreno, F. C. O.)



N.º 14

Comprimido, por Luis Bianchi (Mendoza



CONCURSO DE PASATIEMPOS
MAYO de 1922
CUPON N.º 12 3

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

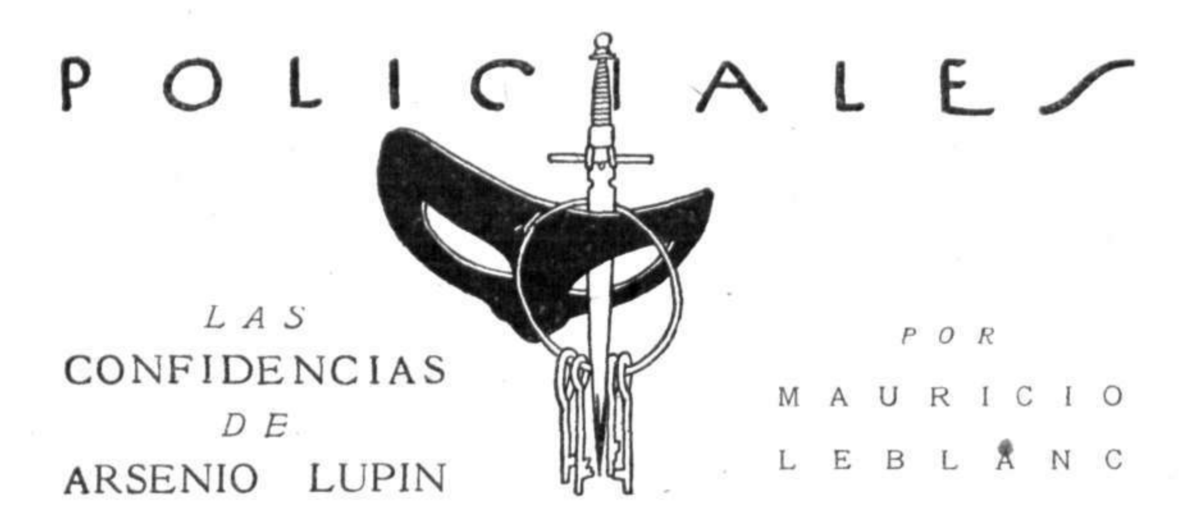
No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

Concurso de marzo. — Debido a la gran cantidad de soluciones enviadas para este concurso, hasta el próximo número no nos será posible dar el resultado definitivo, cuyo recuento se halla muy adelantado.



JARDON. — Comisión de señoritas que atendieron el bazar durante las romerías últimamente celebradas bajo el patrocinio del Club Pampa.



LA TRAMPA INFERNAL

Después de la carrera, mientras una ola de personas que se dirigían a la salida de la tribuna pasaba a su lado, Nicolás Dugrival se llevó vivamente la mano al bolsillo interior del saco.

Su mujer le preguntó:

— ¿Qué tienes?

— Es que siempre estoy intranquilo... con este dinero. Tengo miedo de una desgracia.

Ella murmuró:

— La verdad que no te comprendo. ¿Para qué llevar encima esa suma? ¡Toda nuestra fortuna! Y sin embargo nos ha costado bastante ganarla.

— ¡Bah! — dijo Dugrival — ¿acaso sabe alguien que la tengo en la cartera?

— Como no, como no, rezongó su mujer. — El muchacho que despedimos la semana pasada lo sabía perfectamente. ¿Verdad. Gabriel?

— Sí, tía, — contestó un joven que se hallaba a su lado.

Los esposos Dugrival y su sobrino Gabriel eran muy conocidos en los hipódromos, en donde los aficionados los veían casi todos los días. Dugrival, un hombre gordo, de tez encarnada, tenía el aspecto de un vividor; su mujer, gruesa también, de cara vulgar, llevaba siempre un vestido color ciruela, cuyo largo uso era demasiado visible; el sobrino, muy joven, delgado, pálido, tenía los ojos negros y el cabello rubio, un poco ensortijado.

En general, los Dugrival permanecían sentados durante toda la reunión. Era Gabriel el que compraba los boletos, estudiaba los caballos en el paddock, buscaba las fijas a derecha e izquierda, entre los grupos de jockeys y preparadores, yendo de un lado para otro.

La suerte los favorecía ese día, porque los que estaban cerca de Dugrival vieron que su sobrino le llevó dinero tres veces.

La quinta carrera concluía. Dugrival encendió un cigarro. En ese momento un señor metido en un chaquet marrón y cuya cara terminaba en una barbilla algo canosa se acercó a él y le preguntó en tono confidencial:

— ¿No será a usted, señor, a quien le han robado?

Y le mostraba un reloj de oro con su cadena.

Dugrival se alarmó.

— Sí... sí... es mío... Vea usted mis iniciales grabadas: N. D... Nicolás Dugrival.

E inmediatamente se llevó la mano al bolsillo interior del saco, con aire de susto. La cartera estaba allí todavía.

— ¡Ah! — exclamó. — Tengo suerte... Pero, de todos modos, ¿cómo han podido?... ¿Se sabe quien es el ladrón?

— Sí; ha sido detenido. Si quiere usted tener la bondad de seguirme, vamos a aclarar este asunto.

— ¿A quien tengo el honor?...

— Delangle, de la policía de seguridad. Ya he prevenido al comisario.

Nicolás Dugrival se dirigió con Delangle hacia la salida. Habían andado apenas unos cincuenta pasos cuando se acercó a Delangle un hombre que le dijo apresuradamente:

— El ladrón del reloj ha hablado y estamos en la pista de toda una banda. Hay que vigilar las ventanillas. Espere allí al comisario.

Delangle murmuró:

— Esa cita es idiota. Hay mucha gente. Y, además, ¿a quién voy a vigilar? El señor Maquenne (así se llamaba el comisario) no sabe otra cosa...

En seguida apartó a un grupo de personas que, ya cerca de las ventanillas, lo estrechaban mucho.

— ¡Caramba! Hay que manejar los codos y cuidar la cartera. Así fué como le robaron, señor Dugrival.

— No me explico...

— ¡Oh! ¡Si supiera usted como operan esos caballeros! Uno le pisa un pie, otro le mete el bastón por los ojos y el tercero le birla la cartera. En tres tiempos está hecho. A mí mismo me han robado.

Y luego Delangle agregó con rabia:

— ¡Con todos los diablos! ¿Vamos a estar aquí toda la vida? (Ya estaban en las ventanillas). ¡Qué batahola! ¡Esto es insoportable! ¡Ah! Allí está el señor Maquenne que nos llama... Un momento, por favor... y sobre todo no se mueva de aquí...

A empujones, Delangle se abrió paso por entre la multitud.

Nicolás Dugrival lo siguió un instante con la vista. Cuando ya no lo vió, se hizo un poco a un lado para que no lo atropellasen.

UN CHAQUET MARRON...
LA BARBA EN PUNTA...

Pasaron algunos minutos. La sexta carrera iba a empezar cuando Dugrival dió con su mujer y su sobrino que lo buscaban. Les explicó que Delangle, de la policía de seguridad, había ido a hablar con el comisario.

— ¿Y el dinero? — le preguntó su mujer.

— Te juro que no nos dejábamos apretar de muy cerca, por precaución — contestó Dugrival, que se llevó de nuevo la mano al bolsillo interior del saco. En el acto se puso pálido y empezó a articular sílabas confusas, mientras su mujer, espantada, bulbuceaba:

— ¿Qué? ¿Qué tienes?

— Me han robado — gimió Dugrival... la cartera, los ciencuenta billetes...

— ¡No es cierto! — gritó la mujer. — ¡No es cierto!

— Sí, el de la policía de seguridad... un ladrón... ha sido él.

La señora de Dugrival lanzaba verdaderos alaridos.

— ¡Ladrones! ¡Han robado a mi marido!... Cincuenta mil francos... ¡Estamos arruinados!

A los pocos instantes acudieron algunos agentes de policía y todos fueron a la comisaría. Dugrival se dejaba llevar absolutamente anonadado. Su mujer

continuaba vociferando, acumulando las explicaciones, insultando al *falso agente*.

—¡Que lo busquen! ¡Que lo encuentren! Lleva chaquet marrón y la barba en punta... ¡Ah! ¡miserable! ¡Cómo nos engañó! ¡Cincuenta mil francos! Pero... pero... ¿qué haces, Dugrival?

De un salto se echó sobre su marido. ¡Demasiado tarde! Dugrival se había aplicado a la sien derecha el cañón de un revólver. Sonó una detonación y cayó. Estaba muerto.

UN HERMOSO RASGO DE ARSENIO LUPIN.

No se habrá olvidado lo que hablaron los diarios a propósito de este asunto, y como aprovecharon la ocasión para acusar una vez más a la policía de incuria y torpeza.

¿Era aceptable que un raspa pudiese, así, en pleno día y en un sitio público, hacerse pasar por agente de la policía de seguridad y desvalijar impunemente a un hombre honrado?

La esposa de Nicolás Dugrival alimentaba las polémicas con sus lamentaciones y las entrevistas que concedía. Un repórter había podido fotografiarla delante del cadáver de su marido, mientras extendía solemnemente la mano y juraba vengar su muerte. De pie, cerca de ella, su sobrino Gabriel mostraba su expresión llena de odio. El también había jurado perseguir y descubrir al causante de la muerte de su tío.

Los diarios describieran el modesto departamento que ocupaban en Batignolles; y como habían quedado sin recursos, un diario esportivo abrió una suscripción en su favor.

En cuanto al misterioso Delangle no aparecía por ninguna parte. Fué necesario poner inmediatamente en libertad a dos individuos detenidos por error. La policía tuvo que abandonar varias pistas, y, por fin, *se acusó a Arsenio Lupin, lo que provocó el famoso* cablegrama del célebre ladrón, enviado de Nueva York, seis días después del suceso:

«Protesto indignado contra la calumnia inventada por una policía impotente. Envío mis condolencias a las desgraciadas víctimas y doy a mi banquero las órdenes necesarias para que les entreguen cincuenta mil francos. — *Lupin*.»

Y al día siguiente de publicado ese cablegrama un desconocido llamaba a la puerta de la señora Dugrival y le entregaba en propias manos un sobre que contenía cincuenta billetes de mil francos.

Ese episodio teatral no contribuyó, naturalmente a calmar los ánimos; pero se produjo otro suceso que provocó de nuevo una emoción considerable. Dos días después, las personas que habitaban en la misma casa que la señora Dugrival y Gabriel fueron despertadas a eso de las cuatro de la mañana por unos gritos espantosos. Cuando el portero logró abrir el departamento encontró a Gabriel, en su cuarto, tendido en la cama, atado de pies y manos y amordazado; y en la pieza contigua su tía se desangraba por una ancha herida en el pecho.

La señora Dugrival murmuró:

— El dinero... me han robado... todos los billetes... — Y se desmayó.

¿Qué había pasado?

Gabriel contó — y en cuanto su tía pudo hablar lo confirmó — que, estando dormido, dos hombres lo habían atacado, atándolo y amordazándolo. En la obscuridad no había podido verlos; pero había oído el ruido de la lucha de su tía con ellos, una lucha espantosa, decía la señora Dugrival. Vencida ésta, robaron el dinero violentando el mueble en que estaba guardado y, al marcharse, hirió uno de ellos a la señora, que lo había mordido en el brazo.

— ¿Por dónde huyeron?

— Por la puerta de mi cuarto, y después, supongo, por el vestíbulo.

— ¡Imposible! El portero los habría visto.

Porque todo el misterio era éste: ¿Cómo los ladrones habían entrado en la casa y cómo habían salido? No tenían salida alguna. ¿Eran inquilinos? Una investigación demostró lo absurdo de esta suposición.

¿Entonces?

El inspector de policía Ganimard, encargado del asunto, confesó que no conocía otro más desconcertante.

— Parece obra de Lupin — decía — y sin embargo no ha sido Lupin... Hay algo más aquí, algo equívoco, siniestro... Por otra parte, ¿por qué Lupin habría robado los cincuenta mil francos que había enviado? Otra cuestión me preocupa: ¿qué relación hay entre este segundo robo y el primero, el del hipódromo? Todo esto es incomprensible y tengo la impresión, lo que rara vez me ocurre, de que es inútil buscar. Por mi parte, renuncio.

El juez de instrucción se encaprichó y los repórters unieron sus esfuerzos a los de la policía, ayudados por un célebre detective inglés. Un rico norteamericano, a quien gustaban mucho los misterios policiales, ofreció una gratificación importante a quien proporcionase un primer elemento de verdad. Todo fué inútil.

La señora de Dugrival, cuidada por su sobrino, no tardó en curarse de su herida. Gabriel atendió los quehaceres de la casa.

Cansados de la policía y de los periodistas, tía y sobrino no recibían a nadie. Ni el portero, cuya charla inquietaba y fatigaba a la viuda, fué recibido.

Un día el portero dijo a Gabriel que tuviese cuidado porque los espiaban.

— ¡Bah! — contestó Gabriel; — es la policía que nos cuida.

¡Y AHORA, GABRIEL, A LA OBRA!

Ahora bien; una tarde, a eso de las cuatro, hubo en la esquina un altercado violento entre dos vendedores ambulantes, y el portero abandonó su puerta para ir a oirlos insultarse. Apenas se había alejado, un hombre joven, de talle mediano, con traje gris de corte irreprochable, penetró en la casa y subió rápidamente la escalera.

En el tercer piso, casa de los Dugrival, llamó.

Como no contestasen, llamó de nuevo.

Al tercer llamado la puerta se abrió.

— ¿La señora Dugrival? — preguntó, quitándose el sombrero.

— Todavía está enferma y no puede recibir a nadie, — contestó Gabriel.

— Es indispensable que la hable.

— Soy su sobrino y tal vez podría decirle...

— Bueno; dígale que tengo por casualidad datos preciosos sobre el robo y que deseo examinar el departamento para darme cuenta de ciertos detalles. Estoy acostumbrado a estas pesquisas y seguramente mi intervención será provechosa.

Gabriel miró un momento al joven, reflexionó y dijo:

— En ese caso creo que mi tía consentirá. Tenga la bondad de entrar.

Delante de la puerta del comedor Gabriel se hizo a un lado y dejó pasar al joven. Este pasó el umbral y, en ese mismo instante, Gabriel levantó el brazo y con un movimiento brusco le clavó un puñal en el hombro derecho.

Una carcajada resonó en la sala.

— ¡Muy bien! — gritó la viuda Dugrival, levantándose de su sillón. — Bravo, Gabriel. Pero ¿no lo has muerto, verdad, a ese bandido?

El joven herido vacilaba, las manos hacia adelante, mortalmente pálido.

— Creo que no, tía. La hoja es fina y he retenido el golpe.

— ¡Imbécil! — exclamó la viuda. — Has caído en la trampa. Hace tiempo que te esperábamos. Vamos, de rodillas ante la señora, así, así... Ya se cayó... ¡Ah! ¡si mi pobre marido pudiese verlo! ¡Y ahora, Gabriel, a la obra!

La viuda fué a su cuarto, abrió un armario con espejo en cuyo interior había algunas ropas colgadas, las separó, y empujando una tabla en el fondo del estante dejó expedita una comunicación con una pieza de la casa vecina.

— Ayúdame a llevarlo, Gabriel. Y tú lo cuidarás bien ¿no? Por el momento este artista vale su peso en oro.

....

Una mañana el herido recobró el conocimiento. Abrió los párpados y miró en torno suyo.

Estaba, acostado, en una pieza más grande que

aquella en que había sido herido, una pieza con algunos muebles y con las ventanas cubiertas con cortinas espesas.

Sin embargo había luz suficiente para permitirle ver a Gabriel que, sentado en una silla cerca de la cama, lo miraba.

—¡Ah!, murmuró el herido. Es el muchacho. Te felicito, chico; tienes el puñal seguro y delicado.

Y el herido volvió a dormirse.

Ese día y los que siguieron despertó varias veces, y siempre veía a su lado al pálido adolescente, de labios delgados y ojos negros, de dura expresión.

—Me das miedo, le decía. Si has jurado matarme, no te demores. La idea de la muerte me ha parecido siempre la cosa más grotesca del mundo; pero contigo la cosa se pone macabra. Buenas noches, prefiero dormir.

Sin embargo, Gabriel, obedeciendo órdenes de su tía, lo cuidaba con atención. El enfermo ya casi no tenía fiebre y empezaba a alimentarse con leche y caldo. Recuperaba fuerzas y bromeaba.

—¿Para cuándo la primera salida del convaleciente? ¿Está listo el coche? ¡Pero, ríete, animal! Pareces un sauce llorón que va a cometer un crimen. Vamos, una sonrisa para papá...

Un día, al despertar, tuvo una impresión muy desagradable. Después de algunos esfuerzos se dió cuenta de que estaba atado con alambres de acero al catre, y, a cada movimiento, los finos alambres le penetraban en las carnes.

—¡Ah! — dijo a su guardián — esta vez jugamos en grande. ¿Vas a operarme tú, Gabriel? En ese caso prepara bien tus instrumentos. Servicio aséptico, si gustas.

Pero le interrumpió el rechinar de una cerradura. La puerta del fondo se abrió y apareció la señora Dugrival.

Lentamente se acercó a la cama, se sentó en una silla y sacó del bolsillo un revólver que preparó y puso en la mesa de noche.

—Brrrr — murmuró el preso — parece que estuviéramos en el teatro Gran Guignol... Cuarto acto... el juicio del traidor. Y lo ejecuta el bello sexo... La mano de las gracias... ¡Qué honor!... Señora Dugrival, confío en usted para que no me desfiguren...

—Cállate, Lupín.

—¡Ah! ¿Sabe usted? Buen olfato.

—Cállate, Lupín.

Había en la voz de la viuda algo de solemne que impresionó al preso y lo obligó a callarse.

LA PLANCHA DE UN COMPLICE DE LUPIN.

El preso observó uno después del otro a sus dos carceleros. Las facciones toscas, el cutis rojo de la señora Dugrival hacían contraste con el rostro delicado de su sobrino; pero ambos tenían la misma expresión de resolución implacable.

La viuda se inclinó y le dijo:

—¿Estás dispuesto a contestar a mis preguntas?

—¿Por qué no?

—Entonces, óyeme bien.

—Soy todo oídos.

—¿Cómo supiste que mi marido llevaba en la cartera todo nuestro dinero?

—Charlatanerías de criados.

—El muchacho que sirvió en casa ¿no?

—Sí.

—¿Y tú fuiste quién le robó primero el reloj para devolvérselo e inspirarle confianza?

—Sí.

La viuda reprimió un movimiento de rabia.

—¡Imbécil! ¡Sí, imbécil! ¡Robas a mi marido, lo obligas a matarse, y en lugar de mandarte mudar te quedas en París para seguir haciendo el Lupín! ¿No recordabas que yo había jurado, delante de su cadáver, encontrar al asesino?

—Eso es lo que sorprende — dijo Lupín. — ¿Por qué sospecharon de mí?

—¿Por qué? Pero si tú mismo te has vendido.

—Yo.

—Claro... Los cincuenta mil francos...

—¿Y qué? Un regalo...

—Sí, un regalo, que quisiste hacer creer lo mandabas de Estados Unidos. ¡Un regalo! ¡Buena treta! ¿Te fastidiaba el recuerdo de tu pobre víctima, eh? Entonces resolviste devolver el dinero, *pour la galerie*, porque siempre has sido un cómico. ¡Maravilloso! Sólo que no debiste mandarme los billetes que robaste a mi marido. Los reconocí por los números, idiota, tres veces idiota. ¿Comprendes ahora tu torpeza?

Lupín se echó a reir.

—La plancha ha sido buena; pero yo no soy el responsable; yo di mis órdenes,.. Decididamente no debo fiarme sino de mí mismo.

—Bueno, lo confiesas. Eso fué como firmar tu robo, y tu pérdida también. Sólo faltaba encontrarte, y resolvimos hacerte venir. La idea fué de mi sobrino. El organizó toda la comedia del segundo robo de los cincuenta mil francos, con mi herida y todo. Estábamos seguros de que vendrías, atraído por el perfume del misterio. Debías venir por jactancia, por vanidad. ¡Y has venido!

AHORA, FIRMA.

La viuda lanzó una carcajada estridente.

—¡Bien jugado! ¿Verdad, Lupín? Has caído en una trampa armada por una mujer y un muchacho. Te tenemos ahora en carne y hueso, bien atado, y nada peligroso...

La viuda temblaba de alegría; se levantó de la silla y empezó a recorrer la pieza, como una fiera que no quita el ojo a su víctima. Jamás Lupín había sentido tanto odio y salvajismo en un ser humano.

—Demasiada charla, dijo de pronto la viuda.

Se acercó a Lupín, y con voz sorda le dijo:

—Desde hace doce días, y gracias a tus papeles, de que me apoderé cuando Gabriel te hirió, he trabajado mucho. Ya conozco todos tus negocios, todas tus combinaciones, todos tus nombres falsos, toda la organización de tu banda, todos los escondites que tienes en París y en otras partes. Yo misma he estado en uno de ellos, en donde guardas tus papeles, tus registros, la historia detallada de tus operaciones financieras. El resultado de mis investigaciones no ha sido malo. Estos son cuatro cheques sacados de cuatro talonarios distintos y que corresponden a tus cuentas en cuatro bancos, con cuatro nombres distintos. En cada uno de ellos he escrito la suma de diez mil francos. Más, hubiera sido peligroso. Ahora, fírmalos.

—¡Caramba! — dijo Lupín con ironía — este es un verdadero chantaje, honrada señora Dugrival.

—¿Te enojas, eh?

—Sí.

—¿Te parezco un adversario digno de ti?

—Un adversario que me sobrepasa. ¿Entonces la trampa, la trampa infernal en que he caído, fué armada sólo por una viuda sedienta de venganza, que es también una excelente mujer de negocios que quiere aumentar sus capitales?

—Precisamente.

—Mis felicitaciones. ¿Y fué por casualidad que el señor Dugrival?...

—Tú lo has dicho, Lupín. ¿Y para qué ocultártelo? Sí, mi marido trabajaba en la misma partida que tú. ¡Oh! No en grande; éramos modestos. Una moneda de oro de cuando en cuando, un portamonedas robado por Gabriel... Y habíamos juntado un pequeño capital... lo suficiente para plantar coles...

—Me gusta más eso — dijo Lupín.

—¡Tanto mejor! Si te hablo de eso, es para que sepas que no soy una principiante y que nada tienes que esperar. ¿Socorro? No. El departamento en que estamos comunica con mi cuarto. Tiene una salida especial que nadie sospecha. Era el departamento particular de Dugrival, que recibía allí a sus amigos. Allí tenía también sus instrumentos de trabajo, sus disfraces... hasta su teléfono, como puedes verlo. Nada puedes, pues, esperar. Tus cómplices han renunciado a buscarte por acá. Los he lanzado por otra pista. Estás bien cogido. ¿Empiezas a comprender la situación?

—Sí.

—Entonces firma.

—¿Y cuando haya firmado quedaré libre?

—Es preciso que yo cobre primero.

—¿Y después?

— Después, te juro por la salvación de mi alma que quedarás en libertad.
— No tengo confianza.
— Acaso puedes escoger?
— Es verdad. Firmo.
La viuda desató la mano derecha de Lupín y le pasó la pluma diciéndole:
— No olvides que a cada cheque corresponde una firma distinta.
— No tema nada.
Y Lupín firmó.
— Gabriel — dijo la viuda — son las diez de la mañana; si a mediodía no he vuelto, será porque este bandolero me habrá hecho una de las suyas. Entonces, revientale la cabeza. Te dejo el revólver con que se mató tu tío. De seis balas le quedan cinco y basta.
Y la viuda salió canturreando una canción.
Después de un largo silencio, Lupín murmuró:
— No daría diez centavos por mi pellejo. — Cerró los ojos un instante, y de pronto preguntó bruscamente a Gabriel:
— ¿Cuánto? ¿Diez mil, veinte mil francos? Fija precio sin reservas. La caja está llena.
Gabriel permaneció impasible.
— ¿Ni siquiera contestas?... Oye, si quieres ponerme en libertad... Vamos, contesta.
En los ojos de Gabriel había una expresión cruel. Lupín ya lo había notado.
— Bueno — siguió murmurando Lupín, — la viuda lo ha dicho — estoy bien cogido. No hay nada que hacer, Lupín.
Pasó un cuarto de hora, media hora... Al fin Lupín cerró los ojos, se resolvió a guardar silencio y no se movió hasta que volvió la señora Dugrival.

¡TIENE MIEDO! ¡TIENE MIEDO!

La viuda entró vivamente, poco antes de medio día. Parecía muy excitada.
— Ya tengo el dinero — dijo a su sobrino. — Sal. Espérame en el auto que está abajo.
— Pero...
— No te necesito para acabar con él. Yo me encargo sola de eso; pero si quieres ver morir a un bribón... Pásame el instrumento.
Gabriel le dió el revólver y la viuda le preguntó:
— ¿Quemaste bien los papeles?
— Sí.
— Vamos, y arreglemos pronto el asunto. Los disparos pueden llamar la atención de los vecinos. Es necesario que encuentren los dos departamentos vacíos.
La viuda se acercó a la cama de Lupín.
— ¿Estás pronto, Lupín?
— Ardo ya en impaciencia.
— ¿No tienes nada que recomendarme?
— Nada... pero si encuentro a Dugrival en el otro mundo, ¿qué le diré de su parte?
La viuda se encogió de hombros, apoyó la boca del revólver en la sien de Lupín y apretó el gatillo; sonó una detonación, y a los pocos segundos se oyó la voz de Lupín:
— ¿Es esto la muerte? ¡Curioso! Habría creído que no se parecía tanto a la vida.
Sonó una segunda detonación. Gabriel quitó el arma a su tía y la examinó.
— ¡Ah! — dijo — le han quitado las balas; no tiene sino las cápsulas.
Después de un momento de confusión de la tía y el sobrino, la viuda exclamó:
— Hay que apurarse. ¡Ah! Lupín, no te regocijes todavía... Gabriel, tráeme el cuchillo.
Gabriel salió para volver a poco a decir a la enfurecida viuda que el cuchillo no estaba.
— ¡Tanto mejor! — gritó la viuda, loca de ira. — Lo haré yo misma.
Y con ambas manos empezó a apretar el pescuezo a Lupín, que se creyó definitivamente perdido.
— Ya tiene miedo, ya tiene miedo! — exclamaba la viuda.
De pronto un vidrio de la ventana saltó hecho pedazos, con gran estruendo.
— ¿Qué hay? — preguntó la viuda, llena de inquietud.
Gabriel, completamente pálido, más pálido que de ordinario, balbuceó:
— No sé... no sé.
— ¿Cómo han podido? repetió la viuda — que, después de soltar a Lupín, no se atrevía ya a moverse, a la espera de lo que iba a ocurrir. Sobre todo, le espantaba el hecho de que en la pieza no había objeto alguno que pudiera considerarse como el proyectil que había roto el vidrio. Buscó debajo de la cama y no encontro nada.

EL N.º 822-24, SI HACE EL FAVOR.

La señora de Dugrival se sentó. Tenía miedo y estaba fatigada. Gabriel también manifestó tener miedo de acabar con Lupín.
En cuanto a Lupín, tenía ya la sensación bien clara de que no lo matarían. Para la viuda se había tornado sagrado, intangible. Un poder misterioso lo protegía contra todos los ataques, un poder que lo había salvado ya tres veces por medios inexplicables, y que encontraría ahora otros medios para salvarlo una vez más.
La viuda reflexionó un instante y preguntó a su sobrino:
— ¿Qué hacemos con él?
— Atémoslo bien y vámonos.
¡Consejo atroz! Era condenar a Lupín a la muerte más espantosa, la muerte por el hambre.
— No — dijo la viuda; — quizás podría salvarse en el último momento. He pensado algo mejor.
Se acercó al teléfono y pidió comunicación con el número 822-24, *si hace el favor.*
Y después de un instante:
— ¡Hola! ¿La policía de seguridad? ¿Está el inspector señor Ganimard? ¿Hasta dentro de veinte minutos? ¡Qué lástima!... Cuando venga, dígale de parte de la señora Dugrival... Sí... La viuda de Nicolás Dugrival, que venga a mi casa, que abra mi armario con espejo y, por un paso oculto que hay allí, pase al cuarto de al lado. Encontrará a un hombre bien atado en un catre. Es el ladrón, el asesino de Dugrival. ¿No lo cree usted? Dígaselo a Ganimard y él me creerá. El hombre se llama... ¡Arsenio Lupín!...
La viuda colgó el fono.
— Ya está arreglado, Lupín. En el fondo, me gusta también esta venganza. ¡Cómo me voy a reír leyendo las reseñas del proceso Lupín! Vamos Gabriel.
— Sí, tía.
— Adiós, Lupín; es probable que no nos veamos más porque nos vamos al extranjero; pero te prometo mandarte bombones cuando estés en presidio.
— Chocolates, mamita. Los comeremos juntos.
— Adiós.
— Hasta la vista.
La viuda salió con su sobrino dejando a Lupín atado a la cama.
Inmediatamente trató de librarse de las ataduras; pero pronto comprendió que le sería imposible. Agotado por la fiebre y por la angustia, ¿qué podría hacer durante los veinte o treinta minutos que Ganimard demoraría en llegar?
No esperaba nada de sus amigos. Si se había salvado de la muerte tres veces, había sido por azares prodigiosos, pero no por obra de sus amigos.
Sí; era necesario renunciar a toda esperanza. Ganimard venía, Ganimard lo encontraría allí. Era inevitable. Era un hecho consumado.
Y la expectativa del suceso irritaba singularmente a Lupín. Oía ya los sarcasmos de su viejo enemigo. Adivinaba las carcajadas con que al día siguiente se recibiría la noticia increíble. Si fuera tomado en plena acción, por enemigos numerosos y resueltos, todavía; pero que lo tomasen, más bien dicho, que lo recogiesen en esas condiciones, le parecía a Lupín perfectamente *estúpido.*
Y Lupín, que tantas veces se había burlado de los demás, comprendía todo lo ridículo que había para él en el desenlace del asunto Dugrival; todo lo grotesco de haberse dejado atrapar por la viuda, que lo ofrecía a la policía como un plato de caza, bien cocido y sabiamente sazonado.
— ¡Maldita viuda! — exclamó. — Habría hecho mejor en degollarme sencillamente.

USTED... USTED, ¿QUIEN LO HABRIA SOSPECHADO?

De pronto aguzó el oído. Alguien andaba en la pieza vecina. ¿Ganimard? No; por mucho que se hubiese apurado, no podía haber llegado todavía. Y después, Ganimard no abriría la puerta tan suavemente como la estaban abriendo... Lupín recordó las tres intervenciones milagrosas a que debía la vida... ¿La cuarta lo libraría del trance en que lo había puesto la implacable viuda?...

Sin que Lupín pudiera verla, la persona que había entrado se agachó y con una tenaza empezó a romper sus ligaduras de acero, hasta dejarlo completamente en libertad.

Y una voz le dijo:

— Vístase.

Muy débil, Lupín se incorporó sólo a medias.

— ¿Quién es usted? — preguntó.

Y lo invadió una gran sorpresa.

A su lado estaba una mujer, vestida de negro y que llevaba en la cabeza un ancho encaje que le cubría parte de la cara. Y esa mujer, a la que Lupín podía juzgar, era joven, delgada, elegante.

— ¿Quién es usted? — repitió.

— Es preciso salir — dijo la mujer, — el tiempo apura.

— Si no puedo — dijo Lupín, haciendo un intento desesperado. — No tengo fuerzas.

— Tome esto.

La mujer le pasó una taza de leche, y, al hacer un movimiento, el encaje se movió dejándole la cara descubierta.

— ¡Tú! ¡Eres tú! — balbuceó Lupín... — ¡Usted! ¿Es usted la que está aquí? ¿Era usted...?

Lupín miraba estupefacto a la mujer, que se parecía a Gabriel como una gota de agua a otra gota. Una hermana no se hubiera parecido tanto a un hermano. Sin duda eran la misma persona. Y Lupín, sin creer ni por un momento que Gabriel se hubiese disfrazado de mujer, tuvo la impresión profunda de que a su lado estaba una mujer, de que el adolescente que lo había perseguido con su odio y lo había apuñaleado era una mujer. Para ejercer más cómodamente su oficio, los Dugrival la habían disfrazado de hombre.

— Usted... usted — repitió; — ¿quién lo habría sospechado?

La mujer vació en la taza el contenido de un frasquito.

— Tome este cordial.

Lupín vaciló, temiendo un veneno.

Ella siguió:

— Yo lo he salvado.

Lupín comprendió: ella había sacado las balas del revólver y había escondido el cuchillo.

— ¿Y usted también rompió el vidrio de la ventana cuando su tía me estaba estrangulando?

— Yo, con un pisapapeles que había en la mesa y que cayó a la calle.

— Pero ¿por qué? — preguntó Lupín.

— Beba.

— Entonces ¿no quiere usted que yo muera? ¿Por qué me hirió usted?

— Beba.

Lupín bebió la leche de un trago, sin explicarse las razones de su repentina confianza.

— Vístase rápidamente — ordenó ella, retirándose hacia el lado de la ventana.

Lupín obedeció, y ella se le acercó, porque se había dejado caer extenuado en una silla.

— Es necesario salir, apenas tenemos tiempo... Haga un esfuerzo.

Apoyándose en ella, Lupín pudo caminar y bajar la escalera.

Caminaba como en sueños, uno de esos sueños extraños en que pasan las cosas más incoherentes, y que era la consecuencia de la espantosa pesadilla en que había vivido dos semanas.

Sin embargo, tuvo una idea y se echó a reír.

— ¡Pobre Ganimard! De veras que no tiene suerte. No daría yo ni diez centavos por asistir a mi arresto.

¡LO QUE VALE SER BUEN MOZO!

Una vez instalado en un automóvil con su compañera, Lupín, a quien el aire fresco y el movimiento aturdían, apenas se daba cuenta del trayecto y de los incidentes que lo señalaban. No recobró del todo los sentidos sino en su casa, en una de sus varias casas, que había quedado al cuidado de un criado de confianza.

Cuando ella se retiraba, Lupín la retuvo por el vestido.

— No, no. Es necesario que me explique. ¿Por qué me ha salvado usted? ¿Lo ha sabido su tía? ¿Por qué me ha salvado? ¿Por lástima?

Ella se callaba, conservando su aire enigmático y duro; pero a Lupín le parecía que el pliegue de su boca revelaba menos crueldad que amargura. Sus ojos, sus bellos ojos negros revelaban melancolía, y Lupín, sin comprender todavía, tenía la intuición confusa de lo que pasaba en ella. Le tomó la mano. Ella lo rechazó en un sobresalto de rebelión en que Lupín adivinó odio, casi repulsión. Y como él insistía, ella exclamó:

— ¡Déjeme! ¡déjeme! ¿No sabe usted acaso que lo detesto?

Se miraron un momento: Lupín desconcertado, ella temblorosa y llena de turbación, su pálido rostro insólitamente ruborizado.

Lupín le dijo dulcemente:

— Si me detesta, debió dejarme morir. Era fácil. ¿Por qué no lo hizo?

— ¿Por qué?... ¿Acaso lo sé?

Su rostro se contrajo. Lo escondió vivamente entre las manos, y Lupín vió dos lágrimas que corrían por entre sus dedos.

Muy conmovido, estuvo a punto de decirle palabras afectuosas, como a una muchacha que se quiere consolar, y darle buenos consejos, y salvarla a su vez, arrancarla a la mala vida que llevaba.

Pero esas palabras hubieran sido absurdas pronunciadas por él, y ya no sabía qué decir, ahora que comprendía toda la aventura y podía evocar a la joven en su cabecera de enfermo, cuidando al hombre herido por ella, admirando su valor y su buen humor, encontrándolo simpático, enamorándose de él y, tres veces, apesar suyo sin duda, en una especie de arrebato instintivo, con accesos de rencor y rabia, salvándolo de la muerte.

Y todo eso era tan extraño, tan imprevisto, tal asombro trastornaba a Lupín, que ya no intentó retenerla cuando ella se dirigió a la puerta, de cara hacia él y sin dejarlo de mirar.

Bajó ella la cabeza, sonrió un poco y desapareció.

Lupín llamó al criado.

— Sigue a esa mujer — le dijo.

Pero en el acto reaccionó:

— No, no te muevas. Después de todo, es mejor...

Permaneció largo tiempo pensativo. La imagen de la joven no se apartaba de su mente. Recordó con todos los detalles la curiosa, emocionante y trágica aventura en que había estado a punto de sucumbir, y tomando de la mesa un espejo, contempló largo rato, con cierta complacencia, su rostro, que la enfermedad y la angustia no habían desfigurado mucho.

— ¡Es que en todo caso — murmuró — vale mucho ser buen mozo!

